SUR

REVISTA BIMESTRAL

SUMARIO

KARL JASPERS	Conocimiento y voluntad en la política actual.
CYRIL CONNOLLY	Más allá de las creencias.
H. A. MURENA	Quién sabe; El poema perdido; Arpegios de un atardecer de invierno.
CRISTINA CAMPO	Atención y poesía.
VLADIMIR NABOKOV	Escenas de la vida de un monstruo doble.
ALBERTO GIRRI	Dos poetas beatniks.
L. FERLINGHETTI	No mucho después.
GREGORY CORSO	Pero yo no necesito bondad.

CRÓNICAS Y NOTAS

El Premio Internacional de los Editores a Jorge Luis Borges y Samuel Beckett; Repercusión del trigésimo aniversario de SUR; El centenario de Tagore; Guillermo de Torre: Aspectos de Ortega y Gasset • Enrique Anderson Imbert: Papeles: Novelistas comprometidos; El pasado irrevocable; Clásicos; El poema del Cid • Notas bibliográficas, por Héctor Oscar Ciarlo, Eduardo González Lanuza, Tulio Carella, Alicia Jurado, Mario Lancelotti, Celia Zaragoza, Jorge Cruz y Joaquín O. Giannuzzi • CINEMATÓGRAFO, por Valentín Fernando • TEATRO, por Jorge Cruz • NOTICIA • Últimos libros recibidos.

271

JULIO Y AGOSTO DE 1961

BUENOS AIRES

CORREO ARGENTINO SUC. 29 (B)

TARIFA REDUCIDA

CONCESION 3291

SUR

FUNDADA EN 1931

Y DIRIGIDA POR

VICTORIA OCAMPO

●

Redacción

TUCUMÁN 685 - 2º piso D
T. E. 31-3220

Administración
INDEPENDENCIA 802
T. E. 23-9603

BUENOS AIRES

Secretaría de la Dirección
MARIA LUISA BASTOS

COMITÉ DE COLABORACIÓN

ERNEST ANSERMET
ADOLFO BIOY CASARES
ALBERTO LUIS BIXIO
JORGE LUIS BORGES
CARLOS ALBERTO ERRO
WALDO FRANK
ALBERTO GIRRI
ALFREDO GONZÁLEZ GARAÑO
EDUARDO GONZALEZ LANUZA
RAIMUNDO LIDA
EDUARDO MALLEA
EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA
H. A. MURENA
SILVINA OCAMPO
MARIA ROSA OLIVER
FRANCISCO ROMERO
GUILLERMO DE TORRE

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

Número suelto ..... $ 32.—

SUSCRIPCIÓN ANUAL

Argentina y países limítrofes:
Anual ..... $ 180.—
Número suelto: $ 32.—

Otros países:
Anual ..... 6 dólares
Número suelto: U$S. 1.—

BIBLIOTECA NACIONAL

Tagore en las Barrancas de San Isidro

por Victoria Ocampo

Escribe Leonard Elmhirst, acompañante de Tagore en su viaje a Sudamérica, y amigo suyo: 'De estas tranquilas semanas pasadas en San Isidro surgieron dos duraderos beneficios. Primero: en los años subsiguientes, Tagore repetía que nunca, previamente, se le había presentado semejante oportunidad y sosiego para movilizar sus pensamientos: y que ésta había sido una experiencia memorable.

El segundo beneficio fue el logro de una amistad perdurable y un entendimiento mutuo entre el poeta y la futura directora de SUR, que lo albergó, y cuyo nombre decidió Tagore traducir al sánscrito: Vijaya. Así la llamaba." En San Isidro escribió Tagore los poemas de *PURAVI* (Canciones del sol poniente), publicados en bengalí en 1925. Sólo tres o cuatro de esos poemas se han traducido, hasta ahora. El libro está dedicado a *Vijaya.*

En San Isidro, asegura Kshitis Roy, director del Museo Tagore de Santiniketan, empezó la carrera de Tagore-pintor. Toda esta historia se desarrolla en las páginas de *"Tagore en las barrancas de San Isidro".*

EDITORIAL SUR S. A.

INDEPENDENCIA 802 - BUENOS AIRES

DICCIONARIO DE LA CONJUGACION

por Aurelio García Elorrio

5ª Edición actualizada y ampliada con una IMPORTANTÍSIMA LISTA DE VERBOS CONSTRUIDOS CON PREPOSICIÓN. Resuelve todas sus dudas mediante 113 tablas que permiten conjugar los 12.500 verbos castellanos sin posibilidad de error.

Enc. 14 x 21 cm., 666 páginas.

P R E C I O ..... $ 650.-

Indispensable para escritores, periodistas, docentes, abogados, escribanos, magistrados, funcionarios, empleados, publicitarios, correctores, agentes, informantes y, en general, para todo aquel que deba manejar cultamente el idioma.

SOLICITELO EN LAS LIBRERIAS. . .

. . . y recuerde nuestro cómodo servicio de CUENTAS PERSONALES A SOLA FIRMA, abierto para docentes en ejercicio, cooperadoras y profesionales.

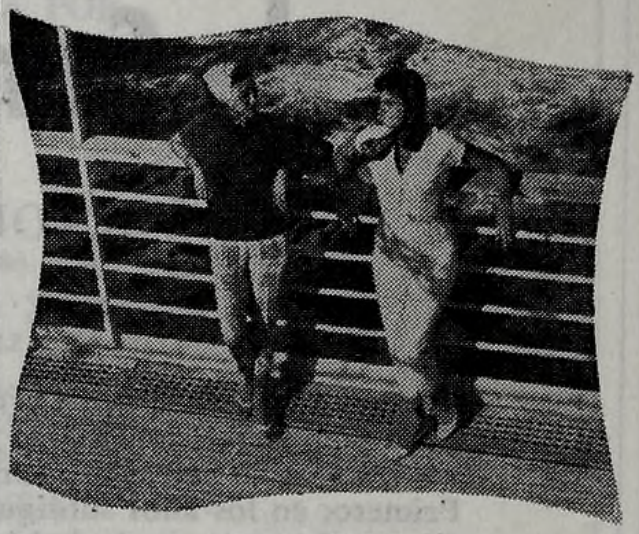
K A P E L U S Z

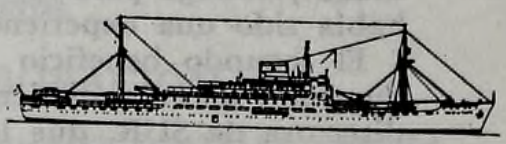
Moreno 372 **Buenos Aires**

A NUEVA YORK

Viaje en las suntúosas y confortables Motonaves

- **RIO DE LA PLATA**
- **RIO JACHAL**
- **RIO TUNUYAN**





Un viaje de verdadero descanso en un ambiente amable y cordial

Consulte a su agencia de viajes o directamente a:

LINEAS MARITIMAS ARGENTINAS

25 de Mayo 459
T. E. 32 - 6311 Buenos Aires
Rep. Argentina

EXCURSIONES

" todo incluído"





LAGO NAHUEL HUAPI

CATARATAS DEL IGUAZU

NORTE ARGENTINO

SIERRAS DE CORDOBA

LAS PLAYAS ARGENTINAS

Y URUGUAYAS





•

ESTADOS UNIDOS

EL CARIBE

EUROPA Y ORIENTE



•

Solicite folletos



SERVICIO MUNDIAL DE VIAJES

EXPRINTER

SAN MARTIN 176 - AV. SANTA FE 834

BUENOS AIRES

ULTIMOS GRANDES EXITOS

FILOSOFIA DEL ARTE MODERNO Herbert Read

El autor de este libro ha reunido catorce ensayos, preparados originariamente para distintas ocasiones, que representan lo fundamental de su obra: su punto de vista sobre el lugar del arte en la evolución humana y la elucidación del rol específico de aquél en la situación histórica presente.

Un volumen de 308 páginas $ 350.-

EL ENIGMA DE OSSIAN Fred Hoyle

Hace algunos años, uno de los más famosos matemáticos y astrónomos de la actualidad, el inglés Fred Hoyle, escribía su primera obra de ficción, "La Nube Negra", una novela de anticipación donde se expone con escalofriante y científica exactitud una trágica posibilidad: una larga noche cae sobre la tierra, la vida se extingue. La obra tuvo gran éxito, y a ella siguió la que ahora presentamos, "El Enigma de Ossián", una novela de la misma calidad imaginativa y científica. La situación es intrigante y de alta originalidad.

Un volumen de 227 páginas $ 120.-

SIN AMOR Gerald Hanley

El clima dramático de esta honda novela psicológica se desenvuelve en un ritmo de espiral lenta, pero de lógica implacable, absorbente y arrolladora.

Un volumen de 239 páginas $ 95.-

SOCIALISMO Y COMUNISMO ante la conciencia cristiana P. Stephane - J. Piat

El autor nos ofrece un análisis lúcido y profundo de los diveros problemas, tanto teóricos como éticos, que el socialismo y el comunismo plantean a la conciencia del hombre cristiano.

Un volumen de 199 páginas $ 75.-

CARAVANA HACIA EL BUDA André Migot

Acontecimientos políticos y militares ocurridos en los últimos años han llevado a menudo la geografía y las costumbres, la religión y el pensamiento de China y del Tibet al primer plano de la atención mundial. Pero estos acontecimientos, con ser muy importantes, no han conseguido modificar el elemento eterno y legendario subyacente en la naturaleza de esos pueblos y tan fuerte hoy como cuando arribaron los primeros viajeros de la antigüedad.

Un volumen de 383 páginas $ 150.-

EDICIONES

Peuser

San Martín y Cangallo

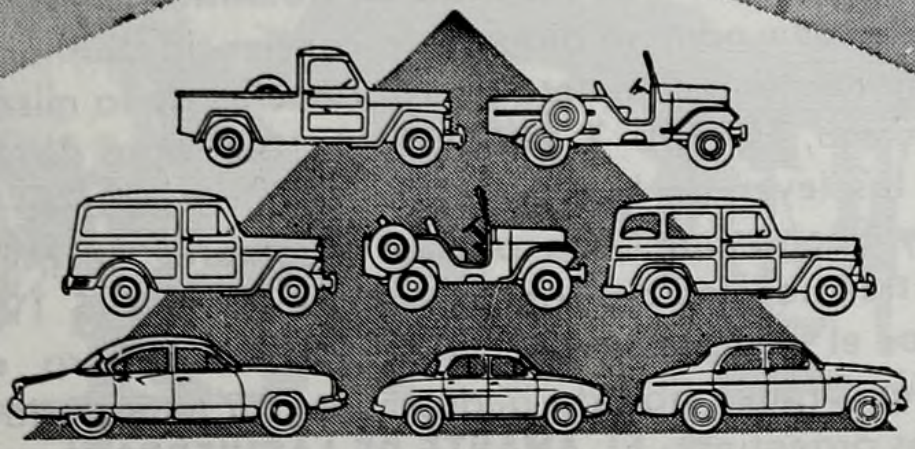
Florida 750 - Rivadavia 2718 - Lima 1686 - BOEDO 735

LA PLATA - ROSARIO - MENDOZA - CORDOBA - RIO CUARTO - SAN JUAN

y librerías de todo el país.

BIBLIOTECA NACIONAL

un vehículo cada 3 minutos..!



Desde el 27 de abril de 1956 dia en que salió de su planta de montaje el primer "jeep" de fabricación nacional, **Industrias Kaiser Argentina** ha estado produciendo **un vehiculo cada 3 minutos...!**
Mientras nuevas unidades de 8 modelos **en plena producción** se van incorporando diariamente a la actividad, a un ritmo cada vez más acelerado, más de 100.000 automotores fabricados por IKA circulan orgullosamente por todas las rutas argentinas, como cabal testimonio de la extraordinaria capacidad industrial de IKA, la primera planta integral de Sudamérica para la fabricación de automotores

IKA
INDUSTRIAS KAISER ARGENTINA

INDUSTRIAS KAISER ARGENTINA

La mayor variedad de vehículos fabricados en el mundo en una sola planta.

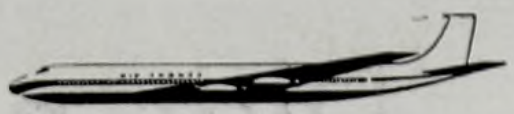
DIRECCION PROPAGANDA

EL "YO" Y EL "NOSOTROS"

He aquí un brillante conjunto de libros que, de alguna manera, se refieren a las relaciones existentes entre el individuo y la sociedad ● En primer lugar, **MITOS, SUEÑOS Y MISTERIOS** ($ 230), en el que **Mircea Eliade** examina los nexos del universo religioso con el inconsciente, como factores de conducta y elementos civilizadores ● Luego, el segundo volumen de la obra de **Max Lerner, LOS ESTADOS UNIDOS COMO CIVILIZACION** ($ 450), apasionante análisis del país del norte y sus vínculos con el mundo de hoy, cuyo primer tomo fue tan elogiado por críticos y lectores ● Además, **MADISON AVENUE, LA AVENIDA DE LA PUBLICIDAD,** ($ 350), de **Martin Mayer,** revelación de las tendencias y secretos del arte publicitario actual, que fascinará igualmente a legos y entendidos ● Pero, entre estas importantes novedades, el punto culminante es una obra fundamental de **Karl Jaspers, LA BOMBA ATOMICA Y EL FUTURO DE LA HUMANIDAD** ($ 450), donde el eminente pensador se dirige a la conciencia del hombre moderno, postulando una completa transformación de la misma ● Tenemos, asimismo, **TEATRO Y PUBLICO** ($ 180), libro de **Jan Doat** que enfoca las leyes de la psicología colectiva durante el hecho dramático, y aboga por "una política del teatro sin política" ● Finalmente, tres novelas de primera magnitud: **UNO** ($ 190), recomendada por el jurado del Concurso de Fabril Editora, en cuyas páginas **Elvira Orphée** aborda audazmente un tema todavía espinoso para los argentinos; **EL AMANTE DE LA GUERRA** ($ 250), definitiva disección del mito del héroe bélico realizada por la vigorosa pluma de **John Hersey,** autor de esa otra gran novela llamada "La pared"; y **UN LABERINTO DE ARENA** ($ 220), excitante relato de aventuras en el Africa contemporánea, con el que **Geoffrey Jenkins** logró clamoroso éxito en Inglaterra ● ¿Para qué decir más? Por su variedad y calidad, usted ya sabe que estas novedades son de la **COMPAÑIA GENERAL FABRIL EDITORA.**

Distribuidores exclusivos: **PUBLEX**, Maipú 43, Buenos Aires.

BIBLIOTECA NACIONAL



PARIS

KILOMETRO 0



Cuando Ud. viaja a Europa, viaja naturalmente, a Paris y... por AIR FRANCE. Paris es, entre tantas otras extraordinarias cosas, el kilometro 0 de su viaje más allá de la capital Francesa.
A Paris, donde convergen los servicios de su red aérea, la más extensa del mundo, Air France lo lleva en menos de 14 horas de vuelo, en sus magníficos Boeing JET Intercontinental.

Informes en Air France, Florida 894 - Tel. 32-7332 o a su Agente de Viajes

AIR FRANCE

. CARAVELLE Y BOEING. LOS DOS MEJORES "JETS" EN LA RED MÁS EXTENSA DEL MUNDO

Dios nació en el exilio

por

Vintila Horia

Como en toda gran realización literaria, en **Dios nació en el exilio** hay una íntima, y por momentos dolorosa, vinculación entre el destino del protagonista y el de quien le da nueva vida por la magia de su poder creador. De otro modo, esta novela no hubiera atesorado en sus páginas esa fuerza que, alternando con la gama de los sentimientos más delicados, se apodera sin violencia, pero irresistiblemente, de nuestra capacidad de emoción. Vintila Horia es rumano y, como tal, ha sufrido toda suerte de vicisitudes antes, durante y después de la segunda guerra mundial. Cuando su país cayó bajo la dominación soviética, este joven escritor debió abandonarlo, como millares de compatriotas, en busca de un lugar en donde vivir. Estuvo en Italia. Allí trabó relación con Giovanni Papini. Luego vino a Buenos Aires, donde debió ganarse la vida como empleado de banco. Marchó después a España, desempeñándose allí, entre otras actividades, como locutor de radio. En 1958 concibió este libro a través de algunas relecturas de Ovidio. Vintila Horia reconoció en el insigne poeta latino su propia condición de exilado, con la singularidad de que Ovidio fue a radicarse, precisamente, en tierras de Rumania. Esta circunstancia estableció una afinidad espiritual y psicológica: un arco de casi veinte siglos. Vintila Horia hizo suyos el canto y el llanto del poeta, su nostalgia y su melancolía. Y escribió este diario apócrifo de Ovidio, que habría de lograr su consagración en uno de los máximos galardones literarios que otorga Francia: el premio Goncourt.

Emecé Editores S.A.

Departamento de Ediciones: **Alsina 2061 - T.E. 48-6043**
Departamento de Créditos: **Luzuriaga 38 - T.E. 23-1090**
Administr. ventas por mayor y menor: **Luzuriaga 38 - T.E. 23-1098**



UN BUEN AMIGO

GUION

MERECE SER TRATADO COMO TAL. ASI SUS LIBROS MERECEN UNA BIBLIOTECA LUNDIACITA. EXTENSIBLES, FUNCIONALES, MODULARES, LAS BIBLIOTECAS LUNDIACITA SE ADAPTAN PERFECTAMENTE A TODOS LOS AMBIENTES.

FABRICANTES: CITA S. A.

Exposición y ventas: Av. Pte. Roque Sáenz Peña esq. Cerrito T. E. 35-9029 - 9202

NOVEDADES

NOVELISTAS DE NUESTRA EPOCA

JULES ROMAINS: **Francisca.**

Tomo XXVI de Los Hombres de Buena Voluntad. En este volumen, penúltimo de la serie, Jules Romains, hondamente parisiense, se nos presenta aún más parisiense a través de la deliciosa y fina figura de Francisca.

POETAS DE AYER Y DE HOY

MIGUEL HERNANDEZ: **Antología.**

Leyendo estos versos se siente, tácitamente, como una consigna, las palabras de Juan Ramón Jiménez al conocer los primeros poemas de Miguel: "Que no se pierda esta voz, este acento, este aliento joven de España".

OBRAS ESCOGIDAS DE PAUL VALERY

PAUL VALERY: **Política del espíritu.**

Tres lúcidos ensayos de Paul Valéry reunidos en un tomo: **La crisis del espíritu, Poesía pura** e **Introducción al método de Leonardo da Vinci.** Con prólogo de Guillermo de Torre.

BIBLIOTECA CONTEMPORANEA

D. H. LAWRENCE: **El hombre que murió** (Nº 298).

En este volumen hallará el lector toda la sutil audacia, el lirismo pánico que le han valido a D. H. Lawrence la posición de gran escritor y espíritu rector en las letras contemporáneas.

GEORGE SANTAYANA: **Dialogos en el Limbo** (Nº 299).

Dice Raimundo Lida en el prólogo: Los "Diálogos en el Limbo" algo tienen, en efecto, de gimnasia idiomática con que el autor se complace en variar de dibujo y de tono su propio pensamiento y en hacerlo resonar a través de máscaras distintas.

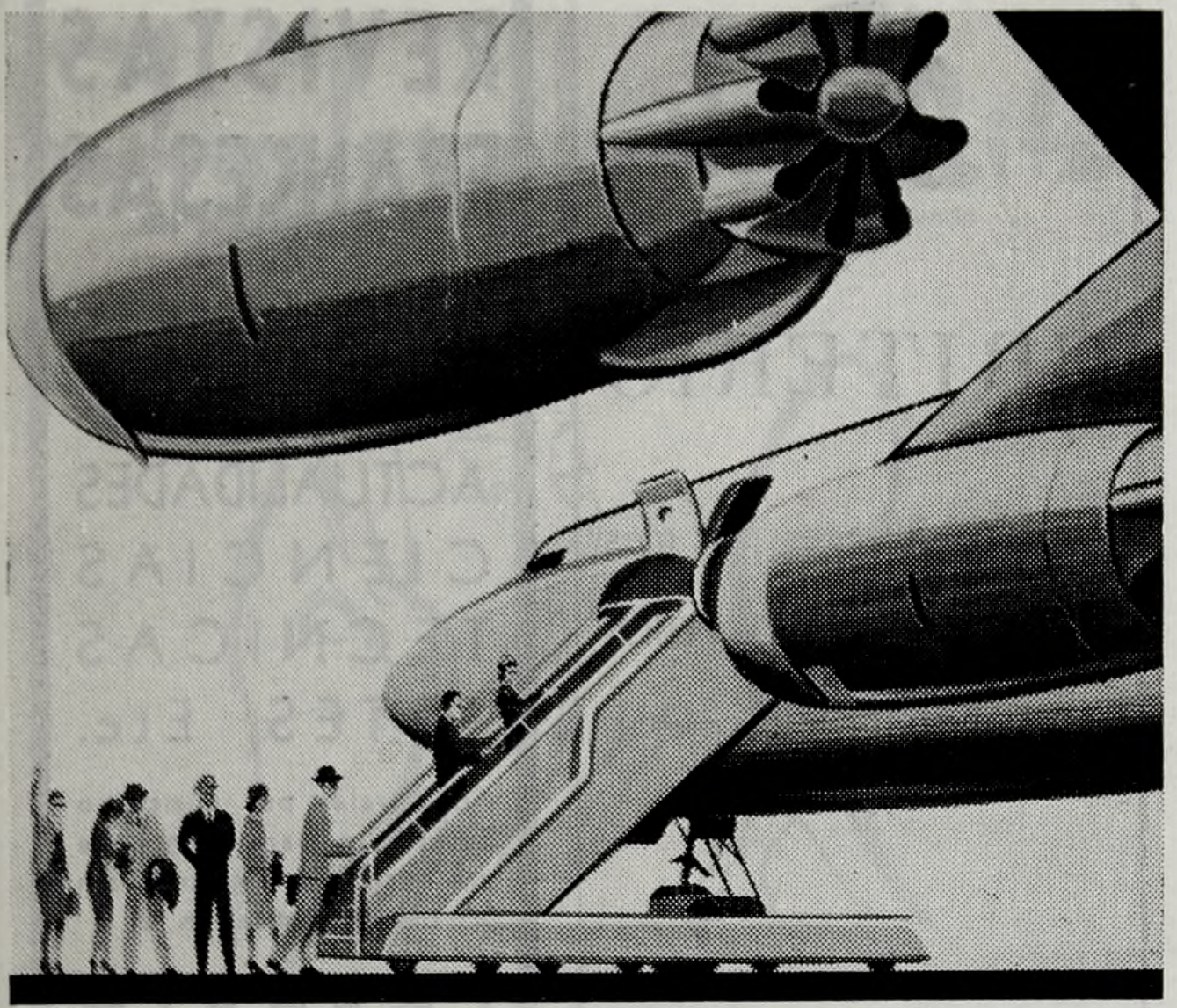
ULTIMAS REIMPRESIONES EN LA BIBLIOTECA CONTEMPORANEA

J. HESSEN: **Teoría del conocimiento** (Nº 3, 3ª ed.)
ROBERTO J. PAYRO: **Pago Chico y Nuevos cuentos de Pago Chico** (Nº 36, 8ª ed.)
ROBERTO J. PAYRO: **El casamiento de Laucha. Chamijo. El falso inca** (Nº 74, 5ª ed.)
ALFONSINA STORNI: **Antología poética** (Nº 103, 2ª ed.).
FERNAN SILVA VALDES: **Antología poética** (Nº 119, 2ª ed.).
JOSE INGENIEROS: **Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía** (Nº 189, 2ª ed.)
GUILLERMO DE TORRE: **La aventura y el orden** (Nº 208, 2ª ed.).
GUILLERMO DE TORRE: **Tríptico del sacrificio** (Nº 210, 2ª ed.).
PEDRO SALINAS: **La voz a ti debida** (Nº 226, 3ª ed.).
FEDERICO GARCIA LORCA: **Antología poética** (Nº 269, 2ª ed.).

EDITORIAL LOSADA S. A.

ALSINA 1131 **BUENOS AIRES**

URUGUAY - CHILE - PERU - COLOMBIA



Vuele en JET a los Estados Unidos!...

En cualquier momento, sin problemas de fecha, tiempo ni asiento usted puede disfrutar de los vuelos increíblemente veloces... asombrosamente serenos... volando por Pan Am

Usted puede aprovechar también, si lo desea, el ventajoso plan "Vuele ahora — pague después".

Consulte a su Agente de Viajes o a:

PAN AMERICAN

LA LINEA AEREA DE MAYOR EXPERIENCIA EN EL MUNDO

Cía. de Aviación Pan American Argentina, S.A.C.F. e I.
Avda. Pte. R. S. Peña 788 - Buenos Aires - Tel. 45-0111



CRITERIO

Aparece 2 veces por mes

REVISTA DE CULTURA

☆

SUSCRIPCION ANUAL $ 280 -

„ SEMESTRAL $ 150 -

ALSINA 840 BUENOS AIRES

T E. 34-1309

de 13 a 19 (sábados, 9 a 12)

REVISTAS FRANCESAS

de

MODAS
LITERATURA
ACTUALIDADES
CIENCIAS
TECNICAS
ARTES, Etc.

Adquiéralas por número o Suscríbase para asegurarse una recepción regular y sin inconvenientes, en el

PALACIO DEL LIBRO

MAIPU 49 - T. E. 34-3131
CORDOBA 2015 - T. E. 83-8191
BUENOS AIRES

Solicite nuestro catálogo gratuito
SELECCION DE 1000 REVISTAS FRANCESAS
y tendrá la información más completa sobre cuanto se edita en Francia.

BIBLIOTECA NACIONAL

Charles of the Ritz

Los productos de belleza más preciados del mundo



le ofrece

Tratamientos Completos - Maquillaje Moderno
y el UNICO Polvo Facial Compacto
"hecho a medida" para destacar
SU BELLEZA INDIVIDUAL

Exclusivamente en **HARRODS o GATH y CHAVES** y sus casas del interior
PARIS · LONDRES · NUEVA YORK · RIO DE JANEIRO · BUENOS AIRES

LOS LIBROS DEL MOMENTO

EL CAMINO EN ESPIRAL
por **Jan de Hartog**

La apasionante vida de un médico en la selva de Indonesia. Su lucha con la magia blanca del cristianismo contra la magia negra de las tribus primitivas.

VINO DE VIDA
por **Charles Gorham**

Primera y única biografía novelada del célebre escritor Balzac. Una magistral evocación que conmueve y apasiona. 500.000 ejemplares ya vendidos.

POLICIA, PROBLEMA URGENTE
por **Recaredo E. Vázquez**

Buenos Aires no puede vivir con una policía equivalente a la de 1905. El Jefe de la Policía Federal explica los graves problemas que debe afrontar para dar seguridad a una población que crece mucho más que los recursos policiales.

LA MONTAÑA ES JOVEN
por **Han Suyin**

El misterioso Nepal: la vida, el amor, las fiestas, los templos en Katmandu, su exótica capital. Brillante y amena narración, ya traducida a 12 idiomas.

EL MUNDO DE SUZIE WONG
por **Richard Mason**

Conmovedora historia de amor en la legendaria China donde alternan el dolor y la alegría, el triunfo y la derrota.

MANIFIESTO CAPITALISTA
por **Louis O. Kelso** y **Mortimer J. Adler**

El capitalismo como sustento económico de la libertad política y la justicia social. Un libro profundamente revolucionario.

SOLICITE FOLLETOS DE NUESTRAS COLECCIONES
DE LIBROS CON GRANDES FACILIDADES DE PAGO.

EDICIONES KRAFT

RECONQUISTA 319 BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL

Confiado y alegre

hacia el mundo de los plásticos



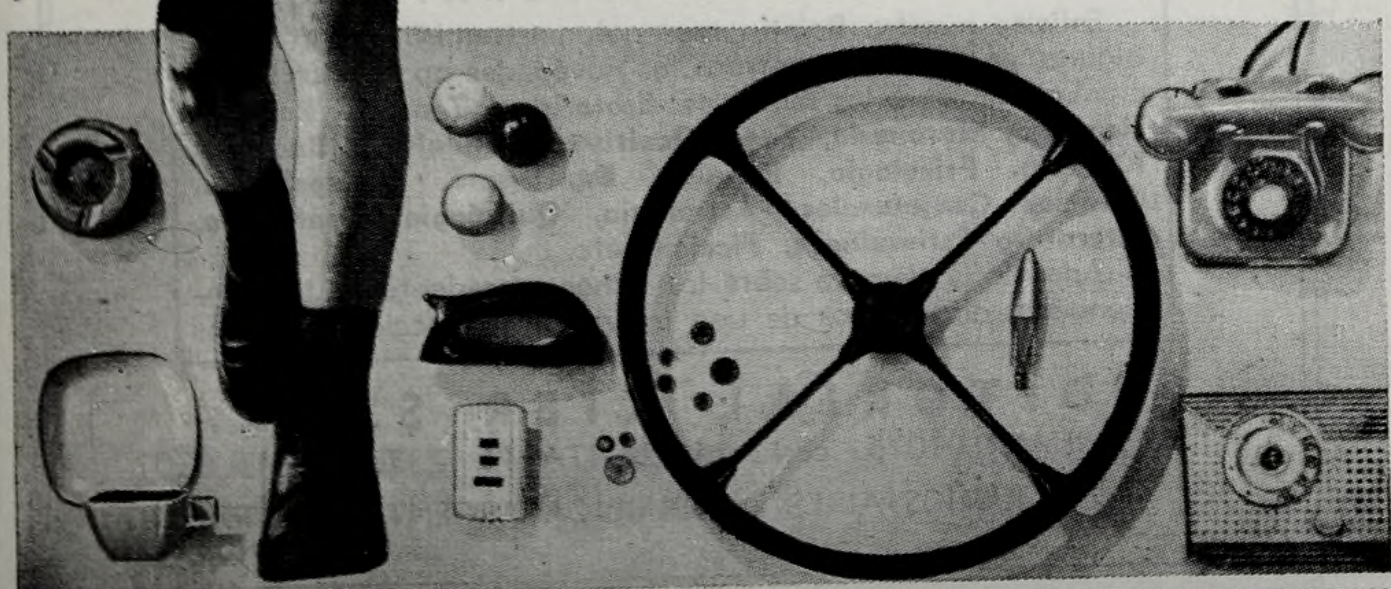
Este chico es testigo de la gran era del plástico que está en pleno desarrollo. Su vida es más grata y confortable con el uso de infinidad de artículos plásticos que se fabrican con materias primas elaboradas por ATANOR, tales como el formol, la hexametilentetramina y el paraformaldehido.

Es así como ATANOR colabora eficazmente en la expansión económica del país, promoviendo modernas industrias y abriendo nuevos mercados, transformándose así en el invisible factor de su bienestar.

ATANOR S.A.M.

INVISIBLE FACTOR DE SU BIENESTAR

Lavalle 348 - Bs. As. - T. E. 32-8141
Sarmiento 819, 7° piso - Rosario - T. E. 66325
Fábricas en Munro (Pcia. de Bs. As.) y Río Tercero (Pcia. de Córdoba)



20 AÑOS ELABORANDO PRODUCTOS QUIMICOS INDISPENSABLES PARA LA INDUSTRIA, A PARTIR DE MATERIAS PRIMAS ARGENTINAS

JOYAS ESPIRITUALES

PARAMAHANSA YOGANANDA. — El Maestro Dijo	$	60.—
Meditaciones Metafísicas	„	38.—
La Madre Cósmica	„	16.—
Las Condiciones del Exito	„	16.—
Afirmaciones Científicas para la Curación	„	25.—
La Ciencia de la Religión	„	38.—
ABHAYA CHAITANYA. — En las Horas de Meditación	„	46.—
SWAMI VIJOYANANDA. — Srimad Bhagavad Guita	„	50.—
Sri Krishna y Uddhava	„	78.—
KRISHNAMURTI. — A los Pies del Maestro	„	16.—
BLAVATSKY. — La Voz del Maestro	„	40.—
Ocultismo Práctico	„	24.—
COLLINS. — Fragmento de Vida y Pensamiento	„	40.—
Luz en el Sendero	„	44.—
Por las Puertas de Oro	„	58.—
STEINER. — Significado Oculto de la Sangre	„	20.—
HAMBLIN. — El Mensaje de una Flor	„	25.—
El Poder está en Ti	„	41.—
Recto Pensar	„	35.—
La Vida del Espíritu	„	38.—
El Poder del Pensamiento	„	35.—
Cómo Curar el Estado de Conciencia	„	35.—
HEINDEL. — Filosofía Avanzada	„	32.—
Los Espíritus y las Fuerzas de la Naturaleza	„	22.—
BRUSCHETTI. — Cuando Seas Madre	„	38.—
Angel Femenino	„	60.—
MANLY P. HALL. — La Anatomía Oculta del Hombre	„	32.—
Lo que la Sabiduría Antigua Espera de sus Discípulos	„	35.—
La Cultura de la Mente	„	38.—
El Enigma de los Rosacruces	„	25.—
La Muerte y el Más Allá	„	32.—
Melquisedec o El Misterio del Fuego	„	35.—
AUTHIEVRE. — Ritual del Corazón	„	44.—
NIEMAND. — Cartas que me han Ayudado	„	58.—
DOS COLABORADORES. — Despertad Hijos de la Luz	„	40.—
DOS LABORANTES. — El Espíritu de lo por Nacer	„	50.—
SRI SWAMI SIVANANDA. — Luz, Poder y Sabiduría	„	—
EDUARDO SCHURE. — (Serie Los Grandes Iniciados)		
Rama y Krishna (El Ciclo Ario y La India - La Iniciación Brahamánica)	„	58.—
Hermes y Moisés (Los Misterios de Egipto - La Misión de Israel)	„	56.—
Orfeo, Pitágoras y Platón (Los Misterios de Dionysos - Los Misterios de Delfos - Los Misterios de Eleusis)	„	108.—
Jesús, y Jesús y los Esenios (La Misión de Cristo - La Secreta Enseñanza de Jesús)	„	90.—
Zoroastro y Buda (El Culto al Fuego - La Reforma del Brahamanismo)	„	44.—

BOLETIN BIBLIOGRAFICO

Solicite nuestro Boletín mensual que remitimos sin cargo alguno, en el que encontrará las novedades aparecidas, principalmente sobre los temas de: **Esoterismo, Teosofía, Rosicrucianismo, Masonería, Yoga, Ocultismo, Hinduismo, Budismo, Filosofía, Psicología, Religión, Espiritismo, Metapsíquica, Ciencias Conjeturales, Astrología, Quirología, Grafología, Literatura Estimulante, Ficción,** etc.

Además, y siempre sobre los temas precedentemente mencionados, disponemos de una interesante colección de libros

EDITORIAL KIER S.R.L.

TALCAHUANO 1075, casi esq. SANTA FE - T. E. 41 - 0507

BUENOS AIRES - REPUBLICA ARGENTINA

BIBLIOTECA NACIONAL

MAXIMA AUTORIDAD MUNDIAL
EN PRODUCTOS DE CALIDAD
PARA LA BELLEZA DEL CABELLO

L'ORÉAL DE PARIS

M. BELIERES S.R.L.

BUENOS AIRES
Sarmiento 2570

ROSARIO
San Martín 642

MENDOZA
Av. San Martín 1718

DESARROLLO DE LA CAPACIDAD CREADORA

por Viktor Lowenfeld

Datos psicológicos y bases para comprender y estimular la expresión creadora en cada nivel de edad. Influencia de la expresión artística en el equilibrio emocional. Las facultades creadoras y su correlación con el crecimiento mental y afectivo.

En dos partes: 624 págs. $ 320 -

Del mismo autor: **EL NIÑO Y SU ARTE $120.-**

BIBLIOTECA DE CULTURA PEDAGÓGICA

A docentes en ejercicio, Cooperadoras y profesionales **CUENTAS PERSONALES** *a sola firma*

KAPELUSZ Moreno 372 Bs. As. T. E. 34-6451

CUADERNOS AMERICANOS

LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO

Publicación bimestral en la que colabora lo más distinguido de la intelectualidad hispanoamericana

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	$	75.00
Otros países de América y España	Dis.	7.30
Europa y otros Continentes	„	8.80

Precio del ejemplar del año corriente:

México	$	15.00
Otros países de América y España	Dis.	1.40
Europa y otros Continentes	„	1.65

EJEMPLARES ATRASADOS, PRECIO CONVENCIONAL

Los pedidos pueden dirigirse a la Av. COYOACAN Nº 1035 o al Apartado Postal Nº 965. MEXICO 1, D. F. República Mexicana

AUTORIDAD Y DELINCUENCIA EN EL ESTADO MODERNO

por Alex Comfort

"La delincuencia de los Estados surge en dos niveles: en la psicopatía del público y en la psicopatía de los individuos que expresan su propia agresión y la de su cultura por medio del mecanismo del poder." Esta tesis, destinada a provocar una nueva corriente del pensamiento en los estudios psicológicos y psiquiátricos, es desarrollada de un modo lúcido y penetrante por Alex Comfort en este libro, esencial para la comprensión de las modernas estructuras de poder. Con una clara visión de los males que corrompen a la sociedad contemporánea, Comfort aplica métodos psicológicos, sociológicos y psiquiátricos para la dilucidación de los elementos psicopáticos presentes en todo gobierno "fuerte" y llega a conclusiones de sorprendente objetividad y rigor lógico.

Es una obra para el sociólogo, para el psiquiatra, para el político y para todo hombre que se plantee el angustioso interrogante de las últimas causas que mueven las corrientes vitales de nuestra época.

Editorial Américalee presenta este ensayo que, no sólo plantea en forma magistral los problemas de nuestra sociedad mecanizada y esclavizada por el temor proyectado hacia las estructuras gubernativas, sino que también enuncia una serie de soluciones positivas, cuyo espíritu puede resumirse en esta cita de J. K. Folsom: "La persona que realmente ama a los otros se ama a sí misma; ama la vida. Difiere así de la persona frustrada, destructiva, que desea restringir a otros y destruir sus valores en tanto que se niega y se castiga a sí misma a la vez. Difiere también del que no se atreve a ser él mismo, sino sólo lo que se espera de él, y que obliga a otros a la misma conformidad".

AMERICALEE - Tucumán 353 - Buenos Aires

Un texto clásico
de la filosofía contemporánea

MAX MULLER

CRISIS DE LA METAFISICA

A través de las páginas de la presente obra, el lector hallará una esclarecedora lección que —sin caer en momento alguno en simplificaciones de las que tanto tergiversan las exposiciones de la filosofía presente— lo conducirá a una comprensión diríase vertical del pensamiento de su época, a través de Heidegger, Jaspers, Sartre, Marcel y otros destacados exponentes.

SUR

INDEPENDENCIA 802

BIBLIOTECA NACIONAL

Samuel BECKETT

MOLLOY

PRIX INTERNATIONAL DES EDITEURS 1961

La fama mundial de Beckett se originó tras la presentación en París de su primera pieza escénica, **En Attendant Godot,** que constituye uno de los puntos de partida fundamentales de la reforma moderna del teatro.

Narrador, cuentista y ensayista, se lo considera en la actualidad uno de los maestros indiscutidos de la literatura presente.

Los lectores de habla castellana conocen ya el amargo esplendor y el alto refinamiento de la novelística de Beckett a través de las páginas de **Malone muere,** editado en 1958 por SUR. **Molloy,** que es en cierto modo una prolongación de aquella obra singular, deparará al lector una nueva muestra del talento del autor.

El 1º de mayo último, Samuel Beckett, junto con Jorge Luis Borges, mereció el **Prix International des Editeurs,** otorgado por primera vez, en Mallorca, por un jurado compuesto por los representantes de las más importantes edtoriales del mundo.

INDEPENDENCIA 802 / 23-9603 / BUENOS AIRES

Argentina 1930 - 1960

PROLOGO, por Jorge A. Paita

LA REALIDAD HISTORICODEMOGRAFICA
Cronología, por Julia Helena Acuña
Crónica del período, por Tulio Halperín Donghi
Visión de la Demografía, por L. Dagnino Pastore

LOS FACTORES DE PODER
Introducción a los poderes del gobierno, por C. Sánchez Viamonte
Poder Legislativo, por Mario Justo López
Poder Ejecuitvo, por Carlos S. Fayt
Poder Judicial, por Alfredo Orgaz
Partidos Políticos, por Roberto Cortés Conde
Organizaciones Obreras, por Sebastián Marotta
Fuerzas Armadas, por Horacio Sueldo
Relaciones Exteriores, por Leandro Pita Romero (h.)

LAS ARTES PRODUCTIVAS
Agricultura y Ganadería, por José A. Martínez de Hoz (h.)
Combustibles, Electricidad, Minería, por Abraham Eidlicz
Industria, por José A. Blanco
Comercio, por Leopoldo Portnoy
Economía y Finanzas, por Walter Beveraggi Allende

LA ESTRUCTURA DEL SABER
Historia y Sociología, por Carlos Alberto Floria
Teoría y Práctica del Derecho, por Carlos Cossio
Filosofía, por Miguel Angel Virasoro
Ciencias, por José Babini
Medicina, por Aníbal Ruiz Moreno

CULTURA DE MASAS
Análisis del Fenómeno, por José Enrique Miguens
Radio y Televisión, por Alberto J. Aguirre
Cine, por C. A. Burone
Deportes, por Félix Daniel Frascara
Periodismo, por Joaquín Neyra

SERVICIOS DE LA COMUNIDAD
Educación, por Nélida Baigorria
Obras Públicas, por Ludovico Ivanissevich Machado
Arquitectura y Urbanismo, por Carlos A. Méndez Mosquera

EL MUNDO DE LO ESTETICO
Pintura y Escultura, por Hugo Parpagnoli
Teatro, por Jorge Cruz
Música, por Jorge D'Urbano
Literatura, por Enrique Pezzoni

LA RELIGION Y LA ETICA
Religión, po Joaquín Adúriz, S.I.
Derechos Humanos, por Emilio Carreira

NOTICIAS SOBRE LOS AUTORES

Reserve su ejemplar

EDITORIAL SUR S. A. - Independencia 802 - Buenos Aires

BIBLIOTECA NACIONAL

SUR

NÚMERO 271 JULIO-AGOSTO DE 1961

CONOCIMIENTO Y VOLUNTAD EN LA POLITICA ACTUAL

LA SITUACIÓN MUNDIAL

Desde el fin de la guerra se han operado cambios fundamentales en la situación mundial. Las armas nucleares, que hasta entonces habían sido propiedad exclusiva de Estados Unidos, también están en poder de Rusia. En la actualidad, la cohetería rusa aventaja a la de Occidente. Por su parte, China, gracias a una rápida tecnificación, ha logrado acrecentar su poderío y empieza a hacer sentir su influencia en todas partes. La emancipación de la mayoría de los pueblos asiáticos y africanos, que de un tiempo a esta parte ha cobrado un ritmo vertiginoso, ha dado origen a una agitación nueva, de proyecciones mundiales. Los pueblos subdesarrollados —que representan casi las dos terceras partes de la humanidad— constituyen un problema político capital, cada vez que en su ámbito la voluntad genuina de prestar ayuda, confrontada por problemas sumamente espinosos, choca con el juego de intereses creados y se produce el duelo del mundo totalitario con el mundo libre. En la India y en China aumenta sin cesar la población, lo que preocupa a los mismos gobernantes de esos países. Hasta ahora, no ha dado resultado negociar con los totalitarios. Los convenios económicos y culturales celebrados con ellos no han promovido en modo alguno la paz, sino más bien su poderío. Hungría y Tibet son los más recientes síntomas terribles de la violencia totalitaria que sojuzga

a los pueblos y que —llegado el caso— no vacila en exterminarlos. Los regímenes totalitarios han logrado ganar posiciones en forma al parecer incontenible, mientras que el mundo libre ha perdido terreno o a duras penas lo ha mantenido. Sin embargo, a pesar de la guerra fría, en el ámbito del mundo libre ha tenido lugar una formidable expansión económica; a la que corresponden los éxitos logrados por planificación económica en el campo totalitario y las evoluciones favorables que se han iniciado en los países subdesarrollados.

Ahora bien, por muy grandes que sean aquellos cambios, en su conjunto la situación básica de nuestro mundo no ha variado; pero ahora se presenta más clara que antes: sobre la humanidad se cierne la amenaza de destrucción por el hombre mismo y el mundo entero corre peligro de caer bajo la dominación totalitaria. Hasta ahora no se ha encontrado nada, no se ha dado ningún paso que nos acerque a la paz.

¿Disfrutamos de un respiro, que el Occidente tiende a considerar permanente y en el cual quisiera seguir viviendo como hasta ahora, creyendo en su continuo progreso (mientras el bloque oriental se va aprestando para la hora decisiva del golpe final, el que —una vez convencido de su superioridad— preferiría realizar por vía "pacífica", esto es, mediante la mera amenaza del empleo de la fuerza)?

En la medida en que se ha prolongado este estado de cosas, ha cundido un extraño sosiego entre los pueblos y muchos políticos —no entre los estadistas—: la sensación de que, después de todo, la sangre no llegará al río. En Occidente se piensa muy confusamente, sin un horizonte común de conocimiento de la situación mundial en su conjunto. En el ámbito del bloque oriental, los hombres-masa no enfocan la situación mundial con criterio independiente, porque no se los tiene al tanto de la marcha de los acontecimientos y una reiteración constante les hace creer lo que se desea que crean.

Como consecuencia de ello, frente a la acción ofensiva del poderío totalitario, cuyo objetivo declarado es establecer la dominación del comunismo sobre el mundo, está la defensiva, están las contemporizaciones, los titubeos y las esperanzas del mundo libre. A la iniciativa constante del bloque oriental regimentado y compacto no corresponde una iniciativa unitaria del mundo occidental. De ahí que la política mundial sea hoy, esencialmente, la suma de múltiples reacciones del Occidente a las acciones del bloque oriental.

En el mundo libre, los que no están ciegos, están desconcertados.

En lo que va de nuestro siglo, se han sucedido los desastres polí-

ticos, provocados al parecer por una serie de faltas de perspicacia, y ejecutados por hombres nada tontos. Ha habido dos guerras mundiales, la primera por "haberse deslizado" (Lloyd George) los Estados nacionales europeos dentro de la contienda civil europea —que de haber sido más perspicaces los estadistas pudo quizá haberse evitado—, y la segunda como consecuencia de la soberbia y arbitrariedad de Hitler y sus huestes, que casi seguramente pudo haberse evitado si las potencias hubiesen percibido a tiempo la amenaza que se perfilaba y se hubiesen preparado a tiempo para hacerle frente (Churchill). Hemos asistido al cómodo cerrar los ojos ante la realidad, a la inaudita audacia de aventureros y chantajistas, al montaje sistemático de formidables organizaciones técnicas, al desenfreno de la violencia. Todo eso aparecía como una marcha de la perdición donde las portentosas realizaciones de desarrollo económico y técnico, las creaciones espirituales y científicas de alto rango, los individuos, dignos de afecto por su bondad y admirables por su heroísmo, parecían garantizar la dignidad humana. Mas todo aquello terminó por ser arrollado, maltratado o arrojado a un lado.

La paz, el derecho, la libertad política, la libertad del espíritu, la dignidad humana parecen declinar más y más, en tanto que la tecnología y las posibilidades económicas van logrando formidables progresos.

Pero las realizaciones técnicas y económicas carecen de fundamento propio y no son, en sí mismas, garantía de duración. Predomina la política, que puede rápidamente destruirlo todo. Se comienza de nuevo.

Y he aquí otra comprobación asombrosa: parece ser que, en el terreno económico, en las modernas condiciones técnicas la destrucción trae consigo una reconstrucción más rápida, más perfecta y grandiosa, que nunca antes en la historia. Y ante eso, se infiere que, pase lo que pase, no se producirá una catástrofe. No importa la destrucción de industrias y de ciudades —se dice—, porque dentro de diez o veinte años las volverá a haber, y más portentosas que antes; no importa que mueran millones, porque nacerán muchos millones más. Las grandes guerras mundiales, lejos de detener el adelanto técnico, más bien lo han estimulado. Apenas si han retardado el ritmo de crecimiento de las poblaciones.

Sin embargo, tales nociones, dudosas de suyo desde el punto de vista del sentido del hombre y de la dignidad humana, son hoy falsas en el punto decisivo. Tras la destrucción total de la vida, nada podría ya renacer. El que quiera ver, ve el fin que ahora, por

primera vez en la historia, amenaza a la humanidad. Pero nos encontramos con el hecho espeluznante de que son pocos los que toman cabalmente en serio esta eventualidad.

Indefectiblemente, la misma capacidad que hace posible el "milagro económico" también posibilita la destrucción total en el choque de dos aparatos gigantescos y aplastantes, de concepción estratégica y organización técnica, donde los más son simples piezas del vasto engranaje.

En tanto, existen todavía la portentosa fe en el propio poder y porvenir y la fatalista espera de circunstancias propicias. Existe el vivir aparentemente contento en los países de alto nivel de vida, y existe la pusilánime desesperanza de los que se ven a sí mismos y la humanidad toda hundirse sin remedio y creen, resignados, que no hay nada que hacer ya que todo está perdido.

Tal es nuestra paz, bajo cuyo signo, sin guerra, se acrecienta el poder, se intensifican los aprestos bélicos y se prepara la extrema violencia y —sobre todo en los países impotentes— los pacifistas protestan indignados cuando los estados —frente a los preparativos y los éxitos de los que amenazan destruirlos— se preparan en legítima defensa a su vez, apelando a los mismos medios, y en la solidaridad de la libertad política se alían con los que se hallan expuestos a idéntica amenaza.

Ante esta situación, todos preguntan: ¿qué debe hacerse? Se clama por programas y fórmulas que pongan remedio a todo. Es catastrófico imaginarse las cosas más fáciles de lo que son, creerse dueño de la verdad y echar la culpa de todo a la estupidez y maldad de los otros.

Lo que otros podrían hacer ya mismo, lo que es factible hacer dentro del marco de las posibilidades dadas, se funda —si no es el desenfadado y, en definitiva, ciego seguir como hasta ahora— en algo integral: en el conocimiento cabal de la situación y la voluntad de cambiarla. Preguntamos: ¿qué puede lograrse por medio del conocimiento? Y a continuación: ¿cómo hacer para penetrar hasta el fondo de nuestra voluntad?

¿QUÉ PUEDE LOGRARSE POR MEDIO DEL CONOCIMIENTO?

Orientación real — Mediante todos los recursos de la ciencia moderna debe trazarse el cuadro de la realidad concreta —en forma especializada pero, para la conciencia general, reduciendo cada aspecto a sus líneas fundamentales. Los datos geográficos, las riquezas

naturales y el grado de su explotación, el nivel económico, la estructura social, el potencial bélico— todo esto y mucho más, debe ser determinado y, como panorama del mundo políticamente pertinente, estar a la disposición de todos. Lo real se halla sujeto a constante mudanza. Los datos geográficos, que se creerían lo más inmutable que existe, cambian de significación por obra de la técnica que se adueña de ellos. Las distancias se acortan; la situación insular deja de brindar protección. Corresponde trazar posibilidades: cómo gracias a la técnica se podrán transformar en áreas de cultivo las vastas zonas territoriales áridas y por lo tanto desaprovechables; qué significan la posesión de esas zonas y la distribución de la tierra para el porvenir de los pueblos; cuáles serán los futuros centros de gravedad de la economía y de la población humana.

La orientación se extiende a la voluntad y las nociones que hoy alientan en los pueblos y sus gobernantes. Por ejemplo, los Estados Unidos no declararon una guerra preventiva a Rusia cuando eran la única potencia que poseía la bomba atómica —se dice que porque una democracia no declara la guerra salvo cuando es atacada y corre grave peligro. Stalin no fue a la guerra cuando, desarmadas todas las otras potencias, Europa se hallaba a merced de sus formidables ejércitos porque la bomba atómica de Estados Unidos protegía a Europa, según manifestó entonces Churchill. Ya en poder de ambas potencias la bomba atómica, hasta ahora no ha estallado la guerra— dicen que porque Estados Unidos y Rusia temen por igual el peligro atómico. Nos consta, casi, que los Estados Unidos tampoco en el futuro querrán la guerra; que entre los Estados nacionales europeos ya no puede haber guerra, pero que todo el Occidente haría frente a acciones bélicas del bloque oriental. En la era actual de la bomba atómica, ya no existe más que un peligro bélico: la voluntad de dominación mundial de las potencias totalitarias, intensificada por la falta de claridad y solidaridad que caracteriza al mundo libre. Mas ¿puede semejante orientación sobre motivos y expectativas pretender determinar hechos? Orientaciones semejantes no tienen carácter definitivo; pero si a través de ellas se llegan a interpretar los actos concretos de las potencias totalitarias y de las otras, se proyecará un poco de luz dentro de la oscuridad de los motivos, inaclarables en su conjunto por lo susceptibles que son de cambiar infinitamente.

Saber total — Orientación real nunca es saber total. Aquélla explora el ámbito respectivo de las realidades, en la medida en que alcanza a penetrarlo; éste pretende abarcar la totalidad del estado

actual de cosas en conexión con "la" marcha de la necesidad histórica.

De Hegel y Marx a Spengler y Toynbee van las imágenes, sugestivas, de mayor o menor elaboración conceptual, de un saber total. Muy divergentes en cuanto a su contenido, desde el punto de vista formal tienen todas idéntica pretensión: que sus esquemas de filosofía de la historia, de morfología de la cultura, de sociología expresan no sólo tendencias, sino ineluctables necesidades de la marcha de las cosas humanas en su conjunto. Representan, en lo culminante, concepciones ingeniosas, de exposición convincente (sobre todo por los aportes originales que presentan), aunque recíprocamente excluyentes. Es muy grande su poder de seducción. Pero son incompatibles con el conocimiento científico que penetra en el curso histórico, lo explora hasta el infinito, y lo pone en evidencia en diversos nexos causales y de sentido, pero jamás lo abarca globalmente.

En aquel saber total va oculta una decisión de la voluntad. A la que el saber aparente puede impulsar hasta la máxima actividad o reducirla a pasividad contemplativa. El hombre que así piensa es prisionero de este sesgo de su pensamiento. La libertad es para él o adhesión a la necesidad establecida "científicamente" al servicio de la historia —en triunfante participación en la obra de construir el porvenir sabido—, o resistencia a la presunta necesidad —una desesperada actitud de rebeldía como consecuencia del engaño que la hace víctima de un seudosaber que inhibe el propio discernimiento.

El creyente activo extrae de su fe un poderoso fortalecimiento. Se sabe aliado de la historia. Contribuye a algo que desde luego ha de materializarse. La certidumbre de su éxito lo hace refractario a cualquier argumento, inconmovible en su fe de hombre que sabe, incluso frente a todos los fracasos, que para él no son sino obstáculos pasajeros. Ser de los que recorren el único camino —he aquí el sentido de su vida, que él ofrenda a esta historia.

Esta polaridad de actividad ciega en definitiva y de pasividad prematuramente desesperada sólo puede superarse si se alcanza a comprender lo fútil del presunto saber total en todas sus formas. A esta comprensión va asociada la decisión por la libertad: de encontrar los caminos, ante el ámbito penumbroso del porvenir posible, sin saber total; los caminos justificados por libertad ante el poder, por los que el hombre pueda llegar a ser hombre.

Decisión de la voluntad política en la hora actual — La decisión primordial es si se quiere libertad política o dominación totalitaria.

La segunda decisión es si debe jugarse el todo por el todo (Kennedy: libertad "a cualquier precio") o si debe haber un límite en que

en atención al peligro mortal para la humanidad toda es preferible someterse a la dominación totalitaria. En la duda de estar pronto a jugar el todo por el todo ya va implícita la eventual presteza para someterse al totalitarismo.

Debemos examinar nuestra voluntad en términos de lo peor. Después de una guerra mundial, que necesariamente sería una guerra atómica, en el mejor de los casos algunos sobrevivientes podrían comenzar de nuevo, sumidos en un estado de barbarie punto menos que inconcebible, en un mundo en su mayor parte contaminado por radiactividad. Lo más probable es, empero, que el hombre y la vida se extinguirían en la Tierra.

Por eso anhelamos, casi todos nosotros, la *paz mundial,* única garantía de supervivencia de la humanidad. Pero la anhelamos, no todos nosotros, con la condición de que quede preservada la libertad política.

Paz mundial asegurada por un Estado universal — ¿Cómo puede asegurarse la paz mundial? ¿Únicamente concentrando todo el poderío militar en manos de un único Estado universal? De ser así, todo se reduciría a la cuestión de cómo debe llegarse a la constitución de tal Estado universal. ¡Por supuesto que no por una guerra, la que precisamente ha de ser impedida por él! ¿Por la amenaza de guerra, pues, sometiéndose una parte de la humanidad a la parte restante: o el totalitarismo o el mundo libre? Si fuera el totalitarismo el que se sometiese, se desintegraría y sus pueblos participarían, sin sumisión, de la libertad política de todos. De ocurrir las cosas al revés, el Occidente se sometería a la dominación totalitaria del bloque oriental, sumándose a los pueblos actualmente sometidos a él. Existe bastante disposición para semejante sometimiento. Se oye decir por ahí: "quiero vivir; con tal de poder vivir, todo lo demás no me importa".

Esto, en efecto, no puede decidirlo el conocimiento, sino únicamente la voluntad. La cuestión se plantea en estos términos: ¿en qué está el sacrificio necesario para que la humanidad y cada cual pueda vivir (o llevar una existencia digna de él)? ¿En la sumisión o en el jugar el todo por el todo, arriesgando el hundimiento? ¿Se planteará un día la necesidad de una decisión instantánea? En tal caso, aquella alternativa estará en manos de los pocos hombres que ocupen los puestos claves del poder, preparados por lo que con anterioridad habrá sido pensado abierta y categóricamente por los pueblos, sí, pero pese a eso, el acontecimiento se abatirá sobre los pueblos y los individuos sin que ya participen de la decisión.

Pero corresponde preguntar si aquella alternativa no es incompleta. ¿Podrá hacerse algo que haga que se pueda prescindir de esta decisión por haber cambiado radicalmente el estado de la humanidad? ¿Se realizará entonces, en vez del sacrificio de la sumisión total y del sacrificio de la vida toda, el magno sacrificio de que todos los hombres renuncien diariamente a cuanto sea obstáculo para la coexistencia pacífica y para la seguridad de los tratados? Quede esto para el parágrafo siguiente, cuando interroguemos dónde hemos de encontrar el fondo de nuestra voluntad.

La idea de Estado universal estable — Entienden algunos que al Estado universal puede llegarse mediante tratativas y un pacto de la humanidad. Se constituiría un Parlamento mundial, elegido por la humanidad toda. El gobierno mundial concentraría en su manos todo el poderío militar, que entonces ya no serviría más que para fines policiales. Por planificación centralizada se resolvería todo: la producción de artículos de consumo en cantidades adecuadas para satisfacer todas las necesidades, la correcta distribución geográfica de las industrias, el aprovechamiento de las áreas aún sin cultivos, la regulación del aumento de la población por control de nacimientos, la distribución equitativa del trabajo y de los bienes. Todo sería facilitado en una inmensa escala por el desarrollo de la técnica, de los recursos energéticos y de la automatización. Los hombres vivirían felices su vida amparada, entreteniendo sus ocios, que representarían una parte cada vez mayor de la existencia.

Sin embargo, suponiendo que ese fuera un camino viable, ¿sería realmente una meta apetecible? Dicho Estado universal, al monopolizar el poder, tarde o temprano haría violencia desde el centro a todos los hombres. Crearía y preservaría un estado estable de cosas dentro del marco de una burocracia absorbente. Los hombres quedarían reducidos a la condición de siervos de ella. Se borraría la diferencia entre totalitarismo y Estado de derecho. De resultas de la transformación del individuo en hombre-masa, no habría ya experiencia nueva ni iniciativa aventurera, destino fatal ni grandeza. El "último hombre" descripto por Nietzsche en su *Zaratustra* es una visión de tales eventualidades. Pero no por eso desaparecería la violencia, cuya represión a su vez haría necesario el empleo de violencia. Para aplastar revueltas se recurriría a bombas. En caso de aumentar en demasía la población, se apelaría al exterminio en masa.

Mas lo cierto es que no es factible llegar mediante la resolución de crear el Estado universal, sin guerra ni peligro de ella, al estado de cosas estable de la paz perpetua. El plan racional de fundar

institucionalmente el Estado universal y, a través de él, la paz mundial no es viable si al mismo tiempo no cambian radicalmente los hombres, a tal punto que desaparezca todo lo que hasta ahora ha causado las guerras.

Así, pues, el régimen universal de un Estado universal sólo podría establecerse por medio de la violencia, que hoy sería fatal para toda la humanidad. Esta violencia sería la del régimen totalitario. Y el sacrificio de la libertad por la sumisión en aras de la simple supervivencia no originaría necesariamente el Estado universal único; pues el totalitarismo es plural, hoy por hoy representado por Rusia y China. La vida salvada merced a la sumisión sucumbiría quizá en una futura guerra mundial entre los rusos y los chinos. En tal caso, lo que en la lucha por la libertad política hubiera sido un sacrificio genuino, sería el hundimiento oprobioso de una humanidad miserable por autoaniquilamiento de las potencias de la violencia.

El estado de cosas inestable de una confederación mundial — Algo fundamentalmente distinto del Estado universal, con un único gobierno mundial, sería el estado de cosas de una confederación mundial lábil. Una multitud de Estados que paso a paso renunciaron a su plena soberanía en aras de su sumisión a resoluciones adoptadas por la mayoría de ellos para determinados fines específicos podrían confederarse con miras a no declararse la guerra bajo ninguna circunstancia. Se suprimirían los ejércitos y las armas pesadas, así como las bombas. Se tendería sobre el globo terrestre una red de máximos controles recíprocos. No habría una policía mundial, sino que cada Estado contaría con su propia policía, como hasta ahora.

El que la policía —único instrumento del poder coercitivo— permanezca así dividida es seguramente de decisiva importancia para la libertad. Si un Estado universal o una Confederación mundial tuviese el monopolio de la policía, el poder coercitivo estaría concentrado en una sola mano y los déspotas totalitarios abusarían de él el día que se vieran frente a graves dificultades, provocadas por el aumento de la población, por desastres técnicos o carestías catastróficas, por la insatisfacción —no prevista y conjurada a tiempo por estadistas responsables y circunspectos— de las masas ciegas e inertes. Para prevenir este peligro inherente al monopolio de la policía mundial, en la Confederación mundial (sin la que —a mi modo de ver— en nuestra era técnica, un Estado universal forzosamente llegaría a tener carácter totalitario) la policía de cada país debería conservar su autonomía. Cualquier tentativa de parte de la policía de un Estado de adueñarse del poder en dicho Estado podría ser

desbaratada rápidamente por una acción conjunta de todos los demás Estados.

Una Confederación mundial no subsistiría automáticamente, sino que tendría que ser renovada permanentemente al plantearse nuevas situaciones por inteligentes esfuerzos comunes. Un gobierno mundial basado en una centralización de todo el poder llevaría a la supresión de la libertad en aras de una dudosa felicidad, cuando por el contrario la libertad debe ser conquistada siempre de nuevo bajo la presión del peligro. La libertad jamás puede existir como estado permanente disfrutado pasivamente, exento de peligros.

Sirva un símil para poner en evidencia el nudo de la cuestión. Biológicamente, el hombre se distingue de todos los demás seres vivientes en que a diferencia de ellos no está como atascado en determinadas especializaciones de los órganos y detenido en idénticas repeticiones de las sucesivas generaciones. Hablar de "especialización del cerebro" como rasgo distintivo del ser humano sería emplear términos engañosos. Pues el cerebro humano no es sino el instrumento destinado a dar acceso al espíritu, al pensamiento, a la razón. Y bien, para las posibilidades infinitas de la condición humana todo depende de que el hombre preserve en su existencia histórica lo que análogamente, aunque en forma muy distinta, ya ha sido propio de su existencia biológica: la plasticidad, para no atascarse en una determinada organización de su existencia social. A las respectivas formas finales en el orden biológico correspondería, en la historia de la especie humana, la estabilización en alguna organización amparadora, inmutable e insuperable.

La marcha continuada de la historia humana depende de que no haya más guerras y de que el hombre preserve la libertad.

La amenaza de guerra nunca desaparecerá del todo si subsiste la libertad. Pues la garantía de paz perpetua a través de la constitución de un Estado universal tendría que pagarse con la pérdida de la libertad de todos los hombres. A la inversa, la inestabilidad del estado de cosas está ligada inseparablemente a la historia del hombre libre al precio de permanente peligro. He aquí las dos imágenes del futuro: o Estado universal o inestabilidad; o el reposo de la estabilidad en presunta seguridad, con menoscabo de la libertad, o incesante mutabilidad en la plasticidad a través de la libertad. Sólo para ésta hay oportunidades imposibles de prever.

Vislumbre del futuro — Ante el aparente dilema de autoaniquilamiento de la humanidad o estabilización de un estado mundial de cosas que entraña la pérdida de la libertad, debe considerarse una

tercera posibilidad: la inestabilidad de un estado mundial de cosas donde el hombre, expuesto a peligro constante, tenga que reencontrarse a sí mismo permanentemente y, así, permanezca abierto a todas las potencialidades de su ser (en lenguaje figurado: creado a imagen y semejanza de Dios).

El estado actual de cosas, enderezado al hundimiento de la humanidad, no puede durar. Mientras se lo siga enfrentando sólo por los medios tradicionales de la política, cabe ser pesimista. Ya que no es más que un respiro que prepara lo que ocurrirá para bien y para mal.

¿Podemos con nuestro débil ojo mental vislumbrar el incierto futuro? El intento dará un resultado acorde con sus premisas. O se piensa que el hombre es definitivamente así como lo ha mostrado la historia de unos milenios y que se conocen las propiedades de este hombre histórico, o se enfoca el futuro en términos del supuesto de que el hombre va cambiando, no sólo biológicamente (a lo largo de cientos de miles de años que escapan al enfoque histórico), sino en sí mismo y en su ser moral.

Ahora bien, la índole de las visiones del futuro que impulsan al hombre es, a su vez, un factor de su historia.

CÓMO ENCONTRAR EL FONDO DE LA VOLUNTAD POLÍTICA

Nuestra orientación tiene que clarificar el mundo en donde planeamos y obramos. En los límites intuimos lo que no puede ser planeado. Al ignorar si nuestra meta está dentro de los límites de lo planeable y obrable, caeremos víctimas de ilusiones.

Ahora, lo incognoscible encierra el fondo de nuestro planear. Con nuestras múltiples metas respectivas caemos en un confuso afanarnos, si no sabemos qué queremos en definitiva, qué queremos absolutamente, por sobre toda meta específica.

Objetivar este absoluto sería rebajarlo a finalidad finita, oscurecerlo o perderlo. Como fondo último de su volición no encuentra el hombre una meta aprehendida y adecuadamente objetivable. El fondo está en la vivencia del Ser que lo avasalla, por obra del cual es. Los actos humanos se originan en ese fondo de la volición, o si no, a pesar de su estrepitosa momentaneidad salen de la nada y se deshacen en la nada. Lo que para el saber de vigencia universal es el límite, para la práctica es el fondo.

Ocurre así también en la política. Toda política substancial se basa en una resolución decisiva, que informa hasta los procederes

de todos los días. Lo ineluctable de tal fondo se pone de manifiesto cuando en los discursos de los políticos se dan frases, no pocas veces meramente retóricas acaso, ocasionalmente emocionantes y estimuladoras, que dan fe de lo que el estadista respectivo quiere, en definitiva: de los motivos a que apela.

Lo cierto es que hoy día sólo es tenido por real y digno de atención lo que esté dentro de los límites de un plan concreto y aprehensible. Lo que está más allá pasa por irreal e indigno de atención (o queda reservado para los políticos-predicadores a los que se deja hablar sin tomarlos en serio, como manifestaciones de las que no se quiere prescindir del todo).

Allá queremos, por nuestra parte, dirigir la mirada, para indagar lo que en la política pueden significar la conversión, la verdad, la libertad, el diálogo —aquello que podría acaso salvar al hombre, que aprehende y maneja todo lo planeable y obrable en metas finitas pero es guiado desde allí.

Conversión — Para que la humanidad no desaparezca, es necesario hacer lo aparentemente imposible en tres puntos cruciales:

En su forma actual, caracterizada por una dinámica carente de sentido frente a un ámbito terrestre que se va cerrando, la expansión de la economía, por causa de las implicaciones fatales advertidas por economistas, conduce a la catástrofe de la economía misma y a la violencia que de ella se deriva. La expansión debería, pues, invertir la marcha, trocar la extensión exterior en transformación interior (aprovechando las posibilidades portentosas que ofrece la técnica). Requisito indispensable para ello sería un principio económico nuevo, tan radicalmente distinto del actual como lo fue del feudalismo el principio económico del incipiente capitalismo moderno. Esta conversión surgiría de la libertad del hombre.

El antagonismo irreductible entre los principios del totalitarismo y los del mundo políticamente libre lleva a la guerra mundial, tal como los totalitarios desde el primer momento lo han venido proclamando y sólo por consideraciones tácticas actualmente lo están expresando en forma atemperada. Esa conversión debería hacer que el antagonismo más acérrimo, en cuanto de principios y no de los hombres mismos, cediese el paso al diálogo, entendimiento y cooperación.

La violencia degenera en guerra y así desencadenará la catástrofe. Por lo tanto, la conversión deberá anular lo violento en la motivación humana o hacerlo transformar y canalizarlo hacia otro cauce.

Lo que exige la situación y se pone en evidencia en los puntos

indicados más arriba, es la conversión del hombre como tal. ¿Qué es esta conversión?

Observamos en la historia cambios paulatinos y resoluciones súbitas. Se desmorona lo que parecía inconmovible. Lo que ante la mirada retrospectiva se presenta como cambio total, podía pasar inadvertido para los contemporáneos, o bien ocurría en forma repentina y deliberada por actos de violencia. Todo eso no es la conversión de que aquí hablamos.

Hoy, no sirve la revolución violenta (porque de hecho no hace sino acrecentar la violencia y concluye en el hundimiento de todos); sólo sirve la revolución del modo de pensar, que debe ser realizada por el individuo en el ámbito común de la intercomunicación humana, llevando a cabo libremente el individuo lo que hace posible la comunidad en la Razón que une a todos.

Hoy, no sirve tampoco un "proceso natural" histórico que se vaya operando lentamente a lo largo de centurias y milenios. No se dispone de mucho tiempo para la salvación. Los acontecimientos apremian.

Verdad—Debe distinguirse fundamentalmente entre lo que es obligada y universalmente verdadero, y que es por lo tanto la misma verdad —verdad científica— para todos los hombres, por una parte y por otra, la verdad que informa nuestra existencia porque nos funda en un absoluto, verdad esta que no es idéntica para todos los hombres.

Según una noción convencional, sólo la verdad científica es verdad verdadera, mientras que las verdades de fe no son verdad válida, mas son equivalentes en su múltiple subjetividad. Empero, no existe ningún punto de mira extrínseco desde el cual puedan cotejarse adecuadamente verdades de fe. Sólo se ofrecen a la consideración las formas en que se manifiesta una fe y sus modos de comunicación conceptual, pero no su realidad en la existencia del hombre. Se pueden interpretar las manifestaciones sin ser tocado por ningún absoluto. Tal consideración se basa en el engañoso supuesto de que su enfoque sin fe pueda producir unanimidad. Pero semejante saber extrínseco, con su neutra tolerancia, suprimiría la dimensión de profundidad de la fe, sacrificándola a una ciencia sin fe, de validez universal.

Ésta no basta, empero, para unir a los hombres en la paz. Se coincide, acaso, en el conocimiento físico que conduce a la fabricación de la bomba atómica; pero esta coincidencia no impide que se haga uso del conocimiento en la lucha a muerte de unos contra otros. Sigue en pie el interrogante acerca de un universal apto para

unir a todos los hombres, exigido por la paz mundial. Lo universal es: primero, que sea reconocido el conocimiento científico, esto es, lo obligadamente válido y real; segundo, que toda dimensión de profundidad de la existencia humana tenga su raíz en una fe, sin que esta fe, en su forma siempre histórica, deba necesariamente ser compartida por todos, y tercero, que toda fe renuncie a propagarse por medio de la violencia, y que procure su difusión exclusivamente a través de la prédica y de la ejemplaridad de la vida que en ella se nutre.

De conjugarse estos tres elementos —el reconocimiento de lo que es de validez científica universal (en contraposición a la afirmación de lo absurdo), la dimensión de profundidad de la fe (en contraposición al nihilismo) y la no-violencia de la fe (en contraposición a la voluntad de dominio en la difusión de la fe)—, cabe la comunidad de todos los hombres dentro de la ordenación de la existencia.

La verdad que hace posible la comunidad dentro de la ordenación del ámbito y las condiciones existenciales, en recíproco compromiso, es decisiva para la paz. Quien quiere la paz, se resuelve por aquellos tres factores de unión de todos. Sólo el cambio del modo de pensar, la conversión, puede dar una base sólida a esta resolución.

Si debe difundirse lo universal, lo que une a todos —la verdad— para que sea factible la paz, es requisito de tal difusión la publicidad sin restricciones de las noticias y de la discusión. Cuando se niega la libertad de palabra, la búsqueda de la verdad se debilita, la conciencia se estrecha y mengua la confianza del hombre en el hombre. La desaparición de la verdad destruye las premisas de la paz.

Libertad — Todo el mundo clama por libertad. Mas ¿qué es libertad? La libertad política sólo se da en donde ella misma se determina y reglamenta por ley. La libertad como arbitrariedad del individuo sólo es libertad si la arbitrariedad se ata a normas. La libertad como liberación de cadenas sólo es libertad si el hombre realiza el sentido de su ser libre, si sabe lo que debe hacer, por virtud de las ordenaciones que se le muestran en la conciencia y de los contenidos que se muestran a su amor.

Lo inconcebible de la libertad como superación de la arbitrariedad se expresa en proporciones singulares: la libertad está en el llegar a la madurez por autoridad que ella acata. La libertad se identifica con necesidad, pero con una que sólo en la libertad se

percibe y aprehende. La libertad está en el *amor fati*, en la identificación con el propio "destino" o con la "Providencia" ("hágase tu voluntad").

Sábese propiamente libre el hombre en tanto que, más allá de las luchas que jamás cesan para él en el mundo, llega a situarse en relación con el Dios único que se sustrae a toda imagen y alegoría, a toda pensabilidad.

La libertad es para nosotros lo más inconcebible. Nace de una conversión y es esta conversión. El uso y abuso del término "libertad" confunde su esencia con cosas exteriores y tangibles. Se cree poseerla o se denuncia estar privada de ella, sin saber lo que es.

Reza esto también para la libertad política, es la libertad política formal, legada por los antepasados o brindada de afuera, aunque no todavía la auténtica libertad política, le prepara el terreno. La libertad política puede crear las condiciones propicias para el desarrollo de toda otra libertad; pero ella misma sólo nace por obra de motivos de la libertad existencial de los individuos y, por lo tanto, renace siempre. Esto es lo que impulsa al hombre a jugarse la vida por ella.

Decimos: el Occidente quiere preservar su libertad. Mas lo cierto es que tiene su libertad política sólo como oportunidad, no como cabal realidad. Muchos de sus hombres tienen conciencia de lo que significa la libertad política como requisito de la realización de toda otra libertad en la existencia. Por otra parte, empero, el espíritu de esta libertad es violado constantemente y en todas partes. La suplantan el formalismo y la arbitrariedad. Se disfruta de sus resultados, sin tener una noción clara sobre sus premisas, y sin asumir responsabilidades. De ahí que la libertad política de Occidente no sea aún de ninguna manera el paradigma convincente para los pueblos que no disfrutan de ella. El destino —no sólo de Occidente, sino de la humanidad toda—, depende de si la libertad política alcanza a salir del caos, el abuso, los autoengaños en que cae una y otra vez. Únicamente la conversión constantemente renovada puede realizar la libertad política, que tuvo su origen en esa conversión.

Diálogo — Cuando los hombres se comunican entre sí por medio del lenguaje, ese dialogar es de tanto peso, está tan preñado de posibilidades extraordinarias que el solo hecho del diálogo es ponderado con razón como acto de paz. En contraste con el mudo uso de la violencia, parece comportar siquiera un mínimo de comunidad. Sin embargo, ¡hay que ver hasta qué punto puede ser infundada la alta estimación del diálogo!

Siempre, y más en la política, debe preguntarse: ¿quién habla con quién?, ¿con quién tengo que habérmelas?, ¿y para qué fin?

Uno habla acaso como representante, como exponente o agente de una potestad estatal, de una camarilla, de un partido, de una institución, en una palabra, desempeñando un papel, con tareas y directivas dadas, no como él mismo. También en la esfera privada habla uno a menudo sólo como representante de las nociones sobre sí mismo, su situación, sus intereses y opiniones ajenas, quiere decir que tampoco entonces como él mismo.

El diálogo las más de las veces cumple una finalidad. Quiere lograrse algo en la opinión y la decisión del otro. Se habla de habilidad para argumentar, de elocuencia persuasiva, de don de generar la disposición de ánimo apetecida. En el desempeño del papel, en la referencia a la finalidad perseguida, la persona (si es que está) se mantiene a la distancia. En el velo del amable dialogar se desarrolla una lucha. El hombre como él mismo, como propio ser, no puede entrar en contacto recíproco con el propio ser del interlocutor sin que esa lucha peligre. Si ésta se complementa con la blanda intrascendencia del juego social desarrollado paralelamente, éste, por la mera forma del alternar culto, puede sí generar una disposición de ánimo plácidamente cordial, pero también se presta para que se abuse de él como medio de sugestión con miras a un fin.

El hablar al que todo se le transforma o se le puede transformar en artería, tiene su origen en la lucha por la ventaja, que sigue siendo lo absoluto. De ahí la falacia del diálogo político de adversarios, pues no puede llegar a ser un dialogar verdadero, sin reservas. El lenguaje, en vez de ser factor que une, es un arma en la ficción de ese contacto.

Las maneras de hablar propias de esta manifestación son fundamentalmente distintas en el mundo de Occidente y en el bloque oriental, a pesar de muchas analogías.

Los hombres de Occidente se ocultan tras buenos modales. Se evita llevar cosas decisivas al primer plano. Se procede con cuidado. No se quiere provocar iras. Se quiere apaciguar por el silencio. Se cree poder llegar por este camino a algún entendimiento.

Los ataques constantes que parten del bloque oriental son violentos y clamorosos. Los políticos del bloque oriental son, a un tiempo, más sinceros en cuanto a lo general y más reticentes respecto al propósito del momento que los de Occidente. Y de eso sacan una inquietante fuerza. Son más veraces para consigo mismos que los hombres occidentales. Tienen conciencia cabal de su manera

de tratar con el mundo libre. Sólo engañan a los adversarios: a sí mismos no se engañan. Y sus modales son muy diferentes, reñidos con las reglas a que se ajusta el Occidente. Hablan con desconcertante franqueza, asustan, provocan temor ("os enterraremos"); hacen gala de jovial bonhomía y por un momento inspiran confianza (se cree entonces que por lo visto han cambiado en sentido favorable); prometen, pero faltan a su palabra; todo lo que los compromete (la represión soviética en Hungría, por ejemplo) debe ser tabú ("No me ofenda, eh, que me voy"); en las reuniones, cuando se pone sobre el tapete un asunto que no les conviene, provocan la interrupción metiendo ruido (hasta quitándose los zapatos y golpeando con ellos los escaños, con lo cual se mofan de los buenos pero muy frecuentemente nada sinceros modales de los otros, quienes quizás lo tienen bien merecido).

¿Qué sucede cuando se deja de advertir el terrible peligro que significa la parte contraria que se mantiene irreductible? Entonces el mundo libre se deja engañar totalmente. Políticos y pueblos creen que a pesar de todo se va dialogando; que se va progresando hacia el entendimiento, la conciliación, la paz. ¿Y qué sucede cuando se llega a advertir la radical falta de prontitud para el diálogo? O cunde la desesperanza ante la prespectiva del fin ineluctable, o se cobra conciencia de que toda nuestra vida personal y política debe cambiar.

Para llegar a un entendimiento con semejante adversario, a pesar del principio que lo domina, es preciso que cambiemos. Pues así como somos no lo lograremos. El mundo libre necesita recapacitar, en una profundidad en que jamás lo ha hecho. Ese es el requisito para salir airoso de la lucha con semejante adversario y llegar con él a la paz. El verdadero diálogo está supeditado a la conversión.

La realización de este diálogo va desde el hablarse entre individuos hasta el hablar ante el foro de la opinión pública. La propaganda veraz, informadora, repudia la propaganda mendaz, insinuante. La denuncia de los hechos que atentan contra la paz y la libertad, de los actos del adversario y de los propios errores, la demostración no ya programática sino práctica de los ensayos de regímenes equitativos y libres, el paulatino triunfo de la fuerza persuasiva de aquel cuya veracidad se haya llegado a comprobar —todo esto es fruto de la conversión existencial del individuo no menos que del esfuerzo mental. A mi juicio, en este respecto no se hace, ni con mucho, lo suficiente en Occidente. Es menester un denodado trabajo mental para clarificar las cosas y el conocimientto. Sólo el poder creador

de dar a la verdad conquistada las formas más simples y de vivirla con dichas formas le asegura una gravitación de alcance mundial. La filosofía de nuestra época debería tomar alto vuelo, si ha de cumplir esta tarea en alianza con las ciencias.

El más grave obstáculo en el camino de la paz es la pretensión exclusivista propia de las verdades de fe. Es común a las iglesias cristianas (no al cristianismo del Nuevo Testamento), al islam y al comunismo marxista el poder siniestro, fatal, que desembocará en el hundimiento de la humanidad. Pues se mantiene aferrado a lo absoluto de "la" verdad de fe, ya sea la verdad revelada por Dios de un orden del mundo sancionado eclesiásticamente o la verdad de la necesidad ineluctable del curso histórico, alcanzada presuntamente por la vía del conocimiento científico. La pretensión exclusivista de la propia verdad de fe quiere imponerse. Se torna en voluntad de dominación mundial. Cuando se llegue a comprender que esta voluntad amenaza provocar el hundimiento de todos, cabrá la yuxtaposición de una pluralidad de modos de fe sin pretensión exclusivista; que atañerán y atenderán a unos y otros, y se afectarán recíprocamente, sin tener que ponerse de acuerdo sobre una única verdad de fe. Mas queda una última alternativa: pretensión exclusivista en sí (cualquiera que sea la fe a que se ligue) o libertad.

Esta alternativa cesa si las cuestiones referentes a la fe son separadas de las cuestiones relativas a la existencia. En este último terreno siempre es posible entenderse con el adversario mediante un compromiso y mantener la paz. En cambio en las cuestiones referentes a la fe no cabe el entendimiento, ni éste es necesario para la paz una vez efectuada aquella separación.

Así, pues, es requisito de la paz, primero, que en las cuestiones de fe recíprocamente excluyentes los hombres renuncien a pretender su validez universal para todos (sin tener por eso que renunciar a su carácter absoluto para ellos mismos), y segundo, que no pretendan ya imponer por la fuerza sus principios en el mundo, sino que en este respecto se limiten al terreno común de los órdenes existenciales que garantizan la paz.

Entre los principios totalitarios y los de libertad política no cabe compromiso alguno. Mas del hecho de que pueda haberlo entre los principios, no se sigue necesariamente que no puede haberlo entre los hombres que son sus exponentes. Aunque los principios se excluyen recíprocamente, los hombres pueden, no obstante, unirse. La conversión postulada hará que no se encuentren frente a frente adversarios empeñados en una lucha sorda, ni gentes ocupadas en un

blando jugueteo social, sino compañeros que se asocian en un esfuerzo tendiente a transformar su antagonismo en lucha común por la verdad. Denominará entonces la gravedad reflexiva y serena que situará a los hombres en su verdadera comunidad: la de seres que comparten idénticos destinos en este mundo, encontrándose en lo que a unos y otros abarca y que tienen que encarar y sobrellevar en común.

Esta imagen de intercomunicación verdadera da la pauta también para el diálogo político, que debe tener lugar dondequiera se reúnan los estadistas sabiéndose respaldados por la fuerza de los pueblos que los sustentan. A través del diálogo podría entonces superarse la voluntad de poder, porque la verdad y la paz habrían llegado a ser el motivo del dialogar. En él se deponen las armas; dialogando se rinden recíprocamente las armas intelectuales.

En el terreno político, el diálogo siguiente a la conversión de los hombres llevará a la mutua admisión de que jamás podrá descartarse la posibilidad de que resurja la voluntad de apelar a la violencia. Razón por la cual el interés común en verdad y paz moverá a unos y otros a postular que por medio de tratados y controles sin restricciones se prevenga toda posibilidad de semejante proceder arbitrario. Así como en la esfera privada precisamente las personas más estrechamente unidas por lazos de amistad tienen buen cuidado de estipular en cláusulas contractuales lo que así debe estipularse, puesto que son amigos y desean mutuamente protegerse de la propia arbitrariedad posible, así también, y más, en el terreno político.

¿QUÉ PUEDE HACER Y QUÉ NO PUEDE HACER EL HOMBRE?

¿Que la conversión, la verdad, la libertad, el diálogo son requisitos de la paz? ¡pues lo que aquí se postula no lo podrá realizar el hombre nunca!... De ser cierta esta objeción, se sigue esto: puesto que la paz es requisito de la supervivencia de la humanidad, y puesto que aquella conversión de los hombres es requisito de la paz, por la misma naturaleza humana está la humanidad condenada a perecer.

Lo que se le exige al hombre es excesivo, sí; pero tiene que elegir entre atender la demanda excesiva que surge de la situación creada por él mismo o dejar atrás un planeta muerto.

¿No hay ninguna salida? Se oye decir por ahí: "Sólo Dios puede conducir allá". Antaño se manifestaba la autoridad divina a través de la Iglesia. El hombre moderno, al haberse centrado en sí mismo, en la situación presente que es su propia obra, se encuentra perdido.

Retornemos a las Iglesias, que entonces también nuestra trayectoria terrena estará en manos de Dios.

Promesa falsa es ésta, empero. Jamás la autoridad de la Iglesia ha tenido poder semejante. Su propia historia es tan pródiga en calamidades, desatinos, maldades y crímenes como toda otra historia humana. La masa de los hombres de Iglesia no es mejor que los demás. Son hombres quienes en la Iglesia interpretan la voluntad de Dios. La interpretan de diversa manera, e interpretada por hombres, deja de ser la voluntad de Dios.

La paz tampoco puede lograrse por virtud de la fe particular de una minoría, la de los cristianos acaso; sólo puede lograrse por virtud de algo común a los hombres, que cada cual encontrará sólo si limita sus pretensiones a cuestiones de la existencia, idénticas para todos.

El hombre debe ayudarse a sí mismo y sólo le es dable esperar, pero no descontar, la ayuda de Dios (hablando en sentido figurado), inconcebible e imprevisible, si de buena fe se encomienda a su conversión. En el mundo sólo pueden guiarlo su conciencia, su cordura y su amor.

De la capacidad del hombre para la conversión dan fe algunos individuos en la historia. Pero como la conversión de ninguna manera abarcaba a todos los hombres, parecía vana para la marcha del acontecer histórico. Su efecto salutífero sólo podría concretarse en la medida en que los hombres convertidos gobernaran el mundo.

Empero, así como en un Estado de derecho liberal y altamente civilizado (en Alemania en el año 1933) pudo llegar al poder un tipo humano antes apenas creído posible en aquel pueblo, también en adelante acecharán siempre tales hombres para asaltar y destruir, como bacterias a un organismo sin defensas, a una sociedad carcomida y debilitada. La preocupación se centra en el efecto posible de los que por virtud de su conversión hayan encontrado el camino de la verdad y de la libertad. ¿Llegarán a ser los guías, por irradiación de la luz alcanzada por ellos, de su manera de pensar y su modo de vivir? ¿Penetrará su ser a los pueblos y los elevará sobre las meras rutinas y ciegas certidumbres y el temor?

Vemos a hombres muy diferentes llegar al poder por virtud del absurdo, a fuerza de descarado mentir y adular. Se saben ellos más allá del bien y el mal. No saben de crimen; pues lo que hacen, por el hecho de que lo hacen, deja de ser un crimen. Y se les sigue.

He aquí un espectáculo lúgubre. Paralelamente a la fe pronta al sacrificio que conduce a la elevación humana en la conversión, ad-

vertimos la fe pronta al sacrificio que determina la adhesión a algo extrahumano, con que se precipita ciegamente al abismo. Cuando los hombres se pierden en verdades a medias y en falacias, quedan a merced de la mentira total que todo lo pervierte.

Perspectivas. Si de Occidente no sobrevivieran más que la técnica y la ciencia allí creadas, las masas superiores en potencial humano y riquezas naturales llegarían a enseñorearse de la tierra. La sublime promesa implícita en tres milenios de historia occidental no se cumpliría, se perdería lo logrado, la humanidad quedaría despojada de las posibilidades de la libertad forjadas exclusivamente por el mundo occidental.

¿Es que con nuestra capacidad en lo particular y nuestra estupidez en lo global, atentos tan sólo a nuestro propio medio reducido, nos deslizamos atolondradamente rumbo al abismo, apartando de él la mirada? ¿Es que somos arrastrados en medio del inmenso pulular como los peces en un río que no tardarán en perecer todos de resultas de una contaminación de las aguas? Sólo que ahora no se tratará de una catástrofe extrínseca, sino de la consecuencia de nuestra propia vida ciega, aún no auténticamente humana.

¡Qué fútiles e inefectivas son las meras reflexiones que aquí intentamos! Ante la amenaza terrible y la magnitud de la tarea, uno quisiera que viniesen profetas a guiarnos. Sería vano, empero. Lo que antaño hicieron los profetas en círculos reducidos, con lo que en definitiva fracasaron —y que sin embargo llega hasta nosotros como postulado ineluctable—, ahora sólo podrá ser obra de innumerables individuos de los pueblos, que se llamen y convenzan mutuamente. Sólo así podrá lograrse en el mundo iluminado por la ciencia y la técnica lo que ningún profeta logró: la irradiación, para la dirección de la totalidad del acaecer, de muchos hombres que por virtud de la conversión habrán alcanzado la verdad y la libertad y habrán adquirido, en rigor, la capacidad para el diálogo.

Cuando hoy, en la situación dada, se señala lo que no es absolutamente imposible sino necesario, se dice: "esto es puro soñar que no pasa de ser especulación en fantasías ajenas a la realidad de la vida".

¿Será falso lo que dicen en Israel: que el que no cree en milagros no es un realista? Si los milagros son acontecimientos exteriores, esa creencia es por cierto pura quimera; mas si se trata de la conversión interior del hombre, del poder querer por obra de algo inconcebible, entonces expresa la verdad de la que depende el porvenir del hombre.

Frente a las objeciones que rechazan lo al parecer imposible, está la fecunda ignorancia sólo accesible y forzosa para quien aspira a ver con todas sus fuerzas. Pues esta ignorancia, de la que nacen los grandes impulsos, puede lograrse solamente a través del máximo saber al alcance del hombre. Esta ignorancia nos abre las posibilidades de hacer lo que fundamenta la comunidad que nos puede unir y salvar.

En esta ignorancia reside la verdad convincente: creer para sí y para todos en el milagro; no en un milagro que se produzca solo, sino en el milagro de la libertad mediante la cual nos brindamos en la medida en que podemos, la libertad mediante la cual es factible todo cuanto le es exigible a un hombre. Con este creer, que ningún conocimiento puede desvirtuar, cabe que comulgue la voluntad.

KARL JASPERS

(Traducción de Pablo Simon.)

MAS ALLA DE LAS CREENCIAS

He alcanzado una edad en la que a veces se me pregunta en qué creo. La pregunta me desconcierta invariablemente. Antes de contestar, la mente entra en pánico como cuando, en un *test* de libre asociación de ideas, se le da la palabra lago" –lago, vago, mago, llago, *"Delacroix, lac de sang hanté des mauvaises anges"*– sueño profundo; y al pensar en ese sueño eterno (más vale vago que nunca) me demoro con delectación en la palabra: tiempo de reacción, veinticinco segundos. Como La Fontaine creo, pues, en el sueño; el tiempo empleado en dormir (el tiempo durante el cual no tenemos inquietudes) no se carga a nuestra cuenta sino que se nos devuelve más tarde para usarlo a nuestro antojo; el sueño y sus sigilosas aproximaciones: ensueño, modorra, siesta, pesadez del ajo; persuasión del vino; la frase que se enturbia sobre la página, el libro que cae de la mano; estas son reservas de juventud perenne y por lo tanto casi sagradas. "La muerte alcanzará con alas veloces a quien turbe el sueño del Faraón" (Inscripción en la tumba de Tutankhamón).

Primero, entonces, el sueño y, en segundo lugar, la Irresponsabilidad. Y por irresponsabilidad entiendo la negativa a aceptar ninguna obligación como animal social, además de no aceptarlas como simple europeo, como inglés, o como buen ciudadano.

"Hippocleides, joven ateniense elegido por Cleisthenes de Sicyon para marido de su hija. En el último banquete, Hippocleides no sólo insistió en querer bailar, sino que hasta se puso cabeza abajo sobre la mesa y agitó las piernas en el aire. Cleisthenes se disgustó y exclamó: '¡Oh, hijo de Pisandro, has alejado con danzas tu matrimonio!' El joven sonrió y dijo: '¡A Hippocleides no le importa!', lo que se convirtió en proverbio." (Diccionario Clásico de Lemprière.)

Proverbio que oímos demasiado poco, ahora que sólo se habla de Atlas; de tomar sobre los hombros cargas y responsabilidades, de merecer confianza y realizar misiones, de cumplir nuestras obligaciones de gran potencia, gran deudor, etc., y hacer frente a nuevas crisis, encarando inflexiblemente los hechos. ¿Cuáles hechos? Que el hombre moderno y, en especial, el hombre de occidente, se halla mortal-

mente envuelto en una red de deberes y de sanciones, de obligaciones sociales, emotivas e intelectuales. El saber desea ser conocido y la tarea de los vivientes es adquirirlo. El pasado se niega a dejarse borrar con el ritmo antiguo. Considerad el London Record Office, los legajos de periódicos del British Museum, los testamentos y codicilos de Somerset House, la multiplicación del microfilm; luego, comparad por un instante la vida del hombre con la del elefante africano, que tiene aproximadamente la misma duración. ¿Cuántos conocimientos necesitará el elefante, la más sabia de las bestias, durante sus ochenta años? Qué debe comer, qué no comer, a dónde ir, a dónde no ir.

Considerad los salvajes que rodean a aquellos elefantes —pigmeos, azande y otros—; sólo necesitan aprender un poco más, unas cuantas habilidades y artesanías, métodos de caza, cantos y danzas, tradiciones de la tribu, creencias de los hechiceros. Pero a un europeo occidental educado, se le empieza a atracar a los tres años de edad; debe ir a la escuela, aprender a leer y a escribir, adquirir el latín y el francés, historia, ciencias, economía, matemáticas, dibujar el mapa de los reinos de Israel y de Judá, conocer el poder adquisitivo del marco en el reinado del rey John, o la logística de una legión romana; su C. I. se estima a los cuatro años y medio; lo esperan interminables exámenes y probablemente dos años de servicio militar, luego una vida de feroz competencia y responsabilidades financieras hasta que, descansando al fin en la tumba libre de impuestos (aunque hasta las tumbas han de ser mantenidas) entrega el fardo a sus seres queridos, en forma de deudas póstumas e impuestos a la herencia. No he mencionado las responsabilidades propias de cada país, como guardián de sus glorias nacionales o protector de otros pueblos; sólo observo durante mis viajes que la ignorancia es sinónimo de dicha y que el pueblo más feliz sería el menos organizado, si no fuese que nadie lo dejaría en paz. Creo que Freud, en su libro *La civilización y sus descontentos,* comprendió la raíz del mal cuando observó que el Estado es más erótico-anal (mezquino, prolijo, obstinado y ambicioso) que los individuos que lo componen. Hemos heredado las pasiones de las antiguas burocracias, hemos creado hasta en nuestras instituciones menos corrompidas (impuesto a los réditos, aduanas externas e internas, prueba legal de la autenticidad del testamento, etc.), tumores cancerosos no-humanos, tumores benignos que oprimen a nuestra sociedad. Los vivos no pueden respirar porque los muertos se niegan a morir. Aparece en el altillo un atado de antiguas cartas de amor —tema delicioso para una novela. Pero he visto

volcarse hacia abajo esas buhardillas; he visto arruinada una excelente comida porque un río coprolítico de viejos catálogos de estampillas, colecciones incompletas de musgos y de minerales, de pedigrees de caballos de carrera, horarios, boletos de ómnibus, score-cards, o cajas con cencerros de bronce, postales de Gales y osos suizos sin patas, se agolpa contra la puerta y azota como una lluvia de granizo al huésped y a los invitados apabullados, disipando el aroma de los cigarros y del coñac, de las rosas y del vino tinto, con una polvorienta miasma fecal de acumulaciones hereditarias. Según Malraux, al arte cristiano primitivo debemos los primeros maravillosos retratos de ancianos; los Jerónimos, Agustines y Gregorios no ya meramente serenos, sino con sus viejos y sabios rostros surcados por la conciencia del pecado y del sufrimiento. Hippocleides debe alejarlos bailando.

El universo escribe muerte con "m" minúscula,
Desdeña el orgulloso Yo pero acepta mi pequeña individualidad...

Sostengo que la condición natural de las cosas creadas es de éxtasis total. La conciencia de sí mismo es resultado de alguna imperceptible desviación en el proceso biológico, desviación que avanza como una corrida en una media y que ahora no se puede detener.

Los organismos muy pequeños no tienen ni miedo ni conocimiento de la muerte que, en una célula, es sinónimo de reproducción, y existen organismos bastante grandes que no sufren el dolor. No era obligatorio que hubise ninguna perturbación del éxtasis primitivo, ya comiese uno o fuese comido. El plankton navega hacia las mandíbulas abiertas de la ballena como si fuesen el Túnel del Amor. De otro modo resultaría inexplicable la indiferencia frente a la muerte de algunos seres grandes como los pavos y los camellos. "El hombre ha creado la muerte" porque ha visto morir al hombre. No obstante, suponiendo que la muerte natural, aun violenta, pueda ser parte de nuestro éxtasis como seres humanos, o que nuestro conocimiento de ella pueda añadir sentido y poesía a la vida, salidas de escena tan nobles sólo premian a un Sófocles o a un Goethe, pues en nuestro tiempo y lugar rara vez se logra una vida tan rica: la maduración lenta y simultánea de la mente y del cuerpo y su descomposición final. Los seres más felices son aquellos que viven su breve existencia en una instintiva armonía con el universo, inconscientes del papel que en él representan. Pero desde que surgió la conciencia, nuestra última esperanza es desarrollarla hasta el grado máximo, en el que hayamos comprendido por completo el mundo circundante;

puesto que comprenderlo puede significar modificarlo, encontrar un método para reducir la muerte (casi una bendición, y el origen de toda nuestra dignidad y nuestra tragedia) a algo que podamos soportar. La conciencia, que comienza con el conocimiento de la muerte, puede terminar eliminándolo. Y aquí tenemos algunos indicios de hallarnos en un camino acertado.

Creo en dos actividades humanas totalmente admirables, libres de culpa y de cargo; dos fines que constituyen una recompensa de por sí: la satisfacción de la curiosidad (adquisición de conocimientos) y la unión de mentes afines (amistad y atracción mutua), así como la aprehensión de la belleza, en la medida en que ésta no queda incluida en los casos anteriores. Es imposible emprender ninguna clase de investigación, sin advertir constantemente que la verdad nos está solicitando con sugestiones, el pasado aguijoneándonos con indicios, y si los resultados de esa ayuda no son milagrosos, no es culpa de nuestros auxiliares celestiales sino de nuestro embotamiento, demasiado humano. ¿Quién escribió Kubla Khan? Sabemos ahora qué libros leyó Coleridge, todo lo que poblaba su mente —pero también sabemos hasta qué punto era incapaz, en condiciones normales, de utilizar tales conocimientos. Poniendo a este erudito impotente a realizar una tarea constructiva y abriéndose paso por fuerza hasta su cráneo, el éxtasis (inspiración) fluyó adentro, reunió el rompecabezas metafísico convirtiéndolo en la mayor poesía a la que podía templarse el pesado organismo; luego quebró el ensueño. Con toda la ayuda de la inspiración, apenas podemos superar lo mejor de que somos capaces.

La unión de mentes afines halla a menudo expresión en el encuentro de los cuerpos, y me gustaría reunir las dos cosas bajo el título de atracción mutua; pero, con la unión física, por una parte, o la perdurable amistad, por otra, surge un nuevo equipo completo de obligaciones. Me refiero solamente al fenómeno de entendimiento pleno con alguien; al momento mágico en que no nos sentimos ni heridos ni aburridos, cuando las letras de un nombre se convierten en su anagrama, cuando una mano tendida proclama el regreso de Ulises y una mirada puede despertar el jacinto de primaveras no nacidas. A veces estas dos sensaciones, profundas y exentas de castigo, están fusionadas, especialmente cuando estudiamos las vidas de antiguos artistas y escritores, pues entonces el conocimiento y el amor coinciden y los muertos que exhumamos se reencarnan mediante la imaginación.

En este caso, presta mucha ayuda cierto tipo de asociaciones y, si

apegarse a ellas se considera sentimental, ninguno lo será más que yo, pues creo que la comunicación con los escritores muertos se hace particularmente intensa cuando uno lee sus anotaciones marginales, sus libretas y sus cartas. La buena crítica es una forma del espiritismo, pero el medium debe poseer los hechos, no un mechón de cabellos. Los vivos denigran a los muertos; deben hacerlo, porque en caso contrario serían dominados por ellos, pero la escritura de un muerto guarda todavía algo de su arrogancia pasada. El Pasado es, por supuesto, el tema natural de la literatura, aunque muchos escritores no lo tomen en cuenta; dicho de otro modo, nuestra especialidad es aquello que el Tiempo hace a la Acción. Homero, Dante, Shakespeare, Milton, Flaubert, Proust, todos ellos procedieron de esta manera. Hace cinco, diez, veinte, cincuenta, cien o mil años, según el escritor, se llegó a un punto de máxima intensidad sobre el que su imaginación pudo concentrarse, y elaborar así personajes y hechos hasta alcanzar la perfección.

¿Creo en el Arte? Si la vida es un éxtasis, no hay nada que decir sino "Aleluya"; si ese éxtasis se ha perdido, ¿qué puede hacer el Arte para revivirlo? Y aquí descubrimos la falla de palabras tales como creencia. En última instancia, en el momento en que la bala quema la carne, cuando el aeroplano cae a plomo o el anestésico me aniquila ¿puedo verdaderamente afirmar que creo en algo fuera del pánico y de la compasión hacia mí mismo? No. ¿Cómo puedo entonces creer en el Arte, o en la Libertad?

"Dadme libertad o dadme muerte", ¿significa algo más que "Dadme Leamington o dadme Bath"? [1] En la crisis postrera, para aquellos que carecen de fe religiosa ¿no es verdad que cualquier creencia parece igualmente absurda? En momentos de mareo agudo, o durante esa extraordinaria aproximación de la semi-conciencia que se conoce como "caer enfermo", no hay sencillamente nada ni nadie que no parezca ridículo y siniestro, indiferente u hostil. Todavía sufro de ataques ocasionales de claustrofobia en ascensores y teatros demasiado llenos y, antes de que la mano invisible me empiece a estrangular —"fugitivo de alguna merecida fatalidad"— recibo la alarmante impresión de haber caído en una celada enemiga. Durante esos segundos, al borde del pánico, todos mis valores se vienen abajo y se desmigajan hasta transformarse en absurdo. Es posible argumentar que estos son momentos de temor irracional y que se podría encarar de otro modo la llegada de la muerte, esperada desde hace mucho, cuando la resignación reemplaza a la angustia y "el alma a punto

[1] Dos estaciones de aguas termales en Inglaterra.

de partir, se confía a algún pecho tierno"; espero que sea así, pero sigo pensando que debería existir una palabra para expresar la creencia en el arte como yo creo en él, en la acepción que decimos: "creo en la irrigación del colon", y otra para expresar la fe de los patriotas y de los mártires.

—¿Moriría usted por su patria?

—Tengo tantas patrias.

—¿Moriría usted por su país y por su Reina?

—No, si pudiera evitarlo. Considero mi deber aferrarme a la conciencia hasta el último momento en que me sea posible.

—¿Deber para consigo mismo?

—Deber para con mi conciencia.

—¿Como artista?

—Por supuesto.

—Como artista, discúlpeme que le diga, no escribe mucho.

—Y compongo, pinto y esculpo aún menos, pero a pesar de todo soy un artista.

—¿Qué es, pues, el Arte?

—El Arte es la aprehensión consciente del éxtasis inconsciente de todas las cosas creadas.

Percibir este éxtasis es un proceso, y otra cosa es ser capaz de comunicarlo. Una vez percibido y traducido al lenguaje de la conciencia humana, oponemos este éxtasis al conocimiento que tiene el hombre de su inevitable fin, y creamos una actitud de aceptación o de rebeldía, realista o romántica. Creo en la suprema virtud, necesidad e importancia de este proceso, pues la historia del Arte es la crónica de las hazañas humanas que más se han acercado a la perfección, del elixir de la humanidad. Me parece que esto explica la homogeneidad del genio; constantemente, cuando leemos acerca de la infancia y adolescencia de los hombres geniales, nos llama la atención cuánto se parecen: en su dominio técnico sin esfuerzo, a una edad temprana, del medio que emplean; sus precoces proezas de la memoria; su capacidad de comprender estados propios del adulto; y, sobre todo, por la inmensa riqueza de imágenes en un escritor como Keats, de melodías en un compositor como Mozart, que revelan su intuición inmediata de esta feliz armonía universal.

No creo en el pecado original, pero parece dolorosamente verosímil como enunciación mitológica de la condición humana. La caída, y la posibilidad de seguir cayendo, me explica mucho más que las ideas del progreso y de la perfectibilidad; tenemos una tendencia a la ruina, un afán de autodestrucción; nuestros momentos de éxtasis son

a veces intolerables y han de ser aniquilados. El corazón se enmohece, el alma se enfanga. No puedo aceptar esa regresión como un hecho teológico, pero me parece que puede ser correcto suponer, desde un punto de vista biológico o físico, que el proceso de envejecimiento en los cuerpos pueda instigar automáticamente a la crueldad, el letargo y la traición; y he observado que cualquier rejuvenecimiento físico que experimente —una cura de adelgazamiento, una vacación haciendo ski, una excursión a pie, y hasta las grandes alturas alcanzadas en un avión—, producen en mí una correspondiente readaptación de las creencias, un impulso hacia el amor universal que persiste hasta que las condiciones primitivas, los excesos en la comida, la conversación y la competencia, el catarro y la fatiga, se vuelven a imponer, y el concepto del amor como clave y finalidad de todas las cosas —condición de la atmósfera superior—, se ve otra vez debilitado por la envoltura terrestre y la lucha por la existencia.

Hasta la levedad y el brillo de todos los materiales relacionados con los aeroplanos, parecen apuntar a un modo de vida más alegre y despreocupado. La sonriente camarera del aire es la arcaica Κορη griega en el patio del templo, el seguro piloto es el joven Zeus barbudo. En el aire los libros parecen inadecuados, el ectoplasma de los seres encadenados a la tierra.

Siempre me ha fascinado el estudio del clima y, en particular, de su relación con el arte. En general, el arte es un substituto del sol; el sol perpetuo desaloja al arte. ¿Dónde están los centros artísticos del mundo? Nueva York, Boston, Chicago, Londres, París, Bruselas, Amsterdam, Munich y Berlín: todos ellos con inviernos largos. Casi no hay ninguna pintura notable al sur de Roma o de Madrid, y se podría trazar un mapa interesante de la concentración del genio, del límite austral de los anticuarios, de la pintura de caballete (¿en qué punto hace demasiado calor para tener cuadros en las paredes?) y hasta de las buenas librerías. Observé en los trópicos que la poesía europea sólo adquiría sentido en el momento antes de que comenzara a llover y que, dicho sea de paso, no era ya posible gozar de las primeras ediciones y de las encuadernaciones de lujo debido a la humedad o a las termitas. El aire acondicionado podrá aumentar el rendimiento de los lugares cálidos, así como la calefacción central ha desplazado hacia el norte el límite de la capacidad creadora; pero el hecho real es que, si yo dijese "creo en el Arte", significaría estrictamente "creo que en ciertos estados físicos (no de dolor, miedo, deseo sexual o éxtasis agudos) la literatura, la pintura, la música, la arquitectura, la escultura, producidas entre las latitudes de 40 y 60

grados en los últimos dos mil años, en lugares donde ocurren cambios estacionales, pueden justificar la existencia para mí, mientras yo trambién viva entre las latitudes de 40 y 60 grados y esté asimismo sujeto a percibir los cambios de estación".

He notado que los hindúes y africanos que pasan algún tiempo en Europa, asimilan muy pronto el arte europeo, que no es un producto racial sino geográfico; lo adoptan del mismo modo que sus paraguas. Cualquier arte es, pues, relativo, pero el artista es eterno y, si yo tan sólo pudiera estar seguro de ser uno de ellos, no me importaría ninguna de mis otras creencias. Pero solamente una parte del ser pertenece al artista; otra quiere perdurar como amante, sabio o estudioso, o simplemente como sujeto tenaz, que se quedó hasta el fin.

Lo que Yeats escribió sobre Wilde: "debido a esa sangre a medias civilizada que llevaba en las venas, no podía soportar el trabajo sedentario del arte creador", vale para la mayor parte de nosotros. La jornada de Flaubert, o cualquier otra empleada entre la biblioteca y el escritorio, se siente a menudo como un día perdido; así como la sensación de desplazarse, el viaje más desprovisto de sentido, siempre parecerá válido por su combinación de pensamiento y de acción, de movimiento y satisfacción de la curiosidad. La vida de un arqueólogo me parece de las más admirables. Creo que todavía le es posible realizar descubrimientos de importancia suficiente para volver a orientar a la humanidad hacia el camino apropiado: descubrimientos acerca del cristianismo primitivo o la naturaleza de las religiones egipcia o griega; libros perdidos de Safo y de los dramaturgos griegos; de Petronio, Tácito, Livio, el *catalogue raisonné* de la biblioteca de Alejandría (considero el incendio de la biblioteca de Alejandría como una desgracia personal irreparable) o de obras de arte soterradas, que saldrán a la luz en nuestro tiempo porque las necesitamos tan desesperadamente.

Otra profesión que admiro particularmente es la del médico, sobre todo el especialista en enfermedades mentales que trabaja en la frontera de la psicología y de la fisiología cerebral; y envidio a los diplomáticos y a los corresponsales especiales, porque son nómades sin sentimiento de culpa. El capitalista —quiero decir el capitalista verdadero, que vive del manejo de su capital— es también un hombre libre que me gusta mucho, y cuando combina grandes empresas con una pasión por las artes, siento que sólo se le debe considerar un poco inferior al artista mismo, junto a Mecenas o a los Medici, los príncipes que hicieron construcciones, como los Pa-

pas, y los *Fermiers Généraux*. Y, sin embargo, qué hombre mísero es el artista, con su envidia y su vanidad, su servilismo y egoísmo —y cuánto más mísero el capitalista que tan pocas veces hace algo por los seres vivos y compite con coleccionistas rivales por el prestigio del Pasado. Si se me pidiera que nombrase algunas de las características típicas de mediados del siglo veinte, anotaría la adoración sin reservas del dinero, la propagación del nacionalismo, la tiranía del orgasmo, la protesta de los homosexuales y la apoteosis del snobismo. El dinero, el sexo y el afán de escalar posiciones son los móviles de la sociedad.

Los ricos nunca han vivido para sí mismos de modo tan inconspicuo, ni hecho tan poco por los demás —ni han sido tan ricos, pues no tomo en cuenta las diversas estratagemas altruísticas de evasión de impuestos, los trusts, fundaciones, galerías municipales, que ahora están de gran moda, y son una forma de dar el dinero que el estado ya tiene señalado para sí— lo que permite un contacto humano mínimo y deposita sobre otros hombros el fardo de la discriminación. El rico ideal de hoy es idealmente mezquino: ahorra cada moneda para su trust póstumo en vez de recompensar personalmente a un poeta o a un pintor; y compra de vez en cuando una granja, o una pieza de platería del tiempo de Cromwell, o un impresionista como Sisley que está muerto, pero no se encuentra en los museos. Además, es a menudo homosexual y snob con respecto a todo (aunque rara vez nacionalista) e invariablemente pintor o escritor aficionado que tiene celos de sus colegas, pero está ansioso de robarles las ideas. Pinta mejor en el invierno, en Nassau, cuando los demás pintores están en la cama acatarrados, y escribe sobre todo en verano, en su casa junto al mar. Ya no se paga sus propias ediciones, sino que obtiene condiciones muy ventajosas. Porque, en las guerras del siglo veinte, el dinero ha salido ganador a medias con el nacionalismo: el dinero para los Poseedores y el nacionalismo para los Desposeídos. La riqueza jamás tuvo tantos atractivos ni sancionó de tal modo la buena vida, pues toda la estructura de la existencia cambia para aquellos que la poseen. Ya no es necesario que el dinero estorbe a la mente ni embote la sensibilidad. Proporciona una dimensión más. Los ricos pueden viajar sin impedimentos, por fin, llevados por el aire de una a otra experiencia estética; evitan el invierno y el desgate del trabajo sendentario, de las familias y de la fidelidad; están tan lejos de nosotros como el cucú durante los siete meses en que se halla ausente. Sólo las per-

sonas enfrascadas en su trabajo o perpetuamente enamoradas, pueden ser indiferentes a esta inquietud.

Una alternativa para formular la pregunta sería, pues: ¿Hay algo en que usted cree, más de lo que cree en el dinero, el sexo o el afán de escalar posiciones sociales? ¿O en el nacionalismo? ¿Hay alguna creencia que le permita contemplar, sin envidia ni sentimiento de inferioridad, a los amos de la vida en este, el más lujoso de los mundos posibles? A esta sazón, también, me vuelvo hacia mis bien manoseadas cartas de triunfo: 1) el artista (y añadiría el santo y el místico si los conociera mejor), 2) el enamorado y 3) el bromista, Hippocleides. A ellos y sólo a ellos, no puede comprarlos el capitalista, ni inflamarlos el nacionalista, ni humillarlos el snob. Siguen siendo lo que los antiguos egipcios llamaban "de voz verdadera".

¡Pero debe de haber alguna otra cosa! Mirando por la ventana que da a mi jardín los altos álamos y la colina lejana, escuchando el chillido confiado de un faisán otoñal, la estridencia *fin-de-saison* de la cortadora de pasto, mi conciencia me une a ese mundo de vida natural del que formé parte durante más de cincuenta años. Este medio siglo de introspección, ¿no me ha dado nada que afirmar, nada que vuelva mi partida del mundo más importante que la siega del pasto, la matanza de un faisán, la tala de un árbol? *"Un homme au rêve habitué"*; murió sin estar seguro aún sobre la divinidad de Jesús o la identidad de Shakespeare; un escéptico de quien podemos escribir con orgullo: *"Mort sur le champ d'ennui!"*

"Debemos vivir esta vida", contestan Hippocleides y Voltaire, "como si fuese precioso cada instante menos el último —un mal cuarto de hora que en nada podemos remediar". *"Supportons la vie qui n'est pas grand'chose et méprisons la mort qui n'est rien du tout."*

"Que de cada tres pensamientos, uno se dirija a la tumba", replica Próspero. "Tienes diez, quizá veinte años para prepararte. ¡Que toda actividad se subordine a ese fin! ¡Haz una buena muerte!"

"Mirad al niño", dice Hippocleides. ¿Qué es lo que todo el mundo espera de un infante? Que coma bien, duerma bien, y se ría. ¿Quién desea hablarle de tristeza o de miedo, de muerte y de enfermedad, de pecado y de sufrimiento? Los niños son nuestros invitados en el mundo y debemos agasajarlos cuanto podamos, y hacerles gracia de los inconvenientes de nuestra condición mortal, como lo haríamos con un visitante de otro planeta. Y lo que deseamos para ellos, ¿acaso no es adecuado para nosotros?

He omitido un fenómeno, además de la busca de la verdad y la

obsesión con la forma y hechura de una obra de arte: la devoción que se destila, después de años, de todas las clases posesivas del amor, que puede originarse en el aburrimiento, la desdicha, el hábito o la sensualidad, en una fusión accidental que crea algo profundo y altruísta ("la dádiva que nos traiciona menos") como el amor de un padre por un hijo, que aún conserva algo de infantil: una ilusión positiva y permanente, la proyección sobre una persona de antiguos amores desaparecidos. En el campo del descubrimiento y en el mundo del amor, los milagros ocurren todavía. En el último acto de nuestra existencia, la presencia de uno de estos sufridos cómplices puede ayudarnos a dar el paso más fácilmente o, si todos cuantos hemos amado de veras están muertos, pueden bastar para inclinar la balanza a favor de la muerte, hasta que ésta se convierta en una reanudada comunicación con ellos. El resto es vacío mineral.

CYRIL CONNOLLY

(Traducción de Alicia Jurado.)

QUIEN SABE

Mediodías que en el sur
como la eternidad arden
entre mar y rocas, los labios
del vacío o un museo
en que imágenes de Bosch
la paralizan, la bestia
del poder en marcha
sobre las naciones o
los dientes de Berenice,
no necesariamente lo bello,
¿quién sabe lo que al alma
de verdad la fascina?

La joya robada del dolor
ajeno, una mano que acaricia
absolutamente o delitos
infinitos para huir
de la jaula de la realidad,
también Alyosha Karamazov,
embriagador como personaje,
o el momento
en que los dioses
de la justicia empuñan
su navaja,
no necesariamente lo bueno,
¿quién sabe lo que al alma
de verdad la aplaca?

El alma, relámpago
que en el mejor de los casos
con incierta luz alumbra
un palmo del planeta
sombrío y luego pasa,
desaparece quién sabe
hacia dónde.

EL POEMA PERDIDO

De miel, de garras,
de sueños formado,
misterioso animal
que a veces brota
de la boca del hombre,
el poema estaba
esa noche en mí.
¿Recuerdas, Catulo,
la tensión estival
cuando en la encrucijada
del corazón Eros
vacila entre el camino
de la insondable carne
y el de las imágenes
que atravesándola
quieren darle eternidad?
A la terraza lunar
en que con el viento
y la música habito
acudió mi amada.
Recuerdo aquel cabello
que en la blancura
del lienzo se extraviaba
igual que si buscara
a un ángel, aquel
repentino vuelo
de pájaros que huyeron

suavemente clamando
como si invocaran un mar
y con su clamor lo creasen
arrancándolo de mi pecho.
Y después fumábamos
y yo pensaba
que ese era el poema
que a la vida
no le había podido robar
y me sentía a la vez
melancólico y agradecido.

ARPEGIOS DE UN ATARDECER DE INVIERNO

Si el mal fuera sólo el mal,
si el bien fuera sólo el bien,
vacilamos
y las noticias que nos llegan
son casi siempre
presumiblemente falsas.
¿Quién quiso decir
en realidad algo? ¿Dónde
está? Que sea vigilado.

Circunferencia sin centro
el existir y afuera
la noche y la nada:
"Going church
is a good business!",
clama América,
éxtasis gaseosos,
mundo de la abstracción
entronizada.

Y destruido todo reino
y potestad y fuerza
del alma,

coexistencia pacífica,
Sófocles televisado,
inseminación artificial,
inauguróse ya la santidad
de la pederastía y la droga,
un vacío guante que rasca
a otro guante vacío.

En algún ángulo alejado
el tradicional retrato
en el que César Borgia
nos mira y reflexiona:
"Por lo menos, yo fui
un asesino".

H. A. MURENA

ATENCION Y POESIA

En algunos viejos libros se le ha dado al justo el celeste nombre de mediador. Mediador entre el hombre y Dios, entre el hombre y otro hombre, entre el hombre y las leyes secretas de la naturaleza. Al justo, y al justo solo, se le concede el oficio de mediador porque ninguna atadura imaginaria, pasional, puede coartar o deformar en él la facultad de lectura. "Et chaque être humain (y se podría añadir: et chaque chose) crie en silence pour être lu autrement".

De aquí la importancia de la libertad del corazón que todas las iglesias recomiendan como higiene espiritual: vigilia de las turbaciones, mantenerse en disponibilidad para la revelación divina. Pero ninguna iglesia ha dicho nunca explícitamente: manteneos puros en las obras y en los pensamientos para concertar a los hombres y las cosas según esta mirada sin sombras. En este plano aparecen como equivalentes: justicia, poesía y crítica: son tres formas de mediación.

Pues, ¿qué puede ser la mediación sino una facultad para atender enteramente limpia? Contra ella actúa lo que muy impropiamente llamamos la pasión, o sea: la imaginación febril, la ilusión fantástica. De modo que se podría decir que justicia e imaginación son términos antitéticos. La imaginación pasional, una de las formas más incontrolables de la opinión (ese sueño en que todos nos movemos) no puede servir sino a una justicia imaginaria. Y ésta parece ser la diferencia esencial entre la justicia pasional de Electra y la justicia espiritual de Antígona: que la primera imagina poder restituir culpa por culpa, trasfiriendo el peso de uno a otro eslabón de una cadena inquebrantable, mientras la segunda se mueve en un plano donde la ley de la necesidad no tiene ya curso.

Al justo, contrariamente a cuanto suele pedírsele, no le es necesaria la imaginación sino la atención. Solicitamos del juez una cosa justa usando un término equivocado, cuando solicitamos de él que use "de la imaginación". ¿Qué sería, en este caso, la imaginación sino arbitrariedad inevitable, violencia a la realidad de las cosas? Justicia es una atención ferviente, enteramente no-violenta, igualmente distante de la aparencia y del mito.

"Justicia, ojo de oro, mira". Imagen de perfecta inmovilidad, perfectamente atenta.

También la poesía es atención: lectura en múltiples planos de la realidad circundante, que es verdad en figuras. Y el poeta, que disuelve y recompone estas figuras, es así también un mediador: entre el hombre y Dios, entre el hombre y otro hombre, entre el hombre y las leyes secretas de la naturaleza.

Los griegos fueron seres desdeñosos de la imaginación: la fantasmagoría no encontró lugar en su espíritu: su atención heroica, inconmovible, (de la que el ejemplo más cumplido es quizás Sófocles) establecía de continuo relaciones, separaba y unía de continuo, en un esfuerzos incesante por descifrar la realidad y también el misterio. Los chinos actuaron de la misma manera en el maravilloso "Libro de las Mutaciones". Dante no es, por extraño que pueda sonar, un poeta de la imaginación sino de la atención: ver almas retorciéndose en el fuego o en el olivo —para no recordar sino la imagen más inmediata— es una suprema forma de atención que deja puros e incontaminados los elementos de la idea. El arte de hoy es en grandísima parte imaginación, o sea: contaminación caótica de elementos y de planos. Todo ello se opone a la justicia (que por supuesto, no interesa al arte de hoy).

Pues si la atención es espera, aceptación ferviente, valerosa de lo real, la imaginación es impaciencia, fuga en lo arbitrario: eterno laberinto sin hilo de Ariadna. Por ello el arte antiguo es sintético; el arte moderno, analítico: un arte que opera por pura descomposición, como conviene a un tiempo nutrido de terror. Porque la verdadera atención no conduce, como podría parecer, al análisis, sino a la síntesis que la resuelve, al símbolo y a la figura, en una palabra: al destino. El análisis se convierte en destino cuando la atención, cumpliendo una superposición perfecta de tiempos y de espacios, los recompone paso a paso, en belleza, en figura. Es la atención de la memoria en Marcel Proust.

La atención es el único camino de lo inexpresable, la sola vía del misterio, ya que está inmediatamente vinculada con lo real: y sólo por alusiones emboscadas en lo real se manifiesta el misterio. Los símbolos contenidos en las historias sagradas, en los mitos y en las fábulas que durante milenios han alimentado y consagrado la vida, se revisten de las formas más concretas de esta tierra: de la Zarza Ardiente hasta el Grillo Parlante (del Fruto del Conocimiento hasta la calabaza de la Cenicienta).

Ante la realidad, la imaginación retrocede. La atención la penetra, directamente y como símbolo. (Pensemos en los cielos de Dante, divina y minuciosa traducción de una liturgia.) Es esa, al fin, la forma más legítima, absoluta de la imaginación: la misma a que se refiere sin duda el viejo texto de Alquimia cuando recomienda dedicar a la obra la verdadera imaginación y no la fantástica: Significando así claramente por ella la atención —en la que está contenida la imaginación, sublimada, como el veneno en la medicina. Por uno de los tantos equívocos del lenguaje, se la llama comúnmente "fantasía creadora".

Poco importa si a ese momento, en que se cumple la alquimia de la perfecta atención, conducen largas y dolorosas peregrinaciones o si aparece como una fulguración. Tales relámpagos no son sino aquella chispa, de origen y naturaleza cada vez más misteriosa, en la medida en que se le ofrece la clave de todo, que la atención solicita y prepara —como el pararrayos al rayo, como la plegaria al milagro, como la búsqueda de la rima a la inspiración que puede brotar de esa rima. A veces, se trata de la atención de toda una estirpe, de toda una genealogía, que se enciende de improviso en la centella de un dios: "Io posi li piedi in quella parte della vita di la dalla quale non si puote ire piú per desiderio di ritornare".

Y a ese individuo dotado de una atención que así concluye y rapta, el mundo lo define —con una bella síntesis— como un genio, para señalar al que está habitado por un "daimon"; que encarna la manifestación de un espíritu ignoto.

Como el genio de la botella, la atención de la imagen libera la idea y de la idea recoge la imagen, también a semejanza de los alquimistas que trataban la sal disolviéndola en un líquido y estudiando luego cómo se adensaban y rehacían las figuras así formadas. Opera una descomposición y recomposición del mundo en dos planos diversos, igualmente reales. Cumple así la justicia, el destino: esa dramática disolución y recomposición de una forma.

La expresión, la poesía así nacida no puede ser, evidentemente, sino jeroglífica, como una nueva naturaleza; y sólo una nueva atención, un nuevo destino la puede descifrar. Pero la palabra revela al instante de qué potencia de atención han nacido. Lo revela con la integridad de su peso, terrestre y ultraterrestre, tanto más respetado, tanto más circundado de silencio y de espacio, cuanto más intenso haya sido el tiempo de la atención.

Toda palabra se da según la multiplicidad de sus secretos significados, semejantes a los estratos de una columna geológica, cada uno

coloreado y poblado diversamente; multiplicidad que está en relación directa con la del espíritu —el destino— que la acoge y descifra. Mas, para todos, cuando es pura, es portadora de un don colmado, parcial y total a la vez: belleza y significación, independientes y al mismo tiempo inseparables, como en una comunión. Como en aquella primera que fue la multiplicación de los panes y de los peces. La palabra del maestro, dice un cuento hebraico, se le aparecía a cada uno como un secreto destinado a su oído y a ningún otro, y así cada cual oía como suya y completa la historia que él narraba en las plazas y de la que el recién llegado no escuchaba más que un fragmento.

Todo ello, de una parte y de otra, significa sufrimiento y amor. "Souffrir pour quelque chose c'est lui avoir accordé une attention extrème." (Homero sufre por los troyanos, contempla la muerte de Héctor. El maestro de espada japonés no distingue entre su propia muerte y la de su adversario.) Y haber acordado a una cosa una atención extrema es haber aceptado sufrirla hasta el fin. Y no sólo sufrirla a ella, sino sufrir por ella, colocándose como una pantalla entre ella y todo lo que pueda amenazar su significado, en nosotros y fuera de nosotros: haber asumido valerosamente el peso de estas oscuras e incesantes amenazas.

En este punto la atención alcanza quizás su forma más pura, su nombre más exacto: la responsabilidad, la capacidad de *responder* por algo o alguien que nutre en igual medida el entendimiento entre los seres, el nacimiento de la poesía y la oposición al mal. Pues, en verdad, todo error humano, poético y espiritual, no es, en esencia, sino desatención.

Pedirle a un ser humano que no se distraiga en ningún momento, que se sustraiga sin descanso al equívoco de la imaginación, a la inercia de la costumbre, al hipnotismo del hábito su facultad de atender, es pedirle que actualice al máximo su forma.

Es pedirle algo que se acerca a la santitud, en una época que parece perseguir solamente —con ciega furia y escalofriante éxito— el divorcio total de la mente humana de su propia facultad de atender.

CRISTINA CAMPO

(Traducción de María Zambrano.)

ESCENAS DE LA VIDA DE UN MONSTRUO DOBLE

Hace algunos años el doctor Fricke nos preguntó a Lloyd y a mí algo que ahora intentaré contestar. Con una pensativa sonrisa de deleite científico acarició la carnosa banda cartilaginosa que nos une (*omphalopagus diaphragmo-xiphodidymus,* como tradujo Pancoast un caso similar) e inquirió si podíamos recordar la primera vez que uno de nosotros, o ambos, tuvimos conciencia de la peculiaridad de nuestra condición y destino. Todo lo que Lloyd pudo recordar fue cómo nuestro Abuelo Ibrahim (o Ahim o Ahem: fastidiosas masas de sonidos muertos para el oído de hoy...) solía tocar lo que el doctor estaba tocando y lo llamaba un puente de oro. Yo no dije nada.

Pasamos nuestra infancia en una fértil colina, junto al Mar Negro, en la granja de nuestro abuelo, cerca de Karaz. Su hija más joven, la rosa del Oriente, la perla del gris Ahem (si tal hubiese sido, el viejo pillo pudo haberla cuidado más), había sido violada por un anónimo procreador en un huerto al borde de un camino y poco después, tras habernos dado a luz había muerto —imagino que de puro horror y pena. Ciertos rumones mencionaban un mercachifle húngaro; otros favorecían a un coleccionista de pájaros alemán, o a algún miembro de su expedición: el taxidermista, con más seguridad. Tenebrosas tías cargadas de collares, cuyas voluminosas vestimentas olían a aceite de rosa y a carnero, proveyeron como diestros vampiros a las necesidades de nuestra monstruosa infancia.

Los villorios cercanos pronto se enteraron de la asombrosa noticia y empezaron a enviar a nuestra granja inquisitivos delegados. En los días de fiesta podía vérselos subir laboriosamente las laderas de nuestra colina, como peregrinos en estampas de colores brillantes. Había un pastor de más de dos metros de altura, y un hombrecito calvo con anteojos, y soldados, y las sombras crecientes de los cipreses. También los niños acudían a cada momento y eran alejados

a puntapiés por nuestras celosas niñeras; pero casi todos los días algún jovenzuelo de ojos negros y pelo corto, vestido con pantalones de azul desteñido con remiendos oscuros, lograba abrirse camino como un gusano a través del cornejo y la madreselva y de los torcidos árboles de Judas hasta llegar al patio de guijarros con la vieja fuente reumática donde los pequeños Lloyd y Floyd (entonces teníamos otros nombres, llenos de incisivas letras aspiradas, pero no importa) masticaban tranquilamente damascos secos al pie de una pared encalada. Entonces, súbitamente, la hache parecía un ojo, el dos romano un uno, las tijeras un cuchillo.

No puede haber, desde luego, comparación alguna entre este impacto del conocimiento, por inquietante que haya sido, y la conmoción emotiva que recibió mi madre. (De paso: ¡qué serena alegría en este uso deliberado del posesivo singular!) Debe de haberse dado cuenta de que paría mellizos; pero cuando se enteró —como no pudo dejar de enterarse— de que los mellizos estaban unidos... ¿Qué sintió? Con la gente apasionadamente comunicativa, ignorante e irreprimida que nos rodeaba, la familia sumamente locuaz que cercaba los límites de su lecho desordenado seguramente le dijo de inmediato que algo terrible había sucedido; y se puede tener la certeza de que sus hermanas, en un frenesí de miedo y compasión, le mostraron el bebé doble. No digo que una madre no pueda amar semejante objeto doble, y olvidar en ese amor el oscuro rocío de su origen profano; creo simplemente que la mezcla de asco, piedad y amor maternal fue demasiado para ella. Los dos componentes de la pareja que enfrentaba sus ojos absortos eran hermosos y sanos, con una pelusa rubia y sedosa en sus cráneos lilas, y piernas y brazos bien formados, como de caucho, que se agitaban como las muchas extremidades de algún maravilloso animal marino. Cada uno era eminentemente normal, pero juntos formaban un monstruo. Es extraño, realmente, pensar que la presencia de una mera banda de tejidos, un faldón de carne poco más largo que el hígado de un cordero sea capaz de trasformar la alegría, el orgullo, la ternura, la adoración y la gratitud a Dios en horror y desesperación.

En cuanto a nosotros, la cosa era mucho más sencilla. Los adultos eran demasiado diferentes de nosotros en todo sentido como para permitir cualquier analogía, pero nuestro primer visitante contemporáneo fue para mí una revelación moderada. Mientras Lloyd contemplaba plácidamente al atónito niño de siete u ocho años que nos observaba a la sombra de una higuera encorvada y también observante, recuerdo haber apreciado totalmente la diferencia esencial

entre el recién llegado y yo. Él proyectaba una sombra corta y azul en el suelo; yo también, pero además de esa compañía inestable, plana y sumaria que él y yo debíamos al sol y que se desvanecía con el mal tiempo, yo poseía otra sombra, un reflejo palpable de mi persona corpórea que siempre estaba a mi lado, a mi izquierda, mientras mi visitante había logrado de algún modo perder al suyo, o se lo había desprendido y lo había dejado en su casa. Lloyd y Floyd, unidos, eran completos y normales; él no era una cosa ni la otra.

Pero quizá para dilucidar estas cuestiones tan minuciosamente como lo merecen, debería decir algo de recuerdos aún anteriores. A menos que las emociones adultas manchen las pasadas creo que puedo atestiguar el recuerdo de cierto disgusto leve. Por virtud de nuestra duplicidad anterior, yacíamos originalmente frente a frente, unidos por nuestro ombligo común, y en aquellos primeros años de existencia, mi cara era frotada constantemente por la dura nariz y los labios húmedos de mi mellizo. Una tendencia a echar la cabeza hacia atrás y a separar nuestras caras lo más posible fue la reacción natural ante esos incómodos contactos. La gran flexibilidad de nuestra banda de unión nos permitía tomar recíprocamente una posición más o menos lateral, y cuando aprendimos a caminar nos meneábamos en esa actitud "lado a lado" que debe de haber parecido más forzada de lo que realmente era, haciéndonos semejantes —supongo— a un par de enanos ebrios que se sostenían el uno al otro. Durante mucho tiempo volvíamos durante el sueño a nuestra posición fetal; pero apenas nos despertaba la incomodidad que ella provocaba, apartábamos de nuevo las caras con un sacudón, con enfrentada repugnancia, con un doble chillido.

Insisto en que a los tres o cuatro años nuestros cuerpos rechazaban oscuramente su torpe conjunción mientras nuestras mentes no discutían su normalidad. Luego, antes que pudiésemos tener conciencia de sus desventajas, la intuición física descubrió un medio de atemperarlas; y desde entonces apenas pensamos en ellas. Todos nuestros movimientos se convirtieron en un juicioso compromiso entre lo común y lo particular. El diseño de los actos suscitados por este o aquel impulso mutuo formaba una especie de fondo generalizado, gris y parejo, contra el cual el impulso discreto (de él o mío) seguía un curso más brillante y acentuado, pero (guiado como estaba por la urdimbre del diseño de fondo) nunca se desviaba de la trama común o del capricho del otro mellizo.

Me refiero ahora sólo a nuestra infancia, cuando la naturaleza

aún no podía permitirse socavar mediante un conflicto entre nosotros nuestra vitalidad tan duramente ganada. En años posteriores tuve ocasión de lamentar que no hayamos perecido o que no hayamos sido separados mediante la cirugía, antes de abandonar esa etapa inicial en que un ritmo omnipresente, como cierto distante tom-tom que latiese en la selva de nuestro sistema nervioso, era el único responsable de la regulación de nuestros movimientos. Por ejemplo, cuando uno de nosotros iba a inclinarse para apropiarse de una hermosa margarita y el otro, exactamente en el mismo momento, estaba a punto de estirar un brazo para arrancar un higo maduro, el éxito individual dependía del modo en que el movimiento de cada uno sabía adaptarse a la pulsación actual de nuestro ritmo común y continuo, tras lo cual, con un brevísimo movimiento espasmódico, el ademán interrumpido de un mellizo era absorbido y disuelto en la onda enriquecida de la acción completada por el otro. Digo "enriquecida" pues el fantasma de la flor no arrancada, de algún modo parecía estar también allí, latiendo entre los dedos que se cerraban sobre la fruta.

Podía haber un período de semanas o aun meses en que el ritmo conductor estuviese mucho más a menudo del lado de Lloyd que del mío, y luego podía sobrevenir un período en el cual yo estuviese en la cresta de la ola; pero no puedo recordar ningún momento de nuestra infancia en que la frustración o el éxito en estas cuestiones provocase en alguno de nosotros resentimiento u orgullo.

En alguna parte dentro de mí, sin embargo, debe de haber habido alguna célula sensible que se extrañase ante algo tan curioso como esa fuerza que de pronto me arrancaba del objeto de algún deseo fortuito para llevarme a otras cosas no deseadas, arrojadas en la esfera de mi voluntad en vez de ser alcanzadas conscientemente y envueltas en sus tentáculos. De ese modo, mientras yo observaba a algún niño que casualmente nos observase a Lloyd y a mí, recuerdo haber reflexionado sobre los dos aspectos del problema: primero, si quizá un estado corpóreo individual tenía más ventajas que el nuestro; segundo, si *todos* los niños eran individuales. Se me ocurre ahora que muy a menudo los problemas que me inquietaban tenían dos aspectos; quizá una gotera de la cerebración de Lloyd penetraba mi mente y uno de los dos problemas elaborados era suyo.

Cuando el codicioso Abuelo Ahem decidió exhibirnos a las visitas por dinero, siempre hubo entre las manadas que acudieron algún bribón ansioso por oírnos hablar entre nosotros. Como sucede con las mentes primitivas, exigía a sus oídos que corroboraran lo que

sus ojos veían. Nuestra gente nos amenazó para que complaciésemos esos deseos y no entendía qué tenían de lamentable. Pudimos haber invocado nuestra timidez, pero la verdad era que en realidad nunca *nos hablábamos* aunque estuviésemos solos, pues los breves y quebrados gruñidos de reconvención esporádica que a veces intercambiábamos (por ejemplo cuando uno se había herido un pie y lo tenía vendado, y el otro quería ir a chapotear en el arroyo) apenas podían considerarse diálogo. Realizábamos sin palabras la comunicación de sensaciones sencillas y esenciales: hojas derramadas en el torrente de nuestra sangre compartida. Los pensamientos inconsistentes lograban deslizarse y viajar entre nosotros. Los más ricos los guardaba cada uno para sí, pero aun entonces ocurrían extraños fenómenos. Sospecho por esto que Lloyd, a pesar de su carácter más calmo, luchaba con las mismas realidades nuevas que me desconcertaban. Cuando creció olvidó muchas cosas. Yo no he olvidado nada.

Nuestro público no sólo esperaba oírnos hablar; también quería que jugásemos juntos. ¡Imbéciles! Obtenían una diversión considerable viéndonos desplegar ingenio en el juego de damas o en el *muzla*. Presumo que si hubiésemos sido mellizos de sexo opuesto nos habrían hecho cometer incesto en su presencia. Pero como los juegos mutuos no eran para nosotros más habituales que la conversación, sufríamos suplicios sutiles cuando éramos obligados a ejecutar los entumecidos movimientos de pasarnos el uno al otro una pelota en algún lugar entre los esternones, o de fingir que nos disputábamos un palillo. Provocábamos aplausos frenéticos corriendo por el patio con los brazos de uno alrededor de los hombros del otro. Sabíamos saltar y dar vueltas.

Un vendedor ambulante de específicos, un individuo pequeño y calvo con una blusa rusa blanca y sucia, sabía un poco de turco y de inglés, nos enseñó frases en estos idiomas y después tuvimos que demostrar nuestra habilidad a un público fascinado. Todavía sus rostros inflamados me persiguen en las pesadillas, pues vienen cada vez que mi fabricante de sueños necesita algún número de excepción. Vuelvo a ver al gigante pastor con rostro de bronce y harapos multicolores, a los soldados de Karaz, al sastre armenio tuerto y jorobado (un monstruo por derecho propio), niñas rientes, ancianas suspirantes, niños, gente joven con ropas occidentales: ojos ardientes, dientes blancos, negras bocas abiertas; y, desde luego, al Abuelo Ahem con su nariz de marfil amarillo y su barba de lana gris, mientras dirige las operaciones o cuenta los billetes sucios o humedece su enorme pulgar. El lingüista, el de blusa bordada y cabeza calva, cortejaba

a una de mis tías pero observaba constantemente a Ahem con envidia a través de sus anteojos con montura de acero.

Hacia los nueve años supe con suficiente claridad que Lloyd y yo constituíamos un fenómeno de los más insólitos. Este conocimiento no provocó en mí ningún júbilo especial, ninguna vergüenza especial. Pero una vez, una cocinera histérica y bigotuda que se había encariñado mucho con nosotros y compadecía nuestra desgracia declaró con una maldición atroz que en ese mismo instante iba a separarnos por medio de un resplandeciente cuchillo que blandió súbitamente. (En el acto fue dominada por nuestro abuelo y por uno de nuestros tíos recién adquiridos). Tras ese incidente, a menudo jugueteé con una inocente ensoñación, imaginándome de algún modo separado del pobre Lloyd, quien de algún modo conservaba su monstruosidad...

El incidente del cuchillo no me preocupó y de todos modos la forma de separación permaneció muy vaga; pero imaginé muy nítidamente la súbita disolución de mis cadenas y la sensación de liviandad y desnudez que sobrevendría. Me imaginé pasando por encima del cerco —un cerco cuyas estacas estaban coronadas por cráneos descoloridos de animales de la granja— y bajando hacia la palya. Me vi saltando de piedra en piedra e internándome en el mar deslumbrante, y volviendo en cuatro patas a la orilla y correteando por la arena con otros niños desnudos. Soñaba todo esto por las noches: me veía huir del abuelo, llevándome un juguete, un gatito o un pequeño cangrejo apretados contra mi lado izquierdo; me veía encontrándome con el pobre Lloyd, quien en el sueño se me aparecía cojeando, atado desesperadamente a un mellizo también cojo, mientras yo podía bailar alrededor de ellos y palmearlos en sus humildes espaldas.

Me pregunto si Lloyd tenía visiones parecidas. Algunos médicos han opinado que a veces nuestras mentes se entremezclaban al soñar. Una mañana gris azulada, Lloyd tomó una ramita y dibujó en el polvo un barco con tres mástiles. Yo me había visto dibujar ese barco en la penumbra de un sueño que había soñado la noche anterior.

Una amplia capa negra de pastor cubría nuestros hombros, y cuando estábamos en cuclillas, todo salvo nuestras cabezas y la mano de Lloyd quedaba oculto en sus pliegues. El sol había salido poco antes y el cortante aire de marzo era una capa sobre otra de hielo semitrasparente a través del cual el torcido árbol de Judas florecía toscamente con manchas borroneadas de rosado purpúreo. La casa

blanca, larga y baja que estaba detrás de nosotros, llena de mujeres gordas con sus maridos malolientes, dormía profundamente. No dijimos nada; ni siquiera nos miramos; pero, arrojando lejos su ramita, Lloyd puso su brazo derecho sobre mi hombro, como hacía siempre que deseaba que camináse mos rápido; y arrastrando el borde de nuestra prenda común sobre las malezas secas, mientras los guijarros se deslizaban bajo nuestros pies, nos dirigimos hacia la avenida de cipreses que conducía a la playa.

Era nuestro primer intento de visitar el mar que desde la cumbre de nuestra colina veíamos brillar suavemente a lo lejos, rompiendo pausada y silenciosamente sobre las rocas lustrosas. No necesito esforzar mi memoria aquí para ubicar esa huida accidentada en un lugar decisivo de nuestro destino. Pocas semanas antes, en nuestro duodécimo cumpleaños, el abuelo Ibrahim había empezado a acariciar la idea de enviarnos en compañía de nuestro tío más reciente en una gira de seis meses por el país. Regateaban constantemente por las condiciones, habían disputado y hasta llegaron a pelearse; Ahem llevó la mejor parte.

Temíamos a nuestro abuelo y detestábamos al tío Novus. Sentíamos, presumiblemente, de algún modo monótono y desdichado (sin conocer nada de la vida, pero oscuramente conscientes de que el tío Novus se empeñaba en engañar al abuelo), que debíamos intentar hacer algo para impedir que un empresario nos hiciese rodar en una prisión circulante, como monos o águilas. O quizá fuimos impulsados sólo por la idea de que esa era nuestra última oportunidad de gozar a solas nuestra pequeña libertad y hacer lo que nos estaba absolutamente prohibido: ir más allá de cierto cerco, abrir cierto portón.

Nos fue fácil abrir el desvencijado portón, pero no logramos hacerlo volver a su posición inicial. Un cordero blanco y sucio, con ojos ambarinos y una marca carmesí pintada sobre su frente dura y chata, nos siguió durante un rato antes de perderse entre los robles. Un poco más abajo, pero todavía muy por encima del valle, tuvimos que cruzar el camino que rodeaba la colina y unía nuestra granja con la carretera paralela a la costa. Un golpeteo de cascos y un raspar de ruedas se precipitaron sobre nosotros; con capa y todo nos arrojamos tras unos matorrales. Cuando el estruendo hubo cedido, cruzamos el camino y proseguimos junto a un declive cubierto de malezas. El mar plateado se ocultaba gradualmente detrás de cipreses y restos de viejos muros de piedra. Nuestra capa negra empezó a pesarnos y dar calor, pero perseveramos bajo su protección, temiendo

que de otro modo algún transeúnte pudiese advertir nuestro achaque.

Aparecimos en la carretera, a pocos metros del audible mar, y allí, esperándonos bajo un ciprés, estaba un vehículo que conocíamos, parecido a un carro con ruedas altas, con el tío Novus que se bajaba del pescante... ¡Hombrecillo siniestro, taimado, ambicioso y sin principios! Pocos minutos antes, nos había divisado desde una de las galerías de la casa del abuelo y no había podido resistir a la tentación de aprovechar una escapada que milagrosamente le permitía apoderarse de nosotros sin forcejeos ni alborotos. Maldiciendo a los timoratos caballos, nos hizo subir rudamente al carro, nos hizo bajar las cabezas con un empujón y amenazó castigarnos si intentábamos espiar bajo nuestra capa. El brazo de Lloyd aún rodeaba mi hombro, pero un sacudón del carro lo separó. Las ruedas ya crujían y rodaban. Pasó algún tiempo antes que nos diésemos cuenta de que el conductor no nos llevaba a casa.

Veinte años han pasado desde aquella mañana gris de primavera, pero en mi mente está mucho mejor conservada que muchos sucesos posteriores. Una y otra vez la paso frente a mis ojos como un trozo de película cinematográfica, como he visto hacer a grandes malabaristas cuando repasan sus números. Así repaso todas las etapas y circunstancias y detalles incidentales de nuestra huida abortiva: el temblor inicial, el portón, el cordero, la ladera resbaladiza bajo nuestros pies torpes. Los tordos que espantamos deben de habernos visto como algo extraordinario: cubiertos con esa capa negra de la que sólo asomaban nuestras cabezas rapadas sobre delgados cogotes. Las cabezas giraban a uno y otro lado, cautamente, hasta alcanzar finalmente la carretera paralela a la costa. Si en ese momento algún aventurado desconocido hubiese desembarcado en la playa tras dejar su barco en la bahía, habría experimentado seguramente una emoción de antiguo encantamiento al enfrentarse con un dócil monstruo mitológico en un paisaje de cipreses y piedras blancas. Lo habría venerado, habría derramado dulces lágrimas. Pero, desgraciadamente, allí no había nadie para recibirnos excepto ese delincuente preocupado, nuestro nervioso secuestrador, un hombrecillo con cara de muñeca y anteojos baratos, uno de cuyos vidrios había sido remendado con un parche.

VLADIMIR NABOKOV

(Traducción de Edgardo Cozarinsky.)

DOS POETAS BEATNIKS

Fuera del variable aparato escénico de todo movimiento literario juvenil, compuesto en este caso de una buena dosis de "alucinación publicitaria", como la denominara el poeta Kenneth Rexroth, de las apelaciones al budismo Zen, de la consabida actitud iconoclasta respecto de las generaciones anteriores, fuera de "originales" métodos de composición: teclear furiosamente en la máquina, sin alterar ni corregir nada, porque... *whatever you try to delete... that's what's most interesting to a doctor* (Kerouac); fuera de la droga, el culto de lo ilícito, las jergas, el convencionalismo de lo anticonvencional, no puede decirse que el Parnaso de la Beat Generation haya aportado, hasta ahora, mayor novedad o renovación dentro de la poesía norteamericana. Sin embargo, no hay que desdeñar la validez de algunos de sus intentos: a) tratar de repetir la experiencia de Whitman en el sentido de crear una poesía específicamente norteamericana, y no meramente un producto literario más de la lengua inglesa, acusación principal de la Beat Generation contra Pound, Eliot, y sus seguidores; b) concretar, juntamente con sus revistas, sus editoriales, su público, una nueva concepción del verso y, valga la paradoja, una nueva tradición donde el esencial nihilismo de los poemas ha de conciliarse con el compromiso, con la crítica de la realidad; c) presentación oral de la poesía ante auditorios numerosos, devolviéndola en cierta forma a su condición primitiva: el poeta como bardo. De estos tres fines, el último, por otra parte brillantemente logrado hace años por Vachel Lindsay cuando recorría los Estados Unidos leyendo sus poemas, ha sido el más exitoso. En lo demás, el único cambio consistió en reemplazar las influencias de Pound, Eliot, W. Stevens, Frost, y los poetas ingleses, por Apollinaire, Lorca, Rimbaud, Artaud, y los poetas expresionistas, y hasta por algún norteamericano de la vieja guardia, como E. E. Cummings, siempre dispuesto a correr una carrera vanguardista más.

Lawrence Ferlinghetti, nacido en Nueva York, en 1919, autor de: "Pictures of de Gone World (1955), "A Coney Island of the Mind" (1958), "Tentative Description of a Dinner to Promote the Impechment of President Eisenhower" (1958), y "Her" (1960), y Gregory Corso, también neoyorkino (n. 1930), autor de "The Vestal Lady on Brattle" (1955), "Gasoline" (1958), "Bomb" (1958), y "The Happy Birthday" (1960), son, junto con el apocalíptico Allen Ginsberg, los poetas más representativos del movimiento. En ambos, tanto los avatares de sus vidas como sus rebeliones verbales son del todo coherentes con los ideales del "beatnik". Corso, autodidacta, escribió sus primeros versos en la cárcel, donde a las 17 años fuera condenado por robo; Ferlinghetti incita desde sus versos a que se someta a juicio al Presidente de su país, y se vanagloria, según propia confesión, por su *outstanding*

achievement in the art of flatulence. Pero lo que sorprende, sin proponérselo ellos, es que sus poemas, más que una voluntad de ser distintos y originales, a la vez que simples, sensibles y apasionados, testimonian una ejemplar prudencia y respeto a los mayores. Y, en verdad, son significativos los escrúpulos de Corso, considerado por sus amigos como un auténtico *naive,* cuando para rendir homenaje a aquello de: *Un soir j'ai assis la Beauté sur mes genoux - Et je l'ai trouvé amère - Et je l'ai injuriée* (Rimbaud), expresa: ¡Corrí hacia la Bondad, irrumpí en Su aposento / y la profané! / ¡con un innombrable cuchillo le infligí mil heridas! Y es significativo el énfasis, mezclado con un intento de crítica de la realidad, con que Ferlinghetti compone su poema "Not too long", de acuerdo, aunque sin su gracia, con el E. E. Cummings, de la década de 1920, y algo de Apollinaire, los expresionistas, etc. Es que, aun para los "beatniks", la poesía es harina de otro costal, muy distinta del mero grito o la iracundia.

ALBERTO GIRRI

NO MUCHO DESPUES

No mucho
después del principio del tiempo
hacia las nueve
de una no demasiado calurosa
noche de verano
en la puerta
de la NUEVA PISA
bajo la olvidada
cabeza en yeso de DANTE
esperando por una mesa
y observándolo
Todo
había un hombre con un espejo por cabeza
lo cual parecía muy normal
excepto que
le sobresalían orejas verdaderas
y que tenía un cartel
donde se leía
UN POEMA ES UN ESPEJO QUE CAMINA POR UNA EXTRAÑA CALLE
pero de cualquier modo
como estaba diciendo
no mucho después del comienzo
del tiempo

Not too long / after the beginning of time / upon a nine o'clock / of a not too hot / summer night / standing in the door / of the New Pisa / under the forgotten / plaster head of Dante / waiting for a table / and watching / Everything / was a man with a mirror for a head / which didn't look so abnormal at that / except that / real ears stuck out / and he had a sign / which read. A POEM IS A MIRROR WALKING DOWN A STRANGE STREET: but anyway / as I was saying / not too long after the beginning / of time / this

este hombre que era todo ojos
no tenía boca
Lo único que podía hacer era
mostrar a la gente lo que quería expresar
Y resultó
que él pretendía
ser un pintor
Pero de cualquier modo
este pintor
que no podía hablar o decir nada
sobre lo que él
quería expresar
parecía el pintor más feliz
del mundo entero
detenido allí
observándolo todo
y reflejándolo
Todo
en su enorme
Ojo Hambriento
pero de cualquier modo
así fue que vi reflejadas allí
Cuatro paredes cubiertas de imágenes
de la torre inclinada de Pisa
todas ellas inclinadas en distintas direcciones
Cinco palcos con mesas
Quince mesas sin palcos
Un bar
con un barman que parecía
un campeón de beisbol

man who was all eyes / had no mouth / All he could do was show people / what he meant / And it turned out / he claimed to be / a painter / But anyway / this painter / who couldn't talk or tell anything / about what he / meant / looked like just about the happiest painter / in all the world / standing there / taking in all "in" / and reflecting / Everything / in his great big / Hungry Eye / but anyway / so it was I saw reflected there / Four walls covered with pictures / of the leaning tower of Pisa / all of them leaning in different directions / Five booths with tables / Fifteen tables without booths / One bar / with one bartender looking like a / baseball champ / with a lot of neighborhood

con una cantidad de trofeos locales
colgados detrás
Tres camareras de proporciones y rostros diferentes
una grande como un pequeño fox terrier
una del tamaño de un cachalote pequeño
una extraña como un ángel
pero las tres
con los mismos ojos
Una puerta de cocina con un hermano cocinero
de pie ante ella
con los mismos ojos
y alrededor
de ciento sesenta y tres personas que hablaban y se agitaban
y
reían y comían y bebían y sonreían y
fruncían el ceño
y sacudían las cabezas y abrían las bocas llevando a ellas
tenedores y
cucharas y masticaban y tragaban toda clase
de productos
y se acomodaban en sus asientos relajándose quizás y bebían café
y encendían cigarrillos y se levantaban y etcétera
y partiendo
hacia la noche
sin advertir siquiera
al hombre de la cabeza de espejo
bajo la olvidada
cabeza de Dante
mirando

trophies / hung up behind / There waitresses of various sizes and faces / one as big as a little fox terrier / one as large as a small sperm whale / one as strange as an angel / but al three / with the same eyes / One kitchendoor with one brother cook / standing in it / with he same eyes / and about / one hundred and sixty three peope all talking and waving / and / laughing and eating and drinking and smiling and frowning / and shaking heads and opening mouths and putting / forks and / spoons in them and chewing and swallowing all kinds / of produce / and sitting back and relaxing maybe and drinking cofee / and lighting cigarettes and getting up and so on / and so off / into the night / without ever noticing / the man with the mirrorhead /

a todos
con los mismos ojos
como si aún estuviera buscando
Por Doquier
a su perdida Beatrice
pero con apenas un toque
de diabólico lapiz de labios
en la misma punta
de su nariz.

LAWRENCE FERLINGHETTI

below the forgotten / plasterhead of Dante / looking down / at everyone / with the same eyes / as if he were still searching / Everywhere / for his lost Beatrice / but with just a touch / of devilish lipstick / on the very tip / of his nose.

PERO YO NO NECESITO BONDAD

1

¡He conocido las extrañas enfermeras de la Bondad,
las he visto besar a los enfermos, cuidar a los ancianos,
dar caramelos a los locos!
¡Las he observado, de noche, sombrías y tristes,
empujar sillas de ruedas junto al mar!
¡He conocido los gordos pontífices de la Bondad,
la viejecita de cabellos grises,
el pastor del barrio,
el poeta famoso,
la madre,
los he conocido a todos!
Los he observado, de noche, sombríos y tristes,
pegando carteles de misericordia
sobre los rígidos postes de la desesperación.

2

¡He conocido la Misma Todopoderosa Bondad!
¡Me he sentado a Sus pies blancos y puros,
ganando Su confianza!

I have known the strange nurses of Kindness, / I have seen them kiss the sick, attend the old, / give candy to the mad! / I have watched them, at night, dark and sad, / rolling wheelchairs by the sea! / I have known the fat pontiffs of Kindness, / the little old grey-haired lady, / the neighborhood priest, / the famous poet / the mother, / I have known them all! / I have watched them, at night, dark and sad / pasting poster of mercy / on the stark posts of despair.
2. I have known Almighty Kindness Herself! / I have sat beside Her pure white

No hablamos de nada cruel,
pero una noche fui atormentado por esas extrañas enfermeras,
esos gordos pontífices.
¡La viejecita pasó sobre mi cabeza en un auto con agudos clavos!
El pastor me abrió el estómago, puso sus manos dentro de mí,
y gritó: ¿Dónde está tu alma? ¡Donde está tu alma!
¡El poeta famoso me levantó
y me arrojó por la ventana!
¡La madre me abandonó!
¡Corrí hacia la Bondad, irrumpí en Su aposento,
y la profané!
¡con un innombrable cuchillo le infligí mil heridas,
y las cubrí de suciedad!
¡La cargué sobre mi espalda, como un vampiro,
a través de la noche empedrada!
¡Los perros aullaban! ¡Los gatos huían! ¡Todas las ventanas se
[cerraban!
¡La subí diez pisos!
¡La arrojé por tierra en mi pequeño cuarto,
y arrodillándome a Su lado, lloré, lloré.

3

¿Pero qué es la Bondad? Yo he matado a la Bondad,
¿pero qué es?
Uno es bueno porque vive una vida buena.

feet / gaining Her confidence! / We spoke of nothing unkind, / but one night I was tormented by those strange nurses, / those fat pontiffs. / The little old lady code a spiked car over my head! / The priest cut open my atomach, put his hands in me, / and cried: Where's your soul? Where's your soul! / The famous poet picked me up / and threw me out of the window! / The mother abandoned me! / I ran to the Kindness, broke into Her chamber, / and profaned! / with an unnamable knife I gave Her a thousand wounds, / and inflicted them with filth! / I carried Her away, on my back, like a ghoul! / down the cobble - stone night! / Dogs howled! Cats fled! All windows closed! / I carried Her ten flights of stairs! / Dropped Her on the floor of my small room, / and kneeling beside Her, I wept. I wept. 3. But what is Kindness? I have killed Kindness, / but what is it? / You are kind because you live a kind life. / St. Francis was

San Francisco fue bueno.
El dueño de casa es bueno.
Un bastón es bueno.
¿Puedo decir que la gente, sentada en los parques, es mejor?

GREGORY CORSO

(Versiones de William Shand y Alberto Girri.)

kind / The landlord is kind / A cane is kind. / Can I say people, sitting in parks, are kinder?

CRONICAS

PREMIO INTERNACIONAL DE LOS EDITORES A JORGE LUIS BORGES Y SAMUEL BECKETT

Jorge Luis Borges se enteró por los diarios de que le había sido concedido —junto con Samuel Beckett— el Premio Internacional de los Editores, en mérito al valor de su obra total y especialmente al de *Ficciones*. Creyó que se trataba de una broma —ya que desconocía su candidatura para ese premio— hasta que recibió días después la comunicación oficial del jurado constituido por los principales editores europeos.

Einaudi de Milán, que tradujo *Ficciones* en 1955, le escribió posteriormente felicitándolo y congratulándose por haber sido el primer editor italiano que publicara la obra ahora premiada internacionalmente.

Ficciones fue publicada por SUR en 1941. También SUR se felicita retrospectivamente y se complace una vez más por contar en su Comité de Colaboración —y desde el primer número de la revista— con uno de los escritores más ilustres de nuestra época.

A Samuel Beckett se le otorgó el Premio por la tetralogía novelesca comenzada con *Molloy* y *Malone Muere*. SUR se complace asimismo por el hecho de haber comenzado a dar a conocer al público de habla castellana desde 1958 la singular obra de este autor irlandés.

REPERCUSIÓN EXTERIOR DEL TRIGÉSIMO ANIVERSARIO DE SUR

No sólo la prensa argentina se ocupó de nuestro trigésimo aniversario. Importantes publicaciones de otros países se refirieron a la trayectoria y vitalidad de SUR.

El suplemento dominical del *New York Times* publicó una nota titulada "Puente literario entre dos continentes", firmada por Mildred Adams, que transcribimos parcialmente: "La mejor revista literaria en Sudamérica es SUR de Buenos Aires; lo ha sido durante exactamente treinta años. Su aparición en enero de 1931 constituyó una nota brillante en un período de presagios singularmente funestos. El número del 'trigésimo aniversario', que acaba de salir, muestra qué bien desafió esos presagios y apuntó sus flechas hacia el futuro.

El nombre de quien ha hecho posible un número de trigésimo aniversario y que ha mantenido viva a SUR a través de los años de agonía

de la Argentina hasta su renacimiento actual es Victoria Ocampo —autora, editora, inspiradora, sostén y amiga de todo el mundo literario euroamericano... que ha hecho de su revista un lugar en donde los jóvenes argentinos pueden encontrarse simultáneamente con las corrientes de la cultura mundial y probar sus propias alas. Durante todos estos años ha servido de puente entre continentes, de experimento en el fértil intercambio de culturas, de publicación literaria de la mejor tradición..."

El *Neue Zürcher Zeitung* de Zurich dijo entre otras cosas:

"Cuando una revista puramente literaria, como es la revista SUR de Buenos Aires, que según lo muestra la experiencia sólo puede contar con un pequeño número de verdaderos interesados, logra afirmarse continuamente durante treinta años y durante ese tiempo —oscurecido casi en su mitad por la dictadura peronista, hostil a las manifestaciones culturales— publica casi trescientos números, en los que nunca decayó el nivel, es natural que semejante estrella fija suscite admiración entre las cambiantes luces de otros países. En las páginas de la revista figuraron nombres de fama mundial, especialmente de los círculos culturales español, italiano, francés, inglés y norteamericano, unidos a los mejores nombres latinoamericanos. Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Benedetto Croce, Paul Valéry, Paul Claudel, André Gide, Bernard Shaw, Aldous Huxley, William Faulkner, Graham Greene, Albert Camus, George Bernanos, T. S. Eliot, Moravia, Sartre, para citar sólo algunos, fueron ilustres colaboradores de la revista. La participación alemana es por cierto exigua, aunque Benn, Heidegger, Hesse, Kassner, Nossack, Thomas Mann, Ernst Toller, Werfel y Stefan Zweig le dedicaron colaboraciones, y a veces aparecieron en la revista valiosos estudios y ensayos sobre la literatura y filosofía alemanas, de estudiosos generalmente no alemanes.

Si nos preguntamos por las causas de un éxito tan grande, en medio de dificultades de todo orden, encontramos una respuesta sencilla: la suerte de la revista y de la editorial se debe a la feliz combinación de elementos que se dan en una sola persona. Una mujer extraordinaria, Victoria Ocampo, a quien hace unos años Hans Paeschke llamó con toda razón 'una princesa del espíritu que vive en tierra sudamericana', ha realizado aquí la obra de toda una vida, en la que siempre prevaleció el punto de vista cultural y nunca un criterio mercantil. En París, en Londres, en Madrid, en Roma, en Nueva York, se conoce desde hace tiempo a Victoria Ocampo como escritora de primera categoría, como brillante recitadora, como dinámica *femme de lettres* y como mujer de mundo. En los recuerdos del conde de Keyserling, *Viaje a través del tiempo*, hay todo un capítulo dedicado a Victoria Ocampo. Keyserling llamó a su amiga argentina —a quien él debió el estímulo de sus *Meditaciones Sudamericanas*— 'la mujer de la suprema espiritualidad del mundo actual', juicio al que no va en zaga el de Ortega y Gasset, quien también alabó la comprensión y la gracia de Victoria Ocampo en un epílogo a *De Francesca a Beatrice*, primer libro de la escritora, publicado por La Revista de Occidente. Muchas otras personalidades creadoras de todas las zonas del globo sintieron su hechizo: Paul Valéry —que le dedicó varios poemas y la consideró la cabal intérprete de la literatura europea en la parte meridional del nuevo continente—, Rabindranath Tagore —que le dedicó su libro de

poemas *Puravi*—, Virginia Woolf, Igor Strawinsky, Albert Camus... Abogada de los niños que pasaban hambre en Rusia después de la primera guerra mundial (y que Nansen socorría); defensora de los derechos de los negros de los Estados Unidos; enemiga violenta del totalitarismo y del antisemitismo, desarrolló en todos los campos las fundamentales propiedades femeninas de la comprensión y la simpatía por el ser humano. Ella misma dijo una vez: 'El hombre puede ser objetivo; la mujer es casi siempre subjetiva. Para el hombre la crítica no pasa de ser una actividad intelectual y estética en la cual no hace falta conocer al autor. En cambio, a la mujer le interesa saber quién es el autor de cada libro. El hombre se ocupa de un problema de una manera puramente teórica y objetiva. La mujer siempre aporta al problema un estremecimiento humano. El hombre se orienta en el laberinto de este mundo por la geometría. La mujer es llevada por ese hilo invisible que Pascal llamó 'esprit de finesse'..."

Germán Arciniegas escribió en el número de mayo de *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*:

"SUR, que desde el día en que nació, hace treinta años, ha sido en nuestra América antena universal, viene publicando entregas especiales de balances que ya forman un tesoro bibliográfico...

De los dos últimos números extraordinarios de SUR están dedicados, el uno a hacer el balance de los ciento cincuenta años de la independencia argentina, y el otro los treinta años de la vida de SUR. Dos números valerosos, sin diplomacia, sin protocolo... SUR ha celebrado esos ciento cincuenta años con una serie de interrogaciones que hemos leído y nos han dado escalofríos. Sí: el proceso de independencia de América es un proceso complejo que implica las mayores responsabilidades, y que no todos han sabido que está aún por completarse, pues por dentro lo asaltan muchos traidores. La teoría de SUR sería ésta: colocarnos a una altura de dignidad para hablarles a los de todas las naciones como dueños de nuestro propio ser, pero seguros de que amos de nuestro espíritu somos nosotros. La cosa no está en salir de ser colonia de un imperio para serlo de otro. Esa nostalgia colonial de quienes son como ranas pidiendo rey, ese no saber comportarse como hombres libres pidiendo protección, amparo, unas veces en el oriente, otras en el occidente, unas en el norte y otras en el sur, ese no saber que hay una historia que obliga. Es volver la espalda a la historia, porque la historia incomoda, impone ciertas actitudes, cierta conducta, cierta ambición, cierta hombría, cierto no caer temblorosos en el tremedal de los complejos...

...Todos recordamos cómo se inició: las grandes cubiertas de colores, el papel como de la edad media, los anchos márgenes de las ediciones de lujo. Luego vino la austeridad. Algunos recordamos la prisión de su directora, y cómo la razón de la vida de la dictadura era la razón de destruir la revista y aniquilar a su dueña. Ahora vemos la revista más pequeña, más recogida, más concentrada... y más hermosa. Más humana. No se trata de una revista que tenga que decir que se mueve a la búsqueda del tiempo perdido. Los treinta años de ilusiones y de lucha, de experimientos y de resultados positivos, son años no perdidos: señalan un balance que debe ser visto con valor por quienes le tienen miedo a la historia.

Del número del 24 de marzo de *Time*:

"En 1931, en un momento en que pululaban por millares los desocupados, producto de la crisis, en la Argentina como en los Estados Unidos una nueva revista literaria llamada SUR apareció en los kioskos de las calles de Buenos Aires. Los críticos hojearon sus hermosas páginas, animadas por dibujos de Picasso, y la menospreciaron como una revista literaria más, que moriría "como una mariposa al terminar el verano". Pero la mariposa se ha transformado en el león de las letras argentinas. La semana pasada, en su casa de Mar del Plata, la directora-fundadora recibió cables de felicitación de todas partes del mundo con motivo del número del trigésimo aniversario de SUR...

Algunos izquierdistas argentinos se preguntan por qué Victoria Ocampo no está en las barricadas, y la acusan de escapismo. Esa crítica no la perturba. Ella se considera como "una defensora de los derechos humanos, frente a cualquiera que los viole", y fue encarcelada por Perón... Uno de los mayores motivos de orgullo de Victoria Ocampo es que la política no intervenga en SUR: "No le pregunto a un autor por sus convicciones políticas. Le pido solamente que produzca buena literatura. El arte está por encima de la política."

CENTENARIO DE RABINDRANATH TAGORE

El Comité Ejecutivo de la Comisión Argentina de Homenaje a Rabindranath Tagore presidido por Victoria Ocampo organizó diversos actos para honrar la memoria del poeta en el primer centenario de su nacimiento.

El 7 de mayo se leyó, en Punta Chica (partido de San Isidro), el decreto por el que se dispuso dar el nombre del poeta a una calle de esa localidad. En el Museo de Arte Decorativo pronunciaron conferencias sobre distintos aspectos de la obra de Tagore: Victoria Ocampo, Angel Battistessa, Víctor Massuh, Frida S. de Mantovani, Marcos Victoria, Enrique Pezzoni, Osvaldo Svanascini y Jorge Luis Borges. El 31 de mayo se estrenó en el Teatro Nacional Cervantes *El Cartero del Rey* y se leyeron poemas de Tagore en cuatro idiomas. Se grabó un disco con poemas de *Gitanjali* leídos en bengalí por el Agregado Cultural de la Embajada de la India, Señor J. Moulik; en español por Eduardo González Lanuza; en inglés por Patrick Dudgeon; en francés por Victoria Ocampo. El 9 de mayo se inauguró en el Museo de Arte Decorativo una exposición de fotografías, ediciones en distintas lenguas y reproducciones —cedidas por la Embajada de la India— de pinturas de Tagore. Transcribimos —en traducción de Victoria Ocampo— la opinión del poeta sobre su pintura:

"Tengo que pedir disculpas por mi intrusión en el mundo de la pintura, y presentarme como ejemplo típico de un conocido dicho: quien no sabe que no sabe es propenso a actuar temerariamente allí donde los ángeles mismos andan con tímidas precauciones.

Como artista, yo no puedo jactarme de coraje; mi coraje es el coraje inconsciente de los candorosos, como el de quien camina durmiendo

por una peligrosa senda. Sólo se salva por estar ciego al peligro que corre.

El único adiestramiento que he tenido en materia de pintura, desde mis años juveniles, ha sido el del ritmo, el ritmo del pensamiento, el ritmo del sonido. Había llegado a descubrir que el ritmo confiere realidad a lo inconexo, a lo aparentemente insignificante en sí. Y por lo tanto, cuando los rasguños que padecían mis manuscritos pedían a gritos, como pecadores, que los redimieran, y avasallaban mis ojos con la fealdad de lo que tiene sentido, a menudo me tomaba yo más trabajo para rescatarlos y hacerlos entrar en la misericordiosa gracia del ritmo, que para cumplir lo que de manera obvia era mi tarea de escritor.

En el curso de esta obra de salvataje alcancé a descubrir un hecho: en el universo de las formas hay siempre una perpetua actividad de selección natural, y sólo sobreviven los más aptos, los que llevan en sí el poder de la cadencia, y sentí que dar solución al problema de lo vacante, de lo heterogéneo sin morada, conduciéndolo a un terreno de inter-relaciones equilibradas y de propia realización era la creación misma.

Mis pinturas son mis poemas hechos líneas. Si por azar tienen títulos suficientes para que se les asigne algún valor, ha de ser ante todo por algún significado rítmico de forma que resulta fundamental, y no por cualquier interpretación de una idea, o representación de un hecho."

El día que se impuso el nombre de Tagore a una calle de Punta Chica, Victoria Ocampo pronunció las siguientes palabras:

"La única razón por la cual se ha elegido esta cuadra para darle el nombre del gran poeta bengalí es porque ha vivido en este sitio, hace 36 años, cuando esta tierra no se había loteado. Ha vivido en la quinta que está sobre la barranca y que lleva aún el nombre que llevaba: Miralrío. Por estos lugares ha caminado a menudo Tagore durante sus dos meses de estadía y de convalescencia, pues vino a San Isidro a reponerse de una gripe. Aquí mismo escribió los poemas de *Puravi,* publicados sólo en bengalí hasta ahora. De acuerdo con la opinión del autor, están entre sus mejores poemas, sin exceptuar a los de *Gitanjali* que recibieron el premio Nobel en 1913. La traducción del título sería algo como *Canciones del sol poniente.* Tagore tenía 63 años cuando los escribió.

Lo que nos rodea ha cambiado mucho con el correr del tiempo. Ahora, los baldíos que aún quedan en este loteo están invadidos por esa enredadera vulgarmente llamada campanilla. En verano, tiene una preciosa flor azul violeta, que suele cubrir suntuosamente las modestísimas casillas de los guardabarreras. No existe nada más característico de esta costa, junto con la madreselva y el hinojo, que esa campanilla delicadísima, con su hoja acorazonada y su abrazo mortal para cualquier arbusto. A Tagore le gustaban todas las plantas, incluso las que pasan por ser —y son, como ésta— plaga nacional. Por eso considero que la ipomea platensis que arrastra y revuelca su verdor en los baldíos y los cercos, y trata de invadir la calle en cuanto se lo permite un descuido, le hubiera parecido un excelente decorado para

recordarlo, hoy, leyendo un poema que es una especie de plegaria en la escuela de Santiniketan.

El señor Moulik, agregado cultural de la embajada de la India, lo leerá en el texto original, es decir en bengalí. En bengalí le he oído recitar poemas a Tagore en la quinta de esta barranca. Está bien que con palabras de ese idioma se salude su recuerdo, casi diría su presencia. Yo leeré después la traducción española del poema."

ASPECTOS DE ORTEGA Y GASSET

No es extraño que la obra literaria y filosófica de José Ortega y Gasset (o literariamente filosófica, para mayor precisión, si se quiere zanjar de una vez la polémica algo pueril sobre su "centaurismo", sobre la primacía de las dos dotes máximas que en su espíritu coincidían excepcional y armoniosamente) venga suscitando un rico raudal de críticas, interpretaciones, escolios. (Descartamos, por supuesto, pulcramente, las tendenciosas, más claramente, las malintencionadas, tanto las de signo marxista como aquellas otras de signo confesional; estas últimas hubiera querido, del mismo modo que hicieron con Unamuno, colgar un sambenito herético al cuello de la obra orteguiana con el piadoso fin de estrangular su voz). Se explica tal afluencia bibliográfica por varias razones. En primer término, porque la obra orteguiana pulula, como pocas otras, en "incitaciones" —diciéndolo con un vocablo suyo— o sugerencias, y aun en invitaciones a prolongar muchos de los numerosos temas y cuestiones por él despuntados. Después, porque Ortega, sin haber pretendido crear una "escuela" ni cosa parecida, hubo de marcar su vigorosa impronta, durante un largo tiempo, sobre numerosos espíritus jóvenes; y lógico es que éstos, desaparecido el maestro, sin sentirse ya cohibidos, se apresten ahora a pagar su deuda intelectual, estudiando aspectos de su polifacética personalidad.

Un puñado de libros aparecidos en los últimos tiempos, testimonian tan solícita actitud. Por referirnos sólo a los más recientes: la miscelánea de Francisco Romero a la que da título el ensayo de su encabezamiento: *Ortega y el problema de la jefatura espiritual* (Editorial Losada, Buenos Aires); páginas extraordinariamente sustanciosas, escritas con la peculiar limpidez del autor, donde se explica el porqué de su ascendiente, se traza el itinerario de la filosofía en España y, finalmente, se subraya (atendiendo al hecho de que la mayor parte de los discípulos orteguianos escriben hoy fuera de su patria) una condición patética de aquella desde los días de León Hebreo y Vives: el destierro.

A dos de los actuales ejemplares trasterrados pertenecen sendas obras. Son ellos: José Ferrater Mora con *Ortega y Gasset: Etapas de una filosofía* (libro originariamente escrito en inglés y con dos ediciones castellanas, una editada por Sur en Buenos Aires y la otra por Seix Barral en Barcelona); y Manuel Granell con *Ortega y su filosofía* (Revista de Occidente, Madrid). La primera, aunque breve, es obra orgánica, donde el autor, antes de encarar los puntos capitales

del pensamiento orteguiano —perspectivismo, racio-vitalismo y otros— comienza por desbrozar el terreno al eliminar la cuestión batallona sobre el sistematismo o el asistematismo de Ortega, y falla muy diestramente que tal sistema fue abierto y no cerrado. Al mismo punto —por lo general tan irresponsablemente contravertido— dedica Manuel Granell uno de los más atractivos capítulos de su libro. Aunque no haya alcanzado a tener en cuenta *La idea de Principio en Leibniz* (libro póstumo rigurosamente filosófico y aun, diríamos, implacablemente sistemático, salvo en las últimas páginas, superiormente vivaces, que marcan distingos polêmicos frente a Unamuno, Kierkegaard y el existencialismo), Manuel Granell señala que el sistema orteguiano está construido, "desde abajo", desde la realidad misma, no desde la razón superpuesta. Sin necesidad de pararse en tales matices —puesto que no había de enfrontar contradictores próximos—, un escritor francés, Charles Carcales, en *L'humanisme de Ortega y Gasset* (Presses Universitaires de France, París) resuelve tal cuestión por modo implícito y afirmativo al sostener, desde la primera página, que "Ortega es la única figura filosófica digna de tal nombre producida por España desde Suárez, muerto en 1617".

De modo análogo procede Julián Marías en el primer tomo de su libro —que constará de tres— *Ortega*, subtitulado *Circunstancia y vocación* (Revista de Occidente, Madrid). Nos encontramos, sin duda, ante la obra más extensa y elaborada, más considerable y minuciosa de todas las que pueda registrar la bibliografía orteguina. Diríase que el autor, dada su notoria epigonía, su fidelísima filialidad espiritual, no ha hecho sustancialmente sino prepararse durante largos años para este magno *opus crítico*. Sospecha tan temeraria queda prontamente desmentida al recordar la caudalosa producción que, aplicada a otros temas, Marías ha sumado ya a su haber intelectual. Y, a la par, puede resultar confirmada cuando repasando sus libros —y no sólo aquellos que específicamente se nombran *Ortega y la idea de la razón vital*, *Ortega y tres antípodas*, *El lugar del peligro: Una cuestión disputada sobre Ortega*), sino también aquellos otros de muy diversa temática, advertimos fácilmente que en casi todas sus páginas, en numerosas líneas y entrelíneas, la mención de Ortega como autoridad, como ejemplo, la referencia a sus teorías como punto de partida o meta de llegada, rara vez deja de aparecer.

Era, pues, lógico y previsto que a Julián Marías, agraciado con muchos dones y dotado de tan fabulosa capacidad de trabajo, le correspondiera escribir el libro total sobre el Maestro. No hemos de analizar ahora —aguardando a que la obra esté completa— ni examinar hasta qué punto mantiene el equilibrio crítico sin desmedro del entusiasmo que lo inspira, pero orillando lo hagiográfico y la apología incondicional, absoluta. Por lo pronto, anotemos la peculiaridad cautelosa que ofrece la prosa del autor, avanzando con pasos medidos y abundantes e incisos y matices sutiles. Apenas simplemente nos importa hoy anticipar la vastedad de su contenido y de las numerosas perspectivas, a que se abre; en efecto, comienza por trazar un animado cuadro histórico-ideológico del Siglo XIX, imprescindible para entender rectamente el del Siglo XX; y al entrar ya en el tema, cuida,

ante todo, de situar a Ortega en su circunstancia vital y espiritual, mezclando la biografía del héroe con la de su tiempo. Que lo literario, que la preocupación por el arte en general —empezando por las cadencias y las imágenes de su prosa— no era cosa secundaria en nuestro autor (según he venido yo afirmando hace años y reitero en un libro en prensa, *Las ideas estéticas de Ortega*) lo corrobara Julián Marías al consagrar numerosas y sagaces páginas de su libro al estilo, la metáfora, los géneros literarios, etc. Pero repito que no es mi propósito siquiera trazar un índice completo de las múltiples cuestiones examinadas en obra de tan ancho radio temático.

¿Incluirá asimismo Julián Marías en algunos de los sucesivos tomos un aspecto de Ortega que hasta ahora no había tenido adecuado tratamiento? Me refiero a su actuación pública, a su preocupación política. Esperemos que así sea, no obstante ciertos estorbos visibles en la España actual para abordar "sine ira et studio" la inmediatamente anterior, la segunda República, de cuya génesis y primeras etapas el autor de *España invertebrada* no estuvo ausente ni mucho menos. Mas por el momento, aquí tenemos otro libro nuevo que aborda por vez primera, específicamente, aspecto tan poco frecuentado.

Me refiero al de Guillermo Morón, *Historia política de José Ortega y Gasset* (Ediciones Oasis, México). Solamente a espíritu intrépido como el de este ensayista venezolano —que empero su juventud tiene ya un cuantioso haber intelectual y posee una preparación histórica y filosófica— podía tentarle empresa tan particularmente ardua. Ésta se acrece no sólo por las dificultades que el autor enumera —imposibilidad de obtener lo que él llama "papeles privados" de Ortega, rebusca de los públicos, al margen de las obras completas y las sueltas, en colecciones periodísticas—, sino por otra, más importante, que no señala, pero que no será impertinente anotar aquí del modo más amistoso. En efecto, reconstruir la "historia política" de Ortega implica no menos que reconstruir en lo esencial la historia política de España durante medio siglo. Y no tanto en sus hechos exteriores capitales, en los que tienen ya proyección escrita, fácilmente asequible para todos, sino en aquellos otros episodios más íntimos y cotidianos, no registrados o apenas en los libros; por ello de difícil acceso y muy problemático conocimiento para quien no los haya vivido de cerca. Los trazos gruesos, las caracterizaciones a distancia son casi inevitables para las épocas pretéritas; pero cuando se trata de narrar fielmente, con precisión y rigor, una vida, una serie de hechos, un tiempo próximos, solamente los actores o testigos de primer plano parecen en principio los únicos en condiciones para afrontar la tarea. Se argüirá que tales seres, por la circunstancia de haber participado muy cercanamente en aquellos hechos, habrán de incurrir en parcialismo, sin disfrutar la posible objetividad del cronista o historiador a distancia en el espacio y en el tiempo. Y, en efecto, a cambio de otros inconvenientes notorios, ésta es una ventaja a su favor que puede esgrimir Guillermo Morón.

Pero se preguntarán muchos, sobre todo entre sus lectores últimos: ¿acaso tuvo el autor de *La rebelión de las masas* una "historia política" propiamente dicha que justifique un libro de tal título? La certidumbre a que se llega, una vez leídos los documentales capítulos de este libro, es absoluta. No obstante ¿autoriza esto a decir categórica-

mente que "Don José fue en forma fundamental un político?" Aquí la respuesta habría de ser muy dubitativa; cierto es, la preocupación política siempre *existió* en él, pero no de forma única, y mucho menos absorbente; *coexistió* con otras, dominadas o presididas todas ellas por su específica e innata condición intelectual —la que, en cierto modo, y a la postre, hubo de revelarse rigurosamente incompatible con la política "sensu stricto"; y de ahí sus prontas disensiones con la República, según advierte también Guillermo Morón. Yo me atrevería a decir que tales discrepancias —explotadas con mala fe ayer y hoy por la fauna política y letrada de bajos fondos, como el propio Ortega hubiera dicho—, en su raíz no se formulaban concretamente frente a tales hombres o programas; arrancaban de la fatal distancia que siempre ha existido entre el especulativo y el empírico.

¿Era, pues, Ortega un político, volveremos a preguntarnos, no obstante los numerosos textos de tal índole que Guillermo Morón ha exhumado y reproducido en su libro? Era fundamentalmente un español patriota, pero no en el sentido más usual del término, sino radicalmente preocupado de su país (recuérdese cierta frase de su primer libro, *Meditaciones del Quijote*, 1914, donde afirma paladinamente que "hasta en los últimos rincones de sus ensayos" late la preocupación patriótica), insatisfecho, buscador de cambios de fondo que iban más allá de un trueque de régimen y tenían como meta la reforma moral —¡grandiosa utopía!— de los españoles. No es extraño, por ello, que en un momento juvenil —y aquí los textos que saca a luz Morón, mediante un paciente buceo en periódicos de la época, son muy reveladores—, Ortega marcara ciertas aproximaciones al socialismo de Pablo Iglesias; como tampoco que más tarde postulara un más allá del liberalismo y que un líder falangista se inspirara parcialmente en sus doctrinas; o que, por último, algo desconcertado —es inexcusable reconocerlo—, a partir de 1936 (en el "Epílogo para ingleses" de *La rebelión de las masas*) alimentase pasajeramente la crédula ilusión de que "el totalitarismo salvaría al liberalismo, destiñendo sobre él, depurándolo...". Menos raro aún resulta que al año de establecida la República disolviera su famosa "Agrupación" al servicio de la misma, quejándose de que si bien "no pocas veces se me ha oído, casi nunca se me ha escuchado", aunque en una España en erupción, atronada por gritos estentóreos de muy diverso signo y desgarrada ya por fuerzas contrarias, resultase inaudible cualquier palabra medida. Dicho con más precisión, en un medio ávido de soluciones perentorias, las insinuaciones, las medias palabras, el proyectismo grandioso, pero siempre algo inconcreto de Ortega —"su punto de vista un poco complicado", confesó él—, forzosamente había de resultar estéril. Algo semejante sucedió con las prédicas de Unamuno, de aquel señero y solitario D. Miguel, menos amigo aún de soluciones simplistas, que, por ejemplo, arengando a una multitud, al regreso de su destierro, no vacilaba en terminar con estas evangélicas palabras: "La verdad os hará libres".

Aunque el libro de Guillermo Morón se resiente de no "extranjería", como él supone el frente a la historia y los problemas de España (ya que un hispano-americano, a estos efectos, será siempre un español, cuyas opiniones cuentan e importan tanto como las de los nativos), pero sí de no haberle sido dado al autor vivir próximamente

la época y el medio, escapándosele el fondo físico, humano, y privándole de captar matices y exactitudes, no por ello es menos valioso. Constituye un "guión de archivo", como él dice, y el primer paso de una investigación que otros habrán de completar y perfeccionar; por el momento, y lamentablemente, desde fuera de España.

Testimonio de la misma absurda y monstruosa "imposibilidad" es la publicación —registremos ahora únicamente su ficha— por un escritor uruguayo, Carlos M. Rama, del libro titulado *La crisis española del Siglo XX* (Fondo de Cultura, México), donde se dedica un capítulo a las ideas y la acción política de Ortega, y cuyo defecto (reconstruir un pasado reciente sin ninguna experiencia humana del mismo, a base de documentos, como si se tratase de la civilización hitita...) se compensa en parte con un alarde de información bibliográfica. Además, a mi parecer, su punto de partida, su enfoque jurídico-sociológico, se resiente de cierta paradoja que viene a ser casi una *contradictio in adjecto*, dicho esto *cum grano salis*. En efecto, ¿no es paradójico tomar como *leit-motiv* "el prablema del Estado" en un país que constitutivamente es antiestatista?

GUILLERMO DE TORRE

PAPELES

Novelistas comprometidos

Muchos novelistas se entregan a movimientos sociales y polticos con la esperanza de que el proceso histórico de la realidad nacional acabe por darles el triunfo que no podrían conseguir con la pura fuerza del arte. Quieren protegerse, no expresarse. Es más actividad práctica que creación literaria: apuesta al ganador en un hipódromo, compra de notoriedades y venta de servicios en un cambalache de barrio, demagogia con las últimas consignas de un comité de Partido o ritos de salvación en una parroquia, industrias que transforman la materia prima del resentimiento en un producto con etiqueta moral. Esa literatura de encargo se parece a una agencia de colocaciones, a un prostíbulo o a un circo. Lo que mueve a algunos escritores es una especie de mimetismo que disimula la propia debilidad con los colores y formas de las cosas en que se apoyan. No confundir a estos parásitos con los verdaderos narradores, que siempre son visionarios y, por lo tanto, individualistas que se levantan o caen solos. Al leer a un novelista fíjate en la salud de sus ojos, no en los espejos con que algunos disimulan su miopía.

El pasado irrevocable

Hay quienes se dejan apabullar por los "hechos consumados". Ante la fuerza irrevocable de lo que ya se dio, se someten. Creen que eso es respetar el sentido de la Historia. Pero el sentido de la Historia involucra una dirección hacia el futuro; y el pasado no tiene sentido, a menos que penetre en una conciencia, se haga presente y desde allí se arroje denodadamente a lo por venir. Sólo que los hechos, al revivir en un presente, dejan de ser hechos consumados: podemos elegirlos y rehacerlos. "Un coup de dés jamais n'abolira le hasard", decía Mallarmé. El golpe de dados con que el pasado se revela tampoco abolirá la libertad.

Clásicos

Hay escritores que parecen mejorar con los siglos. Lo que era un defecto para sus contemporáneos se hace virtud para los abribocas de la posteridad. Pero, claro, si han mejorado con el tiempo es porque había algo que se dejaba mejorar: es decir, porque tenían lo que hay que tener para convertirse en clásicos.

El Poema del Cid

Tantos apretones le dieron al Poema del Cid para meterlo en la categoría de epopeya, que le han hecho daño. ¿Qué importa que sea épico o no? Los poemas se convierten en épicos cuando la posteridad los usa como telescopios para columbrar los primeros pasos de una nación. ¿Acaso el juglar que cantó al Cid —el Cid, un hijo de vecinos llamado Ruy Díaz, que había muerto hacía unos pocos años— veía a España en su historia? Nadie escribe una obra nacional: la obra, en todo caso, resulta nacional cuando una nación decide adoptarla. Pero, al adoptarla, los connacionales suelen sobrestimar las referencias a la realidad geográfica e histórica y, en cambio, subestiman las referencias a la realidad personal y artística del poeta. Que es lo que ha pasado con el Poema del Cid.

Para mí que el poema, tal como lo copió Per Abbat, está amasado con miradas de clérigos. Las virtudes cristianas del caballero son las que un clérigo celebraría: piedad, ternura, obediencia, fidelidad al rey, sencillez, continencia, resignación, caridad, renunciamiento a la venganza y a la rebeldía. Esas virtudes cristianas son las que hay que premiar con un desenlace feliz, y así el Cid, deshonrado en el mundo, va ascendiendo en su carrera hasta lograr la honra interior y el perdón divino. Por lo pronto el poeta, quienquiera que fuese, no admiraba la guerra. Narraba la vida de un guerrero y, claro, no podía menos de presentar sus hazañas. Pero sus sentimientos de poeta eran familiares, domésticos. Los pasajes heroicos tienen un anti-climax humorístico, como el del león o el de la apurada dialéctica a caballo entre el Cid y el moro Búcar. Con una sonrisa de moderación se va inventando, dentro de la historia, una biografía novelada: la niña de Burgos, las arcas de arena con que se engaña a los judíos, la oración de Jimena, el ángel Gabriel, el león escapado de la jaula, el contraste de las dos nupcias de las

hijas del Cid, con la afrenta de Corpes en el medio, las cortes de Toledo.. Visto con los ojillos críticos del poeta —a esa mirada crítica que un poeta apartado del mundo arroja sobre el mundo se debe el "realismo" del poema—, el Cid no es ni España ni la Cristianidad: es un buen hombre que va de Burgos a Valencia, luchando a veces con moros, a veces con cristianos, ganándose el pan de esa suerte, ocupado en recuperar el favor del Rey y preocupado por las bodas de sus hijas. Es decir, que el Cid no fue una abstracción —lo sería si lo consideráramos como una de las fibras del "género épico", abstracto por definición—, sino una vida particular dentro de una realidad que se nos ha perdido: he ahí, en un oscuro siglo XI, un buen padre de familia que... Y el cuento vale así como arte. Hasta el Azar, al arrancar la primera página del códice, ha colaborado para darnos una emoción hogareña, no épica: "De los dos ojos tan fuertemientre llorando" comienza ahora el cantor.

La imaginación del crítico

Al leer una novela, un drama o un poema tenemos derecho, ciertamente, a imaginarnos cómo serían si fueran diferentes de como son. Por ejemplo: qué sería *El Burlador de Sevilla* en forma de novela; o aún qué sería si lo hubiera escrito Lope y no Tirso; o Tirso en el siglo XX y no en el siglo XVII... Pero el remontarse de las obras conocidas hacia otras desconocidas no es crítica: es poesía. Como tal, debe ser estimulada. Para volar hay que despegarse del suelo. Desgraciadamente, algunos críticos reprochan a una obra que no sea lo que ellos quisieran que fuese, y en vez de deleitarnos con la imagen poética de una obra imaginaria, se quedan pegados al suelo, dando pataditas. Las alas les son inservibles.

El tema de la obra

Falsificamos la peculiaridad poética de una obra cada vez que la leemos para emprender la historia de un tema. Es cierto que al contemplar la versión artística de un drama humano no podemos menos de traspasar el puro goce estético y de reflexionar sobre los problemas de la vida. Pero lo malo está en desviarse hacia la filosofía y luego regresar a la poesía con la idea fija de encontrar en

la obra lo que sólo se vio fuera de ella. *Antígona* no desarrolla problemas: es el crítico quien, en su propio horizonte intelectual, se plantea los problemas del Estado y la Iglesia, la política y la religión, el partido y la conciencia individual, totalitarismo y anarquismo, etc. En todos los personajes infundió Sófocles su amor, y así su tragedia, única en un único momento histórico, fue una delicada flor de emoción que al menor toque extraño se deshoja.

Educación de las masas

Si a la cultura la difundimos por las masas se nos rebaja, dicen los snobs. Y, si son eruditos, dan ejemplos, como el de la democratización en la lectura de las novelas de caballería, que empobreció su dignidad literaria. Por lo visto no se les ocurre que un resultado del empobrecimiento del *Amadís* fue nada menos que *Don Quijote*. Pero es que esos snobs, como son consumidores y no productores, piensan que la cultura es un tesoro finito que puede dilapidarse si no es la minoría la que lo administra.

Aunque posan de humanistas, mecanizan la cultura y la someten a una de las leyes de la Termodinámica: las calorías se pierden cuando se extienden por una gran superficie. Lo que importa notar, en todo caso, es que las masas, si disminuyen el calor inicial, es porque son buenas conductoras de energía. ¿No basta? Las masas no apagan la creación espiritual: la conducen. Para mantener viva la radiación hay que seguir creando. Esto lo hacen quienes ni temen a las masas ni reparan en los snobs.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

enero de 1961.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

FILOSOFÍA - ENSAYOS

JEAN PAUL SARTRE y MARTÍN HEIDEGGER: *Sobre el humanismo*

Traducción de Victoria Prati de Fernández y A. Wagner de Reyna. (SUR, Buenos Aires.)

Si en la terminología filosófica se buscara realmente hacer mención unívoca del concepto y no en cambio, —como sucede a menudo—, expresar una significación que, como un Proteo inagotable, se acomode al interés de cada teoría o pensamiento, bastaría partir del "interés radical y profundo" que supone la recordada frase de Terencio: *nihil humani a me alienum puto,* para entendernos. Pero no basta. Naturalmente, ocurre todo lo contrario de lo que señalamos con respecto a la univocidad significativa, y ello, como es lógico, acarrea a la Filosofía la responsabilidad inmerecida de una gigantesca Babel.

En la edición de SUR que nos ocupa se han reunido la "Carta sobre el Humanismo" de Martín Heidegger y "El existencialismo es un humanismo" de Jean Paul Sartre. Una vez más se hace patente lo que dijimos más arriba: con la misma palabra se indican dos posturas filosóficas radicalmente distintas.

Sartre se mueve en el plano del hombre, cuya existencia es la plenitud de la *humanitas* ciceroniana, mezcla de la idea sobre la formación del hombre en torno de su verdad esencial, que los griegos llamaban Paideia, y del convivir con los demás y con el mundo, que denominaban philantropía. Pero con un agregado sustancial que varía el planteamiento: el punto de partida es la negación de Dios. Al hombre le acontece un buen día el encuentro con el mundo, y se encuentra como ya existiendo. Este es el hecho primario. Y su existir es una urgencia de trazar el proyecto en que ha de cumplirse. La elección del proyecto compromete su libertad, porque de ello dependerá su propia y personal definición o esencia. "El hombre es lo que él se hace". La Humanitas ya no menciona a la *naturaleza humana,* sino simplemente a la *realidad humana,* que implica un realizarse individual y absolutamente libre. Y no hay naturaleza humana "porque no hay Dios para concebirla".

Esa libertad que hace posible que el hombre dibuje los rasgos de su esencia, —que como tal es posterior a su existir—, condiciona las siguientes notas de la realidad humana: 1º) La elección fundamental en que se resuelve el encuentro con la existencia; algo así como hacerse cargo de esa situación de hecho. 2º) El Proyecto, Pro-yectarse significa trazar ante sí un programa de vida, con sus propias causas y finalidades, como irrenunciable condición para el cumplimiento de sí mismo. 3º) La responsabilidad que va implícita en cada acto de elección que, por un lado se resuelve en la dirección de lo que cada uno quiere ser, y por otro en lo que hace a la existencia de todos los hombres, por lo humano que nos es común. Cuando Sartre dice que el hombre es responsable de sí mismo, no lo hace solamente en cuanto a su "estricta individualidad", sino con respecto a todos los hombres. Sartre señala dos sentidos de la palabra subjetivismo, y se queja de que sus adversarios juegan con ambos sentidos. "Subjetivismo, por una parte, quiere decir elección del sujeto individual por sí mismo, y por otra, imposibilidad del hombre de sobrepasar la subjetividad humana. El segundo sentido es el sentido profundo del existencialismo." En efecto, si la elección de la imagen que proyectamos se apoya en un acto auténtico de nuestra libertad, esa imagen sobrepasa el mero *querer ser,* para transformarse en lo que suponemos que *debe ser* el hombre, es decir, todos los hombres. 4º) La circunstancia de sentirse responsable por toda la humanidad, provoca en el hombre un estado de angustia y desamparo. Sartre se adhiere a una frase de Ponge: "el hombre es el porvenir del hombre". No tiene otro apoyo fuera de él. Se angustia porque su decisión compromete a la humanidad entera, y se siente desamparado porque su mundo es un mundo sin Dios. Ante esos estados no hay escapatoria. Cuando Abraham levanta su brazo para sacrificar a su hijo, supera el temor moral por la fe, pero no puede librarse del temblor que le provoca la angustia de ser él quien ha de realizar el acto cuya justificación no podrá ser probada jamás. La responsabilidad del hombre llega a tal extremo cuando toma conciencia del papel que desempeña frente a lo humano, que la excusa de que los demás no obran de tal forma y que uno solo no puede ejercer nada efectivo, significa para Sartre un acto de mala fe, una mentira que, en cuanto acto, cobra la misma importancia de la verdad, llegando al plano universal donde entonces se desvirtúa la libertad, y con ella la existencia. La angustia no determina entonces una suspensión del acto, sino, por el contrario, la necesidad del mismo pero con un extremo cuidado de autenticidad. 5º) Por último, y como corolario de lo que hemos apuntado, aparecen los siguientes caracteres: a) La moral no es un signo universal, no hay moral general porque ello supondría una coerción sobre el acto libre. b) El valor que se elige es el valor que se siente, y el sentimiento se hace patente en el acto; es posterior al acto. El sentimiento no tiene validez en el plano moral como promesa sino como presente efectivo, fundado en una decisión auténtica. c) No hay naturaleza humana, no hay Dios, nada existe fuera de mi acción, y sólo por ella determino mis propias posibilidades y trazo las posibilidades de la humanidad, pero no como querer o voluntad sino como interpretación de lo que está a mi alcance. Por ello no hay, no cabe la esperanza, puesto que "ningún Dios, ningún designio puede adap-

tar el mundo y sus posibles a mi voluntad." d) Si el hombre es lo que hace y ello depende únicamente de él, su vida constituye no sólo toda su realidad, sino también la única realidad posible para él. La historia se constituye precisamente en ese hacer, en ese obrar sin ilusión ni esperanzas, fundado solamente en la firme decisión de hacer cuanto se pueda. e) Para que suceda la Historia es preciso que el proyecto de cada una tenga validez universal, al menos en cuanto a la comprensión de sus principios y valores. Esto se funda o al menos es correlativo del compromiso que todo acto supone en el hombre, consigo mismo y con los demás. "Construyo lo universal eligiendo; lo construyo al comprender el proyecto de cualquier otro hombre, sea de la época que sea." La realización de cada hombre es tanto como la realización de un tipo humano. De lo subjetivo paso a lo universal en el acto de elección, y ello es así, porque la condición de elegir, es precisamente eso, una condición que trasciende la subjetividad como el determinante a lo determinado. La frase de Sartre de que "el hombre está condenado a ser libre" cobra sentido pleno aquí. No puedo dejar de elegir: aunque no quiera elegir nada determinado, nada en especial, estoy sin embargo eligiendo: elijo no elegir. Por eso el hombre elige su moral, no como un capricho sino por una absoluta necesidad de su circunstancia.

Hemos enumerado, siguiendo un orden que impone el propio pensamiento de Sartre, todos los elementos que configuran su posición existencialista. Ya podemos exigir una respuesta concreta a la pregunta por el sentido que cobra el término humanismo en la proposición de Sartre. Y bien, el existencialismo es un humanismo en el sentido de colocar al hombre en la proyección de sí mismo, en un continuo "rebasamiento" de sí, en un trascenderse constante hacia fines en los cuales cumple su verdad realizando su existencia en el plano de lo universal humano. "No hay otro universo más que este universo humano, el universo de la subjetividad humana. Esta unión de la trascendencia, como constitutiva del hombre —no en el sentido en que Dios es trascendente, sino en el sentido de rebasamiento— y de la subjetividad en el sentido de que el hombre no está encerrado en sí mismo sino presente siempre en el universo humano, es lo que llamamos humanismo existencialista." Por esta razón el existencialismo es optimista. Niega a Dios, es decir, no espera nada que esté fuera de su propio actuar, y sin ilusión de ninguna clase, se lanza a la realización de su propio proyecto, incluyendo la responsabilidad y el compromiso de toda la humanidad. La desesperación es la condición del optimismo. No debe confundírsela —dice Sartre— con el estado de ánimo de un creyente que, por serlo, transfiere la raíz de su actuar a los designios de un Dios, y entonces la desesperación se transforma en aniquilamiento, en pesimismo, y finalmente en la suspensión de todo acto.

Al término de la Conferencia que hemos comentado, se inserta la discusión posterior a la misma, donde Sartre aclara, con la soltura que exige el diálogo, los puntos que le son objetados por su interlocutor, quien a su vez desarrolla su crítica colocando las tesis de Sartre en la realidad social y política de Francia principalmente, así como también lo enfrenta a la ideología marxista. Si bien las objeciones que se hacen son bastante agudas, no creemos necesario re-

ferir su contenido, en tanto que dicho comentario no variaría lo esencial del pensamiento expuesto.

"Todo humanismo o se funda en una metafísica o se convierte a sí mismo en el fundamento de una metafísica." El planteamiento de Heidegger trasciende el plano de la existencia, en el cual se mueve Sartre, para asentarse en el plano del ser. La importancia capital que tienen estos opúsculos de los dos filósofos es que sintetizan admirablemente los puntos esenciales de sus repectivas posturas filosóficas. De allí que el lector que desconozca la obra de Sartre o de Heidegger, pero sobre todo de éste último, me atrevo a decir que entenderá muy poco o nada de su contenido. Heidegger se refiere con bastante frecuencia a "Ser y Tiempo", a "Kant y el problema de la metafísica" y a "La esencia de la causa", pero muchas de sus afirmaciones están contenidas en su "Introducción a la Metafísica", y desarrolladas con suficiente extensión en "¿Qué significa pensar?", obra posterior a la Carta sobre el Humanismo, como así también en otro opúsculo titulado "Sobre la cuestión del ser". No hay que olvidar que Heidegger busca a través del análisis de la existencia humana un camino de acceso al ser. La única jerarquía que reconoce en el hombre como ente es la conciencia de su participación en el ser. Ese saber sobre el ser constituye una nota esencial en el ente humano, de aquí que el humanismo de Heidegger se lo puede bien denominar un humanismo del ser. Esto no puede decirse así, simplemente, sin una justificación. En efecto, su obra capital, y posiblemente uno de los libros más importantes escritos en los últimos tiempos, la "Introducción a la Metafísica", constituye el fundamento de nuestra proposición. En dicha obra desarrolla una crítica a toda la metafísica occidental, a la que señala como *viciada de física*. Es una metafísica a medias, puesto que su preguntar no se ha dirigido al ser sino al ente. (Ver nuestro comentario en el Nº 244 de SUR). Y en esta metafísica se origina la noción de humanismo aceptada desde aquella *humanitas* ciceroniana. "La metafísica —dice Heidegger— no pregunta por la verdad del ser. Por ello tampoco pregunta nunca por el modo en que la esencia del hombre pertenece a la verdad del ser", y es también por ello que ese humanismo surgido de un preguntar relativo al ente, no hace referencia al ser cuando habla de la esencia del hombre.

La lectura de Heidegger tiene una virtud notable, que solamente puede compararse con la lectura de Sócrates-Platón: todos los supuestos se conmueven, y una auténtica inquietud, serena, nos lleva el ánimo hasta las últimas consecuencias que puedan sernos dadas en el problematizar. El aspecto polémico con respecto a Sartre que se señala frecuentemente en la "Carta sobre el humanismo" me parece por completo secundario. A mi entender, constituye primordialmente una exposición clarísima de los conceptos fundamentales sobre los que se apoya su postura filosófica, a la vez que una justificación del interés metafísico de su análisis existencial.

Su nueva concepción del humanismo no desecha los anteriores, sino que los cree incompletos, es decir, sólo aproximados. La objeción radical es que en su definición del hombre como animal racional han prestado más atención a la *animalitas*, como facticidad en-

titativa, que a la *humanitas* encerrada en el término logos, que en griego significaba mucho más que razón. El Logos se refiere estrictamente al hablar. Logos es lo que ordena y reúne, y esencialmente lo que desoculta. En la posesión del logos radica el valor del ente humano, porque en él ocurre el desocultamiento del ser. El hombre piensa y habla sobre las cosas en el terreno de los entes, donde transcurre su existencia, y en ese pensar y en ese decir se hace patente el ser, del cual los entes son mera participación. El hombre es así el indicador del ser, el signo del ser, el único camino que lo hace accesible. En cuanto el hombre es el indicador del ser, Heidegger lo llama ec-sistencia, para establecer una diferenciación con el significado que posee la palabra existencia: actualidad, Ec-sistencia quiere decir una salida a la verdad del ser, el permanente desocultamiento del ser. La palabra existencia se refiere al hombre como ente, es la actualidad o efectividad del ente, en cambio ec-sistir, señala la presencia del ser en la esencia del hombre. Si el humanismo de Sartre es existencialista, puesto que la esencia del hombre depende de su existencia, el humanismo de Heidegger es esencialista, puesto que el ec-sistir como rasgo esencial es anterior al existir como cumplimiento entitativo. No obstante, su humanismo —a pesar de vincular al hombre con el ser, diciendo que es la patencia del ser, que es el único ente abierto al ser, colocándolo en una situación de eminente jerarquía— no se interesa en el hombre mismo como finalidad, sino del ser. La imagen del hombre que surge del humanismo de Heidegger podría enunciarse diciendo que es la ocasión del ser, el signo que lo indica. Incluso la Ética, como referencia normativa del actuar del hombre depende de esta radical situación del hombre en el ser. El estar del hombre, su ec-sistir, es el único sostén efectivo de su actuar, porque es también la única señal de su verdad. Ese pensar y ese hablar en el cual se desoculta el ser, condicionan para Heidegger el preguntar fundamental, que se traduce en una espera por la develación del ser, pero una espera activa y acechante en la que el hombre realiza plenamente su ethos, como morada del ser.

HÉCTOR OSCAR CIARLO

PIERRE FRANCASTEL: *Pintura y sociedad*

Traducción de Damián Carlos Bayón.

(Emecé, *Buenos Aires.*)

Como es inevitable al escribir toda nota crítica de un libro recién leído y releído empezar por encabezarla con su título, suele ocurrirme la tentación de relacionarlo con el contenido que tras él debo comentar. ¡Es tan terriblemente problemático poder condensar en dos o tres palabras lo que luego necesitará trescientas o más páginas para ser expuesto! "Pintura y sociedad" es un título comprometedor, y desde luego Pierre Francastel no es de los que eluden compromisos,

pero parece apuntar a una dirección sociológica muy tentadora que intentara establecer una relación entre los diversos tipos de comunidades humanas y su manifestación plástica. ¿Hasta dónde cumple este libro tan amplio propósito? Aclararé desde ahora que mucho más hasta donde se lo ha propuesto su autor que hasta donde pueda esperarlo su desprevenido lector. Y su autor, provisto de extraordinaria erudición sobre la materia, demuestra esa poderosa modestia de los auténticamente informados que descuenta las dificultades fundamentales de toda amplitud de ese tipo. A cada página, y sobre cada punto, repite la necesidad de un estudio aún por hacerse para aclarar tal o cual aspecto parcial pero imprescindible para un futuro planteo integral del tema. Es tanto un libro como un programa de ellos, y de paso un escrutinio crítico de lo ya escrito al respecto. Por todo ello esta obra podría haber aspirado a ser un esbozo general del programa sospechado debajo de su título, y si no llega a ello, no es por cierto por deficiencias de método, sino por haberse propuesto su autor otra cosa, en cierto sentido más limitada, pero no menos ambiciosa. Francastel descuenta que toda expresión pictórica constituye un lenguaje condicionado y condicionador a un mismo tiempo de lo que por su intermedio se expresa, y da por sobreentendida la relación entre pintura y sociedad, pero él ha ceñido el campo de sus averiguaciones más aún reduciéndolo —si así es lícito decirlo— al planteo de una tesis, según la cual, a cada tipo de sociedad le corresponde una representación dada del espacio pictórico. Así, según él, para la Edad Média, la realidad tiene una existencia ficticia; las cosas son tan sólo símbolos de la mente divina, y el espacio como tal es ilusorio y poco menos que inexistente, lo que justifica la visión plana de los frescos románticos, por ejemplo. En el Renacimiento, el concepto humanístico tiende a valorizar lo real, a corporizarlo, por decirlo así e impone los conceptos euclidianos racionalistas del espacio, creando la perspectiva con sus puntos de vista y de fuga, su representación del tamaño aparente de las cosas por su supuesta distancia del observador. Esa visión adquiere, en manos de los académicos, una supuesta validez objetiva que se considera definitiva, hasta que el impulso del movimiento impresionista primero, y de todas las tendencias que le han seguido después, comienzan a cuestionarla en un sugestivo paralelismo con lo que la ciencia, y en particular la física hacía con los conceptos de materia y estructura del universo. El espacio renacentista, como consecuencia de ello, pierde validez semántica, ya no tiene capacidad expresiva de comunicación y es menester sustituirlo por otro, cuya afanosa búsqueda todavía continúa porque nos encontramos en la actualidad en ese aspecto, en una situación semejante a la de los años que precedieron a las búsquedas de Brunelleschi y Alberti. Para ello Francastel ha reducido su investigación a dos zonas históricas bien delimitadas: la de la pintura italiana del *Quattrocento* y la francesa contemporánea. En este trabajo puede verse una vez más, cómo la especialización puede hacerse, no sólo sin peligro de lo general, sino para su servicio. El estudio profundo de una de las partes, puede servirnos para entrever mejor la contextura del conjunto. La limitación del campo de mira presta mayor nitidez a los detalles, y lo refuerza el valor demostrativo de la tesis. Acaso, permítaseme la sospecha, con exceso. El Renacimiento y la Escuela de

París, están bien lejos de ser toda la Historia del Arte, sin perder de vista la tendencia, tan occidental de considerar que la única digna de ese nombre, es la relacionada con sus propias peculiaridades estéticas, relegando los demás a meras influencias laterales. Francastel parece dar por sentada la homogeneidad del acaecer en cualquier zona temporal o cultural de lo estético. Lo que sucede en el punto A en el instante x valdría para Be en el momento z. Es posible que sea así, pero me parece arriesgado aceptarlo de antemano. Su crítica del punto de vista académico sostenedor de la vigencia definitiva del modo de representación instaurado para nosotros en el Renacimiento, me parece inobjetable. El cubo espacial, tan bien analizado por él en sus relaciones con lo escenográfico, y las convenciones del punto de mira único y la iluminación única, en modo alguno llenan las condiciones de una supuesta "objetividad" absoluta, limitándose a ser símbolos, signos, o sistemas de ellos capaces de transmitir alusiones, y que, por supuesto, demostraron su inmenso poderío al respecto, sin que por ello se los pueda considerar definitivos.

Su análisis de la nueva significación aún no del todo lograda del espacio, aunque no menos agudo, se resiente por ese lenguaje tan característico de la inmensa mayoría de los críticos de arte que se valen de un vocabulario con apariencias de rigor científico para aplicarlo a conceptos que están muy lejos de soportarlo por su fluctuante falta de solidez. Hace falta todo el arrojo de la ignorancia que a mí me sobra para atreverse a preguntar —como lo hago ahora— ¿Qué significa eso de "la triangulación superficial del espacio"?, no imputable por cierto a la excelente traducción de Damián C. Bayón, y atribuida a la pintura de Dégas. Además, la caracterización del espacio en la pintura contemporánea en general es enfocada no tanto en procura de sus propias esencias cuanto de su oposición con el criterio renacentista.

Más grave me parece, con respecto al título de la obra, el desequilibrio evidente entre sus términos, pues las consideraciones pictóricas predominan abrumadoramente sobre las sociales. La tesis de Francastel, a mi entender, necesitaría el apoyo demostrativo de una correspondencia entre la estructura económica, política y cultural de una sociedad dada y su utilización del espacio como elemento significativo de su estética. Nada se nos dice del movimiento humanístico, o de la fragmentación italiana en pequeños estados, o de la producción del artesano, como condicionadores de una necesidad expresiva que encuentre en un caso su medio adecuado en el espacio euclídiano mantenido tan tranquilizadoramente tenso por la perspectiva, y en el otro del desarrollo de la revolución industrial del imperialismo en sus dos formas parejas capitalista y comunista, o de los predominantes conceptos filosóficos y científicos capaces de volver insatisfactorio por sus limitaciones a ese mismo espacio. Esa labor sería imprescindible para sustentar la tesis de Francastel, como lo sería, asimismo, no limitarla a la pintura, sino extenderla a las demás artes plásticas, escultura y arquitectura, y ¿por qué no? a la música y la literatura, en las que el espacio tiene no menos valor determinante. La limitación a dos puntos, como el *Quattrocento* italiano y la actualidad francesa, no tendría tanto importancia si se consiguiera superar un anta-

gonismo, en verdad inexistente, cuyas apariencias provienen de encontrarnos nosotros situados en uno de los extremos.

Con todos estos reparos, y aun muchos otros que pudieran hacérsele, esta obra es de una riqueza extraordinaria de conceptos orientadores con respecto a las líneas de fuerza y a las figuras culminantes de dos de los momentos fundamentales de la historia del arte occidental. Su examen del valor expresivo de los volúmenes en Piero de la Francesca, o del cromatismo espacial en Van Gogh, pueden considerarse ejemplares.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

ROMANO GUARDINI: *La muerte de Sócrates*

Trad. de Conrado Eggers Lan.

(Emecé, *Buenos Aires.*)

Cuando leemos los diálogos de Platón, nunca interesa saber dónde termina realmente el maestro y dónde el discípulo; lo que importa son dos situaciones innegables: el diálogo realizado en la tensión dialéctica del orden de los conceptos, y el *encuentro* con un hombre que, si no dijo todo cuanto se le asigna, sirvió sin duda de fuente originaria y profunda a ese admirable filosofar, con una vida paradigmática que no fue traicionada por el último gesto, la difícil tarea de vivir su propia muerte. Por distintos caminos, Sócrates, al igual que Cristo, fue un redentor a su manera. La muerte de Cristo es la tremenda responsabilidad del creyente que no busca la comodidad sino la inquietud de su religión, tal como lo quería Kierkegaard; la muerte de Sócrates, por encima de todas las creencias, señala la virtud del creer, la constancia del propósito, la afirmación de la verdad del hombre en el encuentro de sí mismo. Por ello me atrevo a afirmar que Sócrates ha señalado para siempre la actitud del filosofar que consiste, más allá de las ideas, en una forma de vida realizada en plenitud. Solamente con la condición de la serenidad socrática, se puede otorgar al hombre la responsabilidad de pensar y legislar sobre el conocimiento del hombre. El filósofo debe ser, tal como Sócrates decía, el tábano eterno de la verdad sin claudicaciones. La muerte de Sócrates, y él lo sabía porque de mil maneras lo dijo a sus discípulos y amigos en el último instante, constituye el ejemplo del que sabe aceptar el destino más cierto, y por ello trágico, de la vida. La muerte no está fuera sino dentro de la vida. La Filosofía debe preparar al hombre para vivir su muerte.

Este es el rasgo que ha captado Guardini admirablemente, y lo recuerda ahora, en un tiempo de olvido, en que el hombre siente como nunca la angustia y la desesperación de haber extraviado el camino, el único posible para encontrar su verdad: el camino interior, que hace patente la trama misteriosa en que se tejen su vida y su muerte.

De todos los diálogos escritos por Platón, cuatro guardan estrechamente un vínculo con la muerte del maestro, como una tetralogía en

la que se evidencia el carácter trágico que para los griegos tenía la vida del hombre: El Eutifrón, la Apología, Critón y Fedón. En el primero de ellos, la famosa ironía socrática llega a su máxima altura. El diálogo acontece antes del juicio sobre impiedad y corrupción de que ya había sido acusado Sócrates. Eutifrón es un sacerdote que se cree vidente y justo, y en nombre de esa justicia que estima poseer, se encamina al Tribunal de los Varones de Atenas para pedir la condenación de su padre que ha ocasionado fortuitamente la muerte de un asalariado suyo. Este hecho importa solamente como artificio, para dar cabida al preguntar de Sócrates. Éste inquiere por la idea de lo justo y la esencia de la piedad que a él, precisamente, se le imputa haber corrompido. Eutifrón dice saber de ello, pues le compete como sacerdote, y en esto radica la ironía. A través de todo el diálogo, Sócrates no logra que Eutifrón le defina esos conceptos, y así queda trazado el rasgo trágico. Los jueces que habrán de condenarlo serán como Eutifrón. Pretenderán ser intérpretes de lo que en realidad no conocen; pero la dignidad que ostentan les confiere ese derecho. La ironía desenmascara la imprudencia y la arrogancia como atributos de la mediocridad, y ante ello, Sócrates decide su actitud. El juicio será la ocasión suprema de su ironía en favor de lo auténtico, como virtud de la verdad y del conocimiento. Este es el tema de la Apología.

Guardini sostiene atinadamente, que "la situación humano-espiritual de la Apología sólo puede ser comprendida correctamente desde la histórico-política." Y así, ubica el proceso de Sócrates en la circunstancia social de su época, el año 399, en que Atenas desemboca en una crisis total de valores que hacía tambalear peligrosamente la estructura de su sistema democrático. El Estado había perdido prácticamente vigencia y la tradición religiosa era la única que más o menos se conservaba como vínculo. De ahí que un pretendido ataque a la fe implicara el más grave peligro para la integridad de la ley y el orden político. Pero la crisis era esencialmente espiritual, y esos valores religiosos carecían por tanto del terreno propicio. El más mínimo examen descubría su falta de firmeza, y precisamente Sócrates invitaba a la juventud ateniense a un examen profundo de todas las ideas y creencias. Claro que no con el ánimo de negarlas, sino, al contrario, para distinguir por el conocimiento el error de la verdad. La virtud era para Sócrates hija del conocer. Pero, por supuesto, no olvidemos que eso constituye el pecado del hombre, y naturalmente, resultó la razón de su condena. A la causa histórica que indica Guardini, yo agregaría esta otra, que podríamos llamar el signo trágico de la inquietud humana. Nietzsche lo expresa en uno de sus ditirambos dionisíacos cuando dice: "Zaratustra, conocedor de ti, de ti verdugo." ¡Y citamos justamente a Nietzsche, el negador de Sócrates!

Los tres discursos que pronuncia Sócrates ante el Tribunal de Atenas forman en conjunto "un drama de gran pujanza". En el primero, Guardini señala los siguientes elementos: 1º) la presencia inmediata del hombre Sócrates; 2º) la referencia a su religiosidad, y 3º) el plano esencial de lo humano y espiritual. Desde el primer plano se eleva al tercero por medio de planteamientos que muestran la certeza que tenía Sócrates de haber obrado siempre justamente, y tal afirmación la hace por medio del elemento religioso, su culto a Apolo, que

aparece en la constante mención del "demonio", cuya voz ha guiado siempre su conducta. En el segundo discurso, Guardini subraya la afirmación de Sócrates en el sentido de no ceder en su forma de obrar, a pesar de su condena, con lo cual, por un lado señala una serenidad y una seguridad espirituales basadas en una sincera religiosidad, y por otro, que Sócrates cree necesario un desenlace supremo, que él provoca con sus palabras, para que la negación de la virtud, en su propio acto, el de condenar a un hombre justo, haga patente su mentida dignidad, que es lo que sostiene en el tercero y último discurso: "Lo que los jueces han hecho no los ha de favorecer. Han querido neutralizar el espíritu por medio de la fuerza, pero no lo han logrado. La lucha espiritual que ha comenzado Sócrates —dirigida a lograr la penetración de una profunda responsabilidad y a que se midan las cosas de la existencia cotidiana con un patrón auténtico, así como a que la piedad reciba nuevos fundamentos en la verdad— proseguirá su camino. Los jóvenes han de continuar su obra." Finalmente, el Critón y el Fedón, determinan, con respecto a la muerte de Sócrates, la confirmación definitiva de su proceder público y de sus palabras ante el jurado, en el diálogo íntimo de la amistad, que así puede llamarse al primero, y en la desapasionada lección de filosofía sobre la vida, la muerte y la inmortalidad, el mismo día que debía morir, que configura el tema del segundo. La importancia que tiene el Fedón dentro de la Filosofía platónica mueve al autor a un extenso análisis del mismo en todos sus aspectos esenciales. No hay que olvidar que, entre otras cosas, en este diálogo Platón expone su teoría del conocimiento, a través de los cuatro argumentos famosos, y que en el primero de ellos, el que trata de los contrarios por sucesión, aparece una configuración del ser. No obstante, en las reflexiones con que Guardini anota la trágica dialéctica de las cuatro obras de Platón, en general solamente recoge el interés de los distintos pasajes que dibujan el perfil de la actitud socrática en ese instante en que, cruzada la raya para el balance de todo lo hecho, se juega la afirmación o la negación de su verdad. La verdad del hombre asentada en la auténtica aceptación de su destino.

H. O. C.

JAIME REST: *Cartomancia y poesía*

(Cuadernos del Sur, Universidad del Sur, *Bahía Blanca.*)

Los textos de apariencia ininteligible se dividen en tres categorías: aquellos que, debidamente interpretados, tienen un significado preciso; los que carecen de clave y no significan absolutamente nada; y los que significan casi todo —como tantos pasajes de libros sagrados de diversas religiones, a los que centenares de comentaristas sucesivos han encontrado interpretaciones diferentes e igualmente adecuadas. Eliot, a mi parecer, oscila entre la primera categoría y la tercera, evitando decorosamente la segunda, tan amada por nuestros poetas contemporáneos; es decir: el enigma tiene una solución única o —a

semejanza de ciertas ecuaciones algebraicas— tiene solución indeterminada, pero nunca carece de sentido y suele recompensar al lector, al fin, de las penurias que debe sobrellevar para descifrarlo.

En el breve ensayo de Jaime Rest, *Cartomancia y poesía,* que estudia un fragmento del poema *The waste land,* se aborda un tema de singular interés: la influencia de la magia en sus diversos aspectos sobre la poesía de Eliot y la de Gérard de Nerval. Entre las varias citas con que la erudición de Eliot oscurece su poema, una se refiere al Purgatorio y a la esperanza de la salvación, otra a la llegada de la primavera; la tercera es un célebre verso de Nerval *Le prince d'Aquitaine a la tour abolie.* Pero el soneto de donde proviene este verso, *El Desdichado,* está, según algunos autores, lleno de alusiones al ocultismo. En un prolijo estudio, Rest analiza las relaciones de las distintas estrofas con los procesos de la alquimia, los colores y las divinidades mitológicas que les corresponden; señala, también, que las imágenes de *El Desdichado* coinciden con varios arcanos del tarot, la baraja utilizada habitualmente para la cortomancia (También *The waste land* habla de una adivina que predice mediante la baraja y, a lo largo del poema, aparecen las figuras de este naipe).

No tengo suficientes conocimientos sobre el tema para afirmar nada acerca de la influencia de las ciencias ocultas sobre el soneto de Nerval; sólo puedo decir que, si las hubo, es una especie de milagro que el poema sea tan hermoso, porque para expresar el dolor del hombre despojado de su dicha —cosa que Nerval hace admirablemente— no veo para qué le era preciso concentrar en catorce versos, con un trabajo ímprobo y digno de mejor causa, a Proserpina y a Plutón, el negro y el rojo, el agua mercurial y el oro filosófico, sin contar a buen número de arcanos del tarot, y mucho menos considerando que ninguno de sus lectores caería jamás en cuenta de que lo había hecho. Por lo tanto, creo que si Nerval consiguió hacer un soneto maravilloso a pesar de ser a la vez una enciclopedia abreviada del ocultismo —felizmente invisible— lo mejor sería gozar del producto final y olvidar las fatigosas complejidades de la sub-estructura, del mismo modo que conviene evitar las explicaciones de San Juan de la Cruz sobre su Cántico Espiritual, a fin de no arruinar la lectura de las mejores liras de la poesía castellana. Esto, desde el punto de vista del mero lector. El investigador tiene todo el derecho de hurgar y de conjeturar a su antojo y, en este caso, ha escrito un trabajo serio y bien documentado que se lee con el mayor interés.

ACILIA JURADO

JORGE LUIS BORGES y ADOLFO BIOY CASARES: *Libro del Cielo y del Infierno*

(SUR, *Buenos Aires.*)

Nadie sabe nada del más allá. No hay certeza alguna de premios o castigos después de la muerte. Cuando Dante es invitado al viaje de ultratumba, contesta que no se cree digno de tal conocimiento. Sin

embargo emprende el camino de dos etapas (el Purgatorio, como antesala del Paraíso, es apenas un intermedio). Dante es, por cierto, un clarividente; quién sabe si el viaje no fue realizado dentro de su misma conciencia. Lo razonable es imitarlo. Lo imitan Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, aunque sin salirse del plano intelectual: "Libro del Cielo y del Infierno" recoge con sentido misceláneo fragmentos referentes a la escatología.

Las noticias que tenemos del Cielo y del Infierno derivan de vates y profetas. Ellos nos comunican sus impresiones celestiales o infernales. Probablemente han nacido con un ojo de más, con una manera diferente de ver. Interpretan el universo, revelando verdades (llamémoslas así) ocultas a los individuos comunes. A pesar del ojo místico, esas noticias demuestran que los recursos imaginativos del ser humano son bien limitados, a no ser que la verdad esté en todos. Describen dicha y desdicha perpetuas. El Cielo —como indica Huxley— es una apoteosis de lo que tenemos y una imaginación de lo que no tenemos. El canto superabunda en los deleites beatíficos. El Infierno está urdido con los suplicios que la humanidad ha inventado para convertirse en lobo de su semejante; el fuego entra en dosis masivas por las puertas reprobadas. El hombre, comprendemos, piensa según un arquetipo del que no puede escapar; quizás por eso no puede concebir nada que no sea a su imagen y a semejanza de lo que conoce.

Se dice que Cielo e Infierno son lugares: *inferum,* debajo; cielo, arriba. Galileo Galilei, físico que no aceptaba ninguna verdad sin su correspondiente prueba matemática, compuso una extensa memoria topográfica acerca del Infierno. Lo ajustó a un supuesto orden geométrico, basándose en datos de sus contemporáneos y de Dante. También se dice que son estados. Cuando el Fausto de Marlowe pregunta a Mefistófeles cómo hizo para salir del Infierno, Mefistófeles le da una respuesta impresionante: "No he salido de él". El Cielo sería una comunidad, y el Infierno la soledad. El Infierno es una eterna ausencia de perdón impuesta por el propio pecador, cree un católico que coincide con la ley kármica. Más exacto es San Pablo en su inexactitud a los corintios: "Lo que el ojo no vio, ni oído oyó, ni entró en pensamiento humano, eso tiene preparado Dios para los que aman". Pero es opinión general que si un alma del Infierno subiera al Cielo, el Cielo sería un Infierno para ella. Ya lugares, ya estados, son, como dice la Sibila de Cumas, lugares inaccesibles a los vivientes. Y no obstante, el deseo y el temor, la curiosidad y la angustia, han volado en pos de esos lugares o estados, a los que envía de vez en cuando un mensajero para confirmar lo ya sabido o para obtener nuevas informaciones.

Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares titulan los fragmentos. Aunque a veces parecen ordenados para mostrar dos o más aspectos de una idea, no siempre se oponen o dialogan. Profetas, filósofos, ocultistas, hinduístas, heresiarcas y meros literatos se suceden en la descripción de delicias y torturas. Los compiladores señalan en un brevísimo prólogo que una tal antología es necesariamente inconclusa. Es cierto: impone un esfuerzo en tensión y superación constante. Esto no implica que el material recogido sea escaso o desdeñable: al contrario. Anuncian, además, el libro como una reencar-

nación de otro más extenso y acaso menos exigente. Se puede imaginar, entre el material no publicado, lo escrito por Homero y Virgilio, que está a la mano de todo el mundo; las descripciones de Ana Catalina Emmerick, que entusiasmaban a Leon Bloy; el infierno de la convivencia que imaginara el incrédulo Sartre; las disquisiciones escolásticas y las visiones de los místicos.

Un libro de esta importancia debería indicar al profano algunas direcciones. Una de ellas, acerca de la palabra eternidad. La voz griega que se emplea para nombrarla significa un período de duración muy largo, un ciclo cósmico; después de la eternidad así concebida sobrevendría la apokatastasis o restauración de todas las cosas. De aquí se infiere la metempsícosis y el perdón para todos los condenados, incluso Satanás. Por sostener esta doctrina Orógenes está en el Index, y es probable que Papini no tarde en seguirlo a ese infierno para escritores heréticos. Otra de las aclaraciones tendría que referirse al fuego en que arden los réprobos, del que dice Santo Tomás de Aquino que es real pero no material. Pero acaso sea pedir demasiado al simple propósito —ya bastante complejo— de concretar una antología con el arriesgado tema escogido.

Nuestro siglo, que ha descompuesto la materia en energía y clasifica la energía como materia, puede encontrar en este volumen motivos de meditación y descanso —o inquietud. El pensamiento metafísico, y más concretamente, religioso, se ofrece al hombre acosado por el caos actual (el caos, primero entre los dioses, persiste como fuente y término de todas las cosas). Hay quienes opinan que las doctrinas de Cielo y de Infierno, básicas en toda creencia, van contra el espíritu moderno. El libro de Borges y Bioy Casares proporciona valiosos materiales para renovar la discusión. Pues aunque el raciocinio por sí solo no puede probar la existencia de esos lugares o estados, ni que sean perdurables, hay demasiados individuos importantes que hablan de ellos como de una experiencia de primera mano. Y no es posible tomar sus argumentos como fantasías o fingir que no existen. Si tenemos un alma inmortal, merece que perdamos unos instantes para meditar en su destino en la eternidad. Pascal vio que entre nosotros y el Cielo y el Infierno, no hay más que la vida, que es la cosa más frágil de todas.

TULIO CARELLA

NOVELAS - CUENTOS - TEATRO

ANTONIO GILABERT: *Último puerto*

(Fabril Editora, *Buenos Aires.*)

Un marino enfermo a punto de morir recuerda su vida. La infancia, la familia, la vieja casa provinciana en que vivió, le vuelven a la memoria y las describe en una serie de relatos independientes pero relacionados entre sí. Estas historias, vívidas y muy bien narradas,

tienen sin embargo una característica curiosa: están totalmente desprovistas de color local. La acción podría transcurrir en cualquier país de habla castellana, empezando por España; no hay casi tipos, costumbres ni objetos que indiquen sin lugar a dudas cuál es el sitio en que aparecen.

No quiero decir que esta extraña universalidad sea un defecto; la señalo, simplemente, como procedimiento literario desusado entre los escritores sudamericanos, tan apegados a los copiosos inventarios del terruño, repletos de palabras incomprensibles y rezumando agravios indigenistas.

La obra trata de una familia burguesa, venida de España, que vive una existencia apacible en la que, sin embargo, aparecen elementos trágicos de vez en cuando, como suele ocurrir en la realidad. Los personajes —aun los más neuróticos como Guillermo, el muchacho cruel que se ensañaba con los perros— son perfectamente verosímiles y convincentes; la abuela que canta saetas al paso de la Virgen, la vieja tía maternal y solitaria, el chiquilín que dejaba el cadáver del burro delante de cada casa que daba al arroyo, para que los dueños le pagaran por llevárselo. Con el mismo acierto están tratadas la tragedia y la ternura; la horrible escena de la abuela y el nieto mongólico, por ejemplo, en *El inocente*, o la delicadeza de las descripciones en la historia de *Alejandro y el mar*.

El estilo es excelente; importa recalcar este hecho, en un país donde la inmigración nos ha transformado el idioma en el dialecto lamentable que constituye, diariamente, el pan de la amargura con que se alimentan críticos y jurados. Entre nosotros, la mera redacción correcta merecería un premio a la virtud; cuando es, además, fácil y hermosa, como la de Antonio Gilabert, todo elogio parece insuficiente.

A. J.

MARCOS VICTORIA: *Un verde paraíso*

(Losada, *Buenos Aires.*)

Afirma Middleton Murry en su admirable ensayo sobre la materia y a propósito de Henry James que una de las acechanzas del estilo consiste, precisamente, en una voluntad de expresión demasiado aplicada a la belleza en sí, y alude, con ello, en definitiva, a un estilo que se anula a sí mismo. Este falso recurso sería una manifestación de decadencia. Verdadero estilo es, para el feliz ensayista, aquel en que la imagen creadora gobierna el discurso, imponiéndole una forma y una marcha directamente ligadas a la experiencia estética, que es, al fin, el venero de que se nutre y que, cuando falta, cae en vano preciosismo.

Un arte de narrar debe conformarse a estas premisas, a cuyas consecuencias pertenecen la soltura y la fluidez del escrito: esa aptitud para reflejar sin esfuerzo aparente el contenido artístico, librándolo sin deformación al trabajo amable del lector. Esta intervención

discreta del escritor, capaz de transferir la realidad mediante significaciones exceptuadas de una carga estilística vuelta con exceso sobre sí, se enlaza, entre nosotros —y en la medida en que es permitido relacionar el hecho con una literatura hispanoamericana— con la expresión más tradicional de nuestras letras.

En los relatos unidos en este libro con el título de *Un verde paraíso,* Marcos Victoria satisface las condiciones y la modalidad señaladas, pues se advierte en ellos un estilo anecdótico ligado a nuestros antecedentes más puros y desprovistos del propósito deliberado de hacer literatura. No es poco, ciertamente, afrontar un compromiso semejante sin las armas premeditadas del adorno, y Victoria salva la dificultad con el aplomo del escritor experimentado.

En *El Tama* un hombre deja de pertenecer poco a poco al orden familiar en el que medra como un paria. Un buen día resuelve cortar definitivamente aquel lazo hasta desaparecer sin ruido del círculo fatal. En *La Rosarito* la existencia misteriosa de uno de los actores, hábilmente sugerida, informa, a través de un malentendido, la desgraciada aventura amorosa del protagonista, ligada, así, a un hecho anterior y ajeno a su voluntad y en la que interviene como elemento desencadenante el irrenunciable amor filial de una de las partes. En *Un verde paraíso,* el amor imposible de un niño inspira el desarrollo del asunto en el marco formal de una narrativa que recuerda los análisis de Moravia. *Un genio* es una instantánea de costumbres y un ejercicio psicológico.

Un análisis particular de cada cuento descubriría en *La Rosarito* no sólo una técnica excelente en el manejo de la trama sino una rara suerte en la conducción del suspenso dramático que, por lo demás, fluye, como una premonición, desde las primeras páginas; en *Un verde paraíso,* el mérito de tratar con felicidad el tema de la adolescencia (cabe recordar, como un ejemplo cabal, el cuento titulado *El desperfecto,* aparecido en "La Nación" del 15-XI-59) y de trazar el drama del amor fracasado en la inmadurez con acierto insuperable; en *El Tama,* la capacidad de imaginar un personaje cuya entidad, a ratos alucinante, no se distingue de la fatal autonomía que lo rige.

Parece inútil decir que en todos ellos Victoria muestra un don de observación que le es característico. Aunque psicólogo por mandato profesional, el autor sabe detenerse en el umbral de los descubrimientos fáciles y prefiere la alusión irónica, mitigada por la piedad y un fino sentido del humor. Los personajes ofrecen perfiles inconfundibles; son, patéticamente, reales.

Con tales virtudes —donde sobresalen la amenidad del asunto, la llaneza del estilo y el contenido humano— no es difícil vaticinar que este conjunto de cuentos hallará el premio del más franco éxito.

MARIO A. LANCELOTTI

ALEJANDRO CARRION: *La espina*

(Losada, *Buenos Aires.*)

Numerosos escritores se han propuesto realizar la anatomía de la soledad. ¿Cuántos de ellos han logrado transmitírnosla? Entre esos pocos se destaca el intento emprendido por Alejandro Carrión.

Existe una fiel correlación entre lo que el protagonista de *La espina* llega a comunicar —aun cuando asegure que no intenta nada, que sólo escribe para desahogarse, para huir de ese aislamiento que lo obliga a odiar a todos cuando, en el fondo, sólo se odia a sí mismo— y aquello que promete la solapa. No del todo, tal vez, en los tramos finales, pues el desenlace arrebata con cierta brusquedad a Saralear, sin develar la fuente incógnita hacia la que todo lo anterior había convergido (quizás sólo se trata de una trampa para poder retomarlo, de la misma manera que Manuel Rojas manejó a Aniceto Hevia en *Hijo de ladrón* y en *Mejor que el vino*, y por cierto que algo de eso deja entrever el prólogo), pero sí se conoce, ya que se explica con inusual sinceridad, la génesis de una desdicha nacida en una infancia solitaria, y la incidencia de ésta en el mundo circundante.

Por ello huelga el prematuro anticipo de que el centro de su tema será *¡la espina de la soledad!* El curso de la novela desmentirá posteriormente las prevenciones a que lleva este comienzo. Nos castiga, premiándonos. Nos hace equivocar en cuanto esgrimimos el temor de una posible derivación melodramática; pero junto a nuestra humillación por haber errado, nos compensa el goce de hallarnos ante uno de esos libros cuya lectura se concluye sin haber levantado la cabeza.

Se trata de una experiencia cruel cuyas primeras páginas prometen al lector un futuro de recia estampa en desafío que éste podrá o no aceptar, pero en el que aquel termina venciendo. Porque si bien el relato provoca tanto odio como el protagonista asegura inspirarlo, esa maldad en la que se sume resulta menos gratuita que la de ciertos entes contemporáneos que se titulan malos *porque sí* ("Anhelo un mundo más pobre, más destruido y hambriento que el que vi esta tarde. Y que todos los hombres sepan ser pobres, hambrientos y estar aniquilados... Porque destruyendo todo nos destruimos a nosotros mismos y destruimos, al mismo tiempo, la desagradable pasión de vivir de nuestros restos", dice Lucas Berti, héroe de Piovene en *Piedad contra piedad*), en permanente reto a los restantes personajes y al propio lector que los ve con desconfianza porque los sabe dignos de una grandeza no humana, sólo literaria, que concluirá mal y que los fijará, precisamente, sólo como personajes literarios. Saralear intenta, en cambio, en lo que llama la apología de la ruindad, la búsqueda en su memoria de un instante de amor "para alimento de la vida larga" que le permita, al hallarlo, "dormir al amparo de un roble, de un muro, de una casa", y de ese modo, "entrar al mundo".

Según cuenta Saralear, la mayor parte de las personas a quienes se acerca se sienten inquietas, buscan dónde poner los ojos para no asentarlos en su cara, ansían un motivo para irse, hablan con desga-

no. Es el suyo el problema del hombre gris, de vida en la que nadie repara. También a él lo acosa un ansia incontenible de confiar su tortura a alguien, una timidez llena de angustia por el miedo de ser rechazada. Saralear (y con qué acierto está dada la sensación de apellido "prestado", concedido por circunstancias a las que su voluntad ha sido ajena; y cómo se siente que, sin esa designación, el protagonista no hubiera alcanzado nada...) no sabe acompañar a nadie; solamente sabe ser un solitario, distinto de su falso progenitor que "acompañaba", pero que al mismo tiempo enseñaba a través de su experiencia que "al débil, al que está perdido, no se le debe tener piedad, sino que se lo debe acabar".

Desde su infancia —larga sucesión de abandonos y de ofensas que no le extrañan porque está habituado a ellas— mira el mundo añorando por lo menos un día, un solo día habitado por el amor. Sólo parece contar, para Saralear, el recuerdo de Julia Enriqueta, su madre, a la que no conoció, y cuya figura, que deviene protagónica, da a *La espina* el carácter de un desorbitado himno a la maternidad; sólo parece redimirlo el recuerdo de la ternura con la que antes de nacer fue deseado, aflorando en medio de su terrible vida de vez en vez, y que lo lleva a hablar de su madre como de una amante. "...nadie puede pasarse sin madre. Si el destino se la quitó en la infancia, se busca otra o se la inventa", dice el singular personaje, y por eso la vuelve "a crear en cada edad", la traslada "al movimiento de todas las emociones", consumiendo los pocos remanentes de amor que escatima a su propio hijo, criatura que se está criando tan sola como él y a la que probablemente —Saralear lo sabe y no hace nada para remediarlo— aguarda una vida tan cruel como la suya.

La espina nos pone en contacto con Alejandro Carrión, notable ecuatoriano periodista (becado por la UNESCO en 1950 para estudiar la organización interna de los principales diarios sudamericanos); poeta (la editorial *New Directions* lo seleccionó, en 1944, como uno de los cinco poetas jóvenes más destacados de nuestro continente); y escritor (la novela que se comenta fue recomendada por el jurado del Concurso Internacional de Novelas que organizó la Editorial Losada en 1958). Carrión, a su vez, nos aproxima vivamente a su país, en cuyas calles polvorientas topamos con el ansioso lustrabotas que aún busca a su mamita Rosa Garzón; en cuyos caserones de helados patios aún parece oscilar el aventador que Servio Lorenzo movía ante el rostro inmóvil de su padre; en la serenidad de cuyos campos se cuenta todavía la historia de cómo Salverio Jiménez dio muerte, en fragante y penumbrosa noche, a su amigo del alma don Adalid Salcedo.

Las extraordinarias dotes de observación y descriptivas se valen de una prosa plena de naturalidad y fluidez, en la que restallan sutiles diferencias de lenguaje y estilo. La empleada en el diálogo con Dios es modelo de sencillez y dignidad; la que adorna el prólogo es tan convencional y circunspecta como corresponde al asombro del coleccionista poseedor de los originales; la que caracteriza al cuaderno es todo lo violenta, lúcida y rencorosa que puede brotar del torturado personaje suya sensual fuerza trasciende, por cierto, la precariedad de quien se describe como "solamente un hombre triste, sentado al fondo del mar..."

CELIA ZARAGOZA

JOHN M. SYNGE: *Teatro*

Traducción de Marta Acosta Van Praet.

(Losada, *Buenos Aires.*)

Entre los libros incluidos en la colección Gran Teatro del Mundo por la editorial Losada reviste singular importancia la publicación de las seis obras dramáticas de John Millington Synge, las que, a pesar de la fama de su autor, se habían difundido limitadamente entre nosotros, ya en traducciones parciales, ya en representaciones esporádicas en dos o tres ocasiones. Su materia autóctona está sublimada por un arte de plena madurez, acabado, concentrado, rico (no en vano Synge estudió el drama clásico francés), donde se resume una vasta tradición de la literatura irlandesa, desde las baladas de William Drennan y las leyendas de Thomas Crifton Croker y Samuel Ferguson —que popularizó los nombres de Deirdre y Fergus— hasta las obras dramáticas de William Butler Yeats, sin olvidar a Standish O' Grady, padre de la poesía irlandesa moderna. "La sombra del valle", "Jinetes hacia el mar", "La boda del hojalatero", "El manantial de los santos", "El botarate del Oeste" y "Deirdre de los dolores" transcurren en el mundo limitado de los isleños y campesinos de Irlanda, cuyos hábitos Synge conocía a la perfección y cuyas expresiones idomáticas anotó pacientemente para combinarlas luego con genialidad, en una tarea de colaboración en la creación que él ratificó expresamente en un plano teórico y que retoma una antigua e ilustre tradición indiferente a la "originalidad". El mundo de los dramas de Synge —a pesar de sus referencias a un estrecho ámbito— es suficiente y posee dimensión universal, y la rusticidad y los pobres elementos intelectuales de sus personajes se compensan con su arrolladora vitalidad, con su riqueza intuitiva que se traduce en antigua sabiduría e ímpetu poético. El volumen cuenta con un sustancioso prólogo de W. R Rodgers e inclusive los breves prefacios a "La boda del hojalatero" y a "El botarate del Oeste", los dos datados de 1907, que registran, sin excluir el tono polémico, la concepción de Synge acerca del drama y el teatro. La presente versión integral realizada por Marta Acosta van Praet, fiel y bella hasta el punto de hacer olvidar su carácter de traducción, podría convertirse en inmejorable estímulo para que nuestros directores de escena se inspiren en esta obra dramática, admirable testimonio de arte lúcido.

JORGE CRUZ

POESÍA

OSVALDO ROSSLER: *El amor en la tierra*

(Ediciones D. Taladriz, *Buenos Aires.*)

La antología "Poesía Argentina 1940-1949" incluyó un poema de Osvaldo Rossler, autor hasta entonces inédito. "Desde la tierra" era su título, y en el tema abordado y en su composición auguraba preocupaciones espirituales y formales que se intensificarían en libros posteriores. El primero de ellos, "Reservando mi lágrima para lo cálido de mis cenizas" fue publicado en 1952 y en él la integración del hombre con Dios se cumple por instantes a través de un ininterrumpido proceso de interrogaciones, a la manera de sucesivas indagaciones, insistencias sobre el objeto amado, marcadas por un intenso deseo de claridad, por una angustia irrefrenable sobre el destino del hombre. Existe la duda, y también, en menor grado, la negación, pero no como frutos de una razonada actitud del espíritu sino como reflejos de una sensibilidad inmersa en los cambiantes estados de ánimos del artista sometido por la conquista de su verdad final.

Luego de prolongado silencio, Rossler publica en 1958 "El mar". Frente a una forma de la naturaleza elevada a la categoría de símbolo se acentúa el enfrentamiento del hombre con Dios. En este poema encontramos ejemplificados los dos elementos que Luis Cernuda, en un reciente libro, considera imprescindibles para la perduración de toda poesía: tradición y novedad. La primera vertebra toda la estructura del poema y se manifiesta en una profunda vivificación de los materiales poéticos tradicionales, que da como resultado un endecasílabo de resonancia clásica donde la situación y el pensamiento poético se fijan con caracteres hondos. La novedad está signada por la suma de conflictos —contenido del poema— que se establece entre el poeta y el mundo-tierra —al decir de Heidegger— que habita. La representación del mar terreno, fluyendo en su temporalidad cuenta aquí con escasas referencias. El mar ha sido transladado a la interioridad del poeta. Es el mar de la infancia y el de la adolescencia, como estados afectivos del hombre o el mar de la intensas formaciones espirituales los que asumen los distintos rostros de ese solo y único mar que encierra, como un todo existencial, vida y poesía, realidad e imagen.

El amor en la tierra —1960— indaga en nuevas zonas de la realidad. Es el amor como forma pasional del conocimiento, como un oscuro afán de destrucción, y a la vez como acto trascendente de los cuerpos lo que aquí se exalta. La verdad que nos ofrecen los poemas, aunque acuñada en una zona intrasferible de la persona, rige para todos la virtud del arte y de la inteligencia. Es el amor como conocimiento: "El hombre busca en la mujer un vínculo / con la divinidad..."; como actividad fundamental del hombre: "Hombre eres drama, existes por esfuerzo / continuo de vivir, pero el amor / sabe rozar tu piel, te entregas amplio / y saltas lúcido de ser en ser, / de

piedra en piedra..."; como expresión de soledad: "¿Hombre, mujer?, / más bien dos lágrimas de un mismo ojo de tristeza, / dos silencios esquivos bajo las alas del ardor en fuga"; como un lenguaje refinado del cuerpo y del espíritu: "Se cambiaban plumajes / dibujos claros, arenillas tenues; / todo lo mínimo que se engrandece / sobre lo ardiente de dos pechos juntos. / Se amaban como la hoja con el aire"; como una manifestación del instinto: "El perfume que irradia la densidad del cuerpo, / los cuartos aureolados con un arco de sombra, / ese jugo interior que desarrolla el sexo, / todo es útil / para alcanzar la ciencia de los cuerpos".

Rossler nos demuestra con este nuevo libro que se halla en posesión de su lenguaje, conquista esencial, que impone previamente en el creador la definitiva inserción del espíritu en la realidad, que quizá constituya la más alta cima a que puede aspirar un creador.

JORGE CRUZ

GLADYS BURCI: *Amor como un espejo*

(Cuadernos Herrera y Reissig, *Montevideo.*)

Un lenguaje diáfano y de limpio trazado caracteriza la poesía de este libro. Lo integran 33 composiciones cuya factura —en general inorgánica— aparece enriquecida por la fluidez con que en todo momento se desarrolla el verso. Gladys Burci asume en estos poemas un lirismo concentrado que se apoya exclusivamente en la imagen, no siempre feliz ni original. Por lo demás, las metáforas empleadas no consiguen soslayar expresiones y giros que se han convertido en lugares comunes del lenguaje poético. No obstante, debe anotarse en su favor la singular economía de medios con que la autora ha resuelto problemas de expresión que son propios del verso libre. Destaco en tal sentido la adjetivación sobria y ajustada. Cuando adopta las formas tradicionales, en este caso el soneto, Gladys Burci revela una estimable capacidad técnica.

LUISA PASAMANIK: *Vacío para cuerdas*

(La Mandrágora, *Buenos Aires.*)

Desde el título hasta el informe final en que se afirma que estos poemas han sido "soñados en: Lejos y Ninguna Parte", este nuevo libro de Luisa Pasamanik desarrolla una poesía que se mueve en la ambigüedad. Me refiero a la ambigüedad de la expresión. Ésta se diluye en metáforas e imágenes que, no obstante su abundancia y su evitable reiteración, no logran concretar el pensamiento poético.

Contribuye a crear este clima de limbo sin precisión el abusivo empleo de vocablos que la poesía ha terminado por elevar a la categoría de símbolos; la utilización de los mismos es propia de un len-

guaje artísticamente pobre, pues se trata de palabras poéticas "per se", sin resonancia vital ni significado específico. De este modo, cada palabra no da la impresión de designar la cosa que ella significa. La autora se maneja, en efecto, con una veintena de vocablos remanidos que a esta altura histórica de la poesía han sido víctimas de un progresivo desgaste hasta ser reducidas a irrealidades tendidas sobre el vacío. Tales vocablos van desde amor hasta lágrimas, sin escatimar sombra, alas, estrella, mar, tiempo, sueño, ángel alma, olvido, corazón, cielo, pájaro, flor, aire, etc. Se trata, pues, de combinar estos fáciles recursos y asociarlos a las cosas y al mundo, es decir, al objeto real del canto. El resultado artístico de este procedimiento siempre es deplorable —a menos que se compense con una maestría verbal donde la belleza esté dada en la mayor o menor dosis de musicalidad que el verso pueda proporcionar— en tanto que se produce una desconexión entre los términos voz-objeto, es decir, el mero artificio. Por lo demás, la autora no otorga al verso la fluidez necesario para hacerlo por lo menos agradable al oído. Obsérvese (y escúchese) por ejemplo: *"Bendecías — / seas ola esquiva / ahora que es verano / y la alegría arde en anillos, naveguemos la sed"*. O esto: *"entre cabriolas ríe un pez de cristal"*.

13 POETAS (*4º certamen de Poesía René Bastianini*)

(Stilcograf, *Buenos Aires,* 1959.)

Se han reunido en este volumen composiciones premiadas en los certámenes poéticos que anualmente se efectuaron bajo la denominación de *Certamen de Poesía René Bastianini* y en los que actuaron como jurados Roberto Giusti, Arturo Vázquez Cey y Carlos O. Bastianini.

El nivel artístico de los poemas que se incluyen en esta colección es en general bueno. La serie se inicia con un poema de Martha Di Matteo, titulado "Convicción", arquitecturado con eficacia, dotado de claridad expresiva y denso de imágenes que contribuyen a crear un sostenido clima melancólico. No obstante, el poema está afectado por una adjetivación cuya pobre sobriedad no logra superar los vastos lugares comunes.

Juan Enrique Acuña está presente con "Labrador", un excelente poema que reedita con mayor fuerza la valiosa obra anterior de este poeta misionero. En este poema ha ganado en sobriedad al despojarse de metáforas meramente literarias.

Seis sonetos de Rogelio L. Ameri, aunque irreprochables en cuanto a su factura técnica, sólo tienen ese débil punto de contacto con la poesía real. Una opinión similar suscita el poema "El hornero", de Germán Caudau Carrizo, integrado por ocho décimas plagadas de los lugares comunes a que nos tiene habituados —por lo visto inagotablemente— ese tipo de "poesía campera" que se repite a sí misma con envidiable tenacidad. "El retorno", un "cuadrito campesino" de Lía Esther Rossi de Torres es otra muestra de esa ineficacia artística.

Un poema amorfo de Margot Gelabert, titulado "Porque eres joven" no logra revitalizar con originalidad un tema harto trillado.

Hay un soneto —"La mariposa", de Pedro Liebbe— no exento de cierta belleza, pero convencional.

Le sigue Clemente López Passaron con un poema muy bien logrado —"Llanto por un ahogado"— enriquecido por una energía verbal que sirve de vehículo a una imaginación eficazmente dotada.

"Elegía para una primavera en la ciudad", se llama un soneto de Horacio Peroncini, de un simbolismo excesivo y abundante empleo de vocablos gastados y que pertenecen a un estilo poético que ha cerrado su ciclo hace mucho tiempo.

Orlando Mario Punzi escribe "Tres sonetos y una razón", resueltos en base a expresiones convencionales, pero con bastante capacidad técnica.

Del poeta cordobés Romilio Ribero es el poema "Hablan los caballos" librado a una retórica de moderna factura, enumerativo sin caer en el exceso ni en altisonancias, con algunas líneas deslumbrantes y un sostenido ritmo vivaz que hace de este poema uno de los mejores de la selección.

Sigue "Este milagro inútil" —hermoso poema de Margot de Segovia. La autora ha logrado dotarlo de un tono neutro y apagado —al que en gran parte contribuye el empleo de la rima asonantada— que se aviene con eficacia al tema desarrollado, por lo demás conceptualmente rico. Llamo la atención sobre las dos últimas líneas del poema: *"Hoy, más allá del mito / de la esperanza, miento"*, donde Margot de Segovia ha concentrado una idea con singular economía de medios, lo que constituye ya una hazaña poética.

Finalmente, Julio César Silvain, una de las mejores voces de las últimas promociones, publica "Este dolor afuera". La influencia del lenguaje enumerativo de Neruda es notoria aquí, pero Silvain desarrolla el tema con abierta solución de continuidad y si bien los tramos finales del poema no consiguen concretar con precisión poética el pensamiento que lo mueve, deja planteado un interrogante que es, en sí mismo, una conclusión.

JOAQUÍN O. GIANNUZZI

CINEMATÓGRAFO

ANTONIONI: *La Aventura*

Antonioni es poco conocido aún. La verdad es que sus películas no han tenido en Buenos Aires la suficiente propaganda como para atraer a esa masa de espectadores que cada vez responde mejor cuando se le brinda un buen film. Con *La Aventura* se invirtieron los términos. París le dio el espaldarazo y aquí se la acogió como una obra perdurable. En buena hora.

Como ha sucedido últimamente con el cine, *La Aventura* sugiere mucho más que un simple comentario cinematográfico: la tendencia o manera que desde hace años, pocos años, muestra un nuevo arte que profundiza cada vez más en el alma y el mundo contemporáneos, y para ello se vale, como en el caso de Antonioni, Fellini y Bergmann, no de una línea dramática conflictual sino de una exposición narrativa que más se acerca a una textura literaria, sin perder la independencia de arte que tiene el cine cuando es buen cine y sabe jerarquizar sus elementos.

La Aventura se divide en tres etapas perfectamente definidas: Anna, Claudia y la prostituta. Sandro las une dentro de sí en su pasaje por la anécdota, no como hitos progresivos y dependientes entre sí, sino sólo como etapas iguales de la aventura de Sandro. Anna, que desaparece voluntariamente, una frígida sexual o sentimental, lo mismo da para el caso, aunque en el film el diálogo que marca la situación es un poco confuso, delimita no sólo el episodio inicial de Sandro en su abulia, en su erotismo exacerbado y su fracaso, sino que también señala el ambiente donde va a desarrollarse todo el cinedrama. Luego está Claudia, amiga de Anna. Y en Sandro, sin transición, con brusquedad, Claudia reemplaza a Anna, aunque Claudia es Anna sólo para Sandro, ya que la muchacha representa el soplo de la juventud y del amor que trata de penetrar inútilmente en un mundo donde la ilusión de algo mejor no es posible, no existe. Por fin la prostituta, que está en el vértice agudo del drama, cuando Claudia los sorprende. Claudia perdona porque ama. Sandro busca un arrepentimiento que no existe en él, a pesar de las lágrimas. En Sandro no hay angustia, y la posible sugerencia de un remordimiento es tan brusca al final, que nos muestra a un hombre no en estado de sufrimiento sino de culpa infantil.

Salvo el primer episodio de Anna, donde se delimita el ambiente en que se mueven los personajes, el film se desarrolla después casi exclusivamente hacia una profundidad interior, ahondando no en explicaciones sino en estados de ánimo o en actitudes que los expresan.

Antonioni no necesita remitirse como Fellini a elementos exteriores de la historia. En éste todo se desarrolla siempre hacia adentro. Elena, Magdalena, el padre, Steiner, personajes en función de Marcelo, no existen en Antonioni —para quien bastan dos o tres actitudes que señalan rasgos psicológicos de Sandro (el manchón voluntario de tinta sobre el canson blanco donde el estudiante copia los ornamentos de una iglesia). Pero hay algo más que los distingue dentro de una idéntica atmósfera "realista". Fellini acumula en sucesión vertiginosa los datos de su testimonio, mientras que Antonioni se demora pausadamente en el encuadre y la fotografía para hacer el mismo trabajo pero en profundidad. Por eso en Antonioni no hay personajes secundarios: Sandro y Claudia juegan en planos de igual importancia. Fellini es más balzaciano, más proteico, menos intimista. Y aquí surge la comparación literaria e inevitable, de la que tampoco escapan un Resnais o un Bergman, aunque éste referido más a la forma dramática, a pesar de que sus temas son muy distintos de los de los italianos.

Sin embargo Antonioni se queda, lo que no sucede con Fellini; se queda en el sentido de que su personaje (Sandro) no es un desespe-

rado sino un frustrado sin angustia, un individuo vacío que encuentra en lo erótico el único paliativo de su fracaso. Por eso es temáticamente brusco el final. Sólo Anna y, en mayor medida, Claudia buscan la felicidad y sufren por ella. Anna desaparece porque es infeliz y, en última instancia, encuentra en el aislamiento una salida a su insatisfacción. Claudia sufre porque ama y no es correspondida. Por eso *La Aventura* gusta más a la mujer que al hombre.

Por fin, Antonioni ha trabajado con un equipo extraordinario que le respondió en todo: los libretistas Bertolini, Guerra y el mismo Antonioni; Eraldo Roma en el montaje; la extraordinaria fotografía de Scavardi; Lea Massari, Gabrielle Ferzetti y Mónica Vitti (actriz joven de grandes posibilidades y mucha espontaneidad) como intérpretes precisos y ajustados a un mecanismo que Antonioni movió desde la sombra con gran sentido de la artesanía cinematográfica.

VALENTÍN FERNANDO

TEATRO

DOS COMEDIAS CON CASTILLO

"L'invitation au château" y "Château en Suède" tienen en común el tono brillante, un impulso de evasión y un castillo donde es posible dar rienda suelta a la fantasía. Del inagotable y multiforme Anouilh es la primera, y la segunda de esa niña mimada de los editores que se llama Françoise Sagan. La joven novelista no ha querido que entre sus experiencias de escritora faltara la del teatro, seductora como pocas e irresistiblemente lisonjera cuando la corona el aplauso. Y no se le retaceó, por cierto, según en su oportunidad informaron los diarios. "Castillo en Suecia" fue escrita para una diversión entre amigos, y del ámbito privado, como era previsible, pasó al escenario, para ser precisos al de L'Atelier de París. La obra es un simple juego, una intriga con siniestras amenazas alentadas por un castillo medieval, aislado por la nieve, cuyos habitantes se visten con ropas de otro siglo. Pero si lo siniestro se esfuma en un diálogo coruscante y gracioso, los disfraces no obedecen a ningún propósito profundo, semejante al del "Enrico IV" pirandeliano, sino que acentúan solamente la vistosidad de la pieza y su efecto sorprendente. Sus personajes no tienen consistencia dramática y sólo nos interesan como objetos de un juego, un "divertissement", que debe llegar al público, imprescindiblemente, con todo su "humor", un poco negro, y su espiritosa invitación a la evasión. El éxito de París podría asombrar a los espectadores que vieron la versión que primero en Mar del Plata y luego en Buenos Aires ofreció la compañía de Mecha Ortiz, con puesta en escena de Eduardo A. Vega. Los actores se mantuvieron a buena distancia de los personajes y en todo momento faltaron el ritmo adecuado en el juego escénico y el tono chispeante sin el cual la pieza languidece y pesa hasta el fastidio. Y así ocurrió.

En otro plano, por la puesta en escena y la interpretación, e incluso por el valor de la obra, transcurrió "La invitación al castillo", de Jean Anouilh, que a pesar de un segundo acto largo y por instantes tedioso, ostenta una construcción naturalmente más diestra que la de la comedia de Sagan, un diálogo seductor y situaciones bien planteadas y resueltas. El teatro de Anouilh, como se sabe, exhibe variedad de asuntos y, consiguientemente, de tonos, y una pareja seguridad en el manejo de los efectos dramáticos. Sabe que lo que ocurre en el escenario tiene que tener imperio sobre el espectador y es hábil en conseguirlo. "La invitación al castillo" renueva un tema de la comedia clásica, pues en el "imbroglio" de su intriga interviene una pareja de mellizos como en una pieza de Plauto, y las confusiones son parecidamente regocijantes aunque más refinadas. La comedia transcurre antes, durante y después de un baile, y al margen de los preparativos pulula una galería de personajes de muy diversa índole, pintorescos y joviales. También aquí se esfuman los tonos oscuros cuando despuntan, "porque todo debe acabar bien", e Isabel, la joven pobre que llega al castillo a representar por dinero una comedia a la que a duras penas se presta, alcanza en el amor de uno de los mellizos la acariciada e ideal felicidad con que sueñan otras heroínas de las "pièces roses". En esta ocasión, y como testimonio de la madurez de algunos teatros independientes, fue el conjunto que dirige Francisco Javier el que ofreció con traducción y conducción propias, una versión escénica digna del mayor elogio. No era fácil mantener a los actores dentro de un equilibrio que les evitara la caída en lo burdo tanto como en lo aburrido. Tal armonía se logró con bastante aproximación y se sumó al encanto visual del movimiento de los personajes, los decorados y los trajes.

JORGE CRUZ

NOTICIA

El 15 de abril, Ernesto Sábato envió las siguientes líneas a la Directora de SUR: *"Querida Victoria: Creo que bastará publicar las palabras que adjunto en el otro papel. Un afectuoso recuerdo"*, (firmado: *Sábato*).

Reproducimos textualmente los términos que acompañaban esas líneas:

"Ernesto Sábato ha enviado a Victoria Ocampo su renuncia al Comité de Colaboración de la revista entendiendo que en estos momentos es conveniente delimitar posiciones, y que, por no compartir las ideas de la Dirección sobre graves problemas latinoamericanos, considera mejor para todos alejarse de la revista que generosamente acogió hace veinte años sus primeros trabajos literarios."

ÚLTIMOS LIBROS RECIBIDOS

Enrique AZCOAGA, *Cancionero de Samborombom* (Losada, Buenos Aires, 1960); Héctor Raúl ALMANZA, *Pesca Brava* (Ed. De Andrea, México, D. F., 1960); Manuel ALCOBRE, *Epístola al Cielo, a Horacio Rega Molina* (Buenos Aires, 1960); Paul BLANCHARD, *Historia de la Dirección Teatral* (Fabril, Buenos Aires, 1960); Gaspar L. BENAVENTO, *Soledad Pensativa* (La de las Siete Colinas, Buenos Aires, 1960); Michel BUTOR, *Pasaje Milán Nº 15* (Fabril, Buenos Aires, 1961); Elizabeth BLAZOVA STANISICH, *Poemas con Soledad* (Cuadernos Diuca Nº 1, Ed. J. M. R. Z., Buenos Aires, 1961); Lorenzo L. BRIANO, *Magia, Astrología y Medicina en la Vida de Dante* (Dep. Ed. de la Universidad de Buenos Aires, 1960); José C. CORTE, *El Sueño del Río y otros Sonetos* (Castellví, Santa Fe, 1960); Alberto CATURELI, *Tántalo, de lo negativo en el hombre* (Assandri, Buenos Aires, 1960); Campio CARPIO, *Ronda de la Luna* (Tierra y Libertad, México, D. F., 1960); Louis Ferdinand CELINE, *Viaje al Fin de la Noche* (Fabril, Buenos Aires, 1960); Juan José CESELLI, *Violín María* (La Reja, Buenos Aires, 1961); Arturo CAPDEVILA, *Prandiología Patológica* (Viracocha, Buenos Aires, 1960); Mario Jorge DE LELLIS, *César Vallejo* (La Mandrágora, Buenos Aires, 1960); Gabriel FIELDING, *Ocho Días* (Troquel, 1960); Santos F. FERNÁNDEZ, *El hombre y su Historia* (Arion, Madrid, 1961); Samuel FEIJOO, *Poemas del Bosquezuelo; Haz de la Ceniza* (La Habana, 1960); Mario FRANCO RUIZ, *Los Hijos de Job* (Cosmos, Bogotá, 1960); Aniceto FIGUERAS y José Tomás ZEBERIO, *La Energética Humana, su Patología y Tratamiento* (La Plata, 1961); Juan Carlos GHIANO, *Los Géneros Literarios* (Nova, Buenos Aires, 1961); Gerd GAISER, *Baile Final* (Sudamericana, Buenos Aires, 1961); Roberto GARCIA MORILLO, *Carlos Chavez, Vida y Obra* (Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1960); Carlos F. GRIEBEN, *Dulcísima Aventura* (Buenos Aires, 1960); Leopoldo HURTADO, *Esta Noche Concierto* (Losada, Buenos Aires, 1960); Ester de IZAGUIRRE, *Trémolo* (La Mandrágora, Buenos Aires, 1960); Alfonso JUNCO, *Antología* (Ed. Sierra Madre, Monterrey, México, 1960); Jack KEROUAC, *Los Vagabundos del Dharma* (Losada, Buenos Aires, 1960); Ana Emilia LAHITTE, *La Noche y otros Poemas* (La Plata, 1960); Horacio LEYVA y otros, *Fantasía del Dibujo Popular* (Univ. Central de las Villas, La Habana, 1960); Horacio LUNA DAVILA, *Devocionario* (Buenos Aires, 1960); Piedad LARREA BORJA, *Abenhazam en la Literatura Arábigoespañola* (Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1960); Manuel MORENO JIMENO, *Las Citas* (Antología de la Rama Florida, Lima, 1960); Juan Carlos MARTÍNEZ, *País con un Nombre que amo* (Santiago del Estero, 1969); Daniel MOYANO, *Artistas de Variedades* (Assandri, Córdoba, 1960); Margaret MILLAR, *Un Aire Mortal* (Fabril, Buenos Aires, 1960); Guillermo MORÓN, *Para una Historia de la Moral Política en Venezuela* (Cuadernos Literarios de la "Asociación de Escritores Venezolanos", Caracas, 1960); Alejandro NORES MARTÍNEZ, *Poesía* (Assandri, Córdoba, 1961); Emilio ORIBE, *Ars Magna* (Losada, Buenos Aires, 1960); R. OLIVAR-BERTRAND, *Oratoria Política y Oradores del Ochocientos* (Cuadernos del Sur, Univ. Nac. del Sur, Bahía Blanca, 1961); *Poesía Precolombina*, Selección de Miguel Angel ASTURIAS (Fabril, Buenos Aires, 1960); Mario PORRO, *Entremundo* (Altamar, Buenos Aires, 1960); Nicandro PEREYRA, *Loada sea mi Patria* (Argos, 1960); Olga PRJEVALINSKY, *El Sistema Estético de Camilo José Cela* (Castalia, Valencia, 1960); Clementina

Rosa QUENEL, *Poemas con Arboles* (Santiago del Estero, 1960); Jean Arthur RIMBAUD, *Iluminaciones* (Assandri, Buenos Aires, 1960); Antonio REQUENI, *Umbral del Horizonte* (Tirso, Buenos Aires, 1960); Gonzague de REYNOLD, *El Mundo Ruso* (Emecé, Buenos Aires, 1959); César ROSALES, *Vengo a dar Testimonio* (Losada, Buenos Aires, 1960); Roberto RUIZ, *Plazas sin Muros* (Ed. De Andrea, México, D. F., 1960); Emma de SANTESTEBAN, *El Instante y la Vida* (Buenos Aires, 1960); Olaf STAPLEDON, *Sirio* (Minotauro, Buenos Aires, 1960); Alberto SALAS, *Crónica Florida del Mestizaje de las Indias* (Losada, Buenos Aires, 1960); V. O. TOPORKOV, *Stanislawsky dirige* (Fabril, Buenos Aires, 1961); UNDURRAGA, *Ocho Poemas* (Bogotá, 1959); Javier VILLAFAÑE, *Atá el Hilo y comenzá de nuevo* (Losada, Buenos Aires, 1960); María Angélica VILLAR, *Día en la Noche* (Cuadernos del Siroco, Buenos Aires, 1960); Aurora VENTURINI, *Laúd* (Buenos Aires, 1959); Rex WARNER, *Julio César* (Emecé, Buenos Aires, 1960); Lin YUTANG, *La Importancia de comprender* (Sudamericana, Buenos Aires, 1961).

ODISSEY

Editada en New York, en inglés, bajo la dirección de Saul Galin, esta revista, consciente del alto valor de las literaturas latinoamericana y europea y de que la vasta mayoría del público norteamericano las ignora, tiene como objetivo dar a conocer lo más destacado de la producción poética, narrativa y ensayística de dichas zonas. De tal suerte, cada número estará dedicado a dos países latinoamericanos y a dos europeos. Entre quienes consideran necesaria la aparición de una revista de tales características y la auspician figuran:

W. H. AUDEN, JACQUES BARZUN, JORGE LUIS BORGES, CLEANTH BROOKS, FREDERICK DUPEE, LAWRENCE DURRELL, ROBERT GRAVES, ALDOUS HUXLEY, JOSEPH WOOD KRUTCH, ROBERT LOWELL, ARCHIBALD MACLEISH, EDUARDO MALLEA, VICTORIA OCAMPO, PETER QUENNELL, MARK SCHORER, SIR C. P. SNOW, STEPHEN SPENDER, LIONEL TRILLING, ROBERT PENN WARREN, RENE WELLEK.

LUTHER EVANS (The Brookings Institute, Washington, D.C.), HUNTINGTON CAIRNS (The National Gallery Of Art, Washington, D.C.), ROBERT F. GOHEEN (President, Princeton University), JUAN MARIN (Director, División Of Culture, Pan American Unión, Washington, D.C.), JUAN MUÑOZ MARIN (Governor, The Commonwealth of Puerto Rico, San Juan, Puerto Rico).

En el primer número estará representada la literatura argentina, a través de las siguientes colaboraciones:

JORGE LUIS BORGES, **The Argentine Writer and Tradition** (Essay); CARMEN GANDARA, **The Child's Party** (Short Story); EDUARDO GONZALES LANUZA, **Five Argentine Poets: Francisco Luis Bernardez, Jorge Luis Borges, Roberto Ledesma, Conrado Nale Roxlo, Amado Villar** (Essay); H. A. MURENA: **The Saw** (Short Story).

SUSCRIPCION ANUAL 10 DOLARES

REDACCION

445 WEST 118TH. STREET NEW YORK

ÍNDICE

Conocimiento y voluntad en la política actual, por Karl Jaspers 1
Más allá de las creencias, por Cyril Connolly 23
Quién sabe; El poema perdido; Arpegios de un atardecer de invierno, por H. A. Murena 35
Atención y poesía, por Cristina Campo 38
Escenas de la vida de un monstruo doble, por Vladimir Nabokov 42
Dos poetas beatniks, por Alberto Girri 50
No mucho después, por Lawrence Ferlinghetti 55
Pero yo no necesito bondad, por Gregory Corso 56

CRÓNICAS 59
Premio Internacional de los Editores a J. L. Borges y S. Beckett 59
Repercusión exterior del trigésimo aniversario de SUR 59
El centenario de Tagore 62
Aspectos de Ortega y Gasset, por Guillermo de Torre 64
Papeles, por Enrique Anderson Imbert 69

NOTAS BIBLIOGRAFICAS 73
Héctor Oscar Ciarlo: *Sobre el Humanismo,* de J.-P. Sartre y M. Heidegger 73
Eduardo González Lanuza: *Pintura y sociedad,* de Pierre Francastel 77
H. O. C.: *La muerte de Sócrates,* de Romano Guardini 80
Alicia Jurado: *Cartomancia y poesía,* de Jaime Rest 82
Tulio Carella: *Libro del cielo y del infierno,* de J. L. Borges y A. Bioy Casares 83
A. J.: *Último puerto,* de Antonio Gilabert 85
Mario A. Lancelotti: *Un verde paraíso,* de Marcos Victoria 86
Celia Zaragoza: *La espina,* de Alejandro Carrión 88
Jorge Cruz: *Teatro,* de John M. Synge; *El amor en la tierra,* de Osvaldo Rossler 91
Joaquín O. Giannuzzi: *Amor como un espejo,* de Gladys Burci; *Vacío para cuerdas,* de Luisa Pasamanik; 13 *Poetas* 93

CINEMATÓGRAFO 94
Valentín Fernando: *La aventura,* de Antonioni 94

TEATRO 96
Jorge Cruz: Dos comedias con castillo 96

NOTICIA 97

ÚLTIMOS LIBROS RECIBIDOS 98

Este número 271
de SUR se ter-
minó de imprimir
el día 28 de
julio de mil no-
vecientos sesenta
y uno en los talleres gráficos
Américalee, Tucumán 353,
en Buenos Aires, Re
pública Ar-
genti-
na.

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos o traducidos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial y sin mencionar su procedencia. No se devuelven las colaboraciones enviadas espontáneamente ni se sostiene correspondencia sobre ellas.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: Tucumán 685, 2º - D
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 246.807
Título de marca Nº 229.356

LIBRERIAS RECOMENDADAS

librería
biblioteca
circulante

novedades
español
inglés
francés
alemán

corrientes 515
t. A. 31-3621

PIGMALION

Librería RODRÍGUEZ

Libros en Español e Inglés
Textos en Inglés
Revistas Extranjeras

Suscripciones

SARMIENTO 871

35-8125/26

NOVEDADES LITERARIAS
NOUVEAUTÉS FRANCAISES
LIBROS DE ARTE
SUSCRIPCIONES
REVISTAS EXTRANJERAS
ENCUADERNACIONES
ARTICULOS DE PAPELERIA

Librería SARMIENTO

LIBERTAD 1214-20
T. E. 41-4792-9500

Librería PERLADO

editores
distribuidores

EXTENSO Y SELECTO
SURTIDO

RIVADAVIA 1731
CORRIENTES 1545
Tel. 40-9005 y 4321

EN
LIBRERIA ITALIANA
VISCONTEA
LIBROS
ITALIANOS
LIBERTAD 1021 44-8362

Librería HUEMUL

- **textos primarios**
- **secundarios y**
- **universitarios**

solicite nuestros catálogos

SANTA FE 2237 - 83-1666
Buenos Aires

GALERIAS DE ARTE

GALERIA BONINO

ARTISTAS ARGENTINOS Y EXTRANJEROS

JULIO: CLORINDO TESTA
MARIO PUCCIARELLI

AGOSTO: LUCIO MUÑOZ
DJALIRA

MAIPÚ 962 T. E. 31 - 2527 BUENOS AIRES

BARATA RIBEIRO 578 COPACABANA RIO DE JANEIRO

GALERIA VAN RIEL

BUENOS AIRES

FLORIDA 659 T. E. 31 - 0225

GALERIAS

WITCOMB

ARTE ANTIGUO
Y MODERNO

FLORIDA 760

Sábanas Grafa

La marca está en el orillo



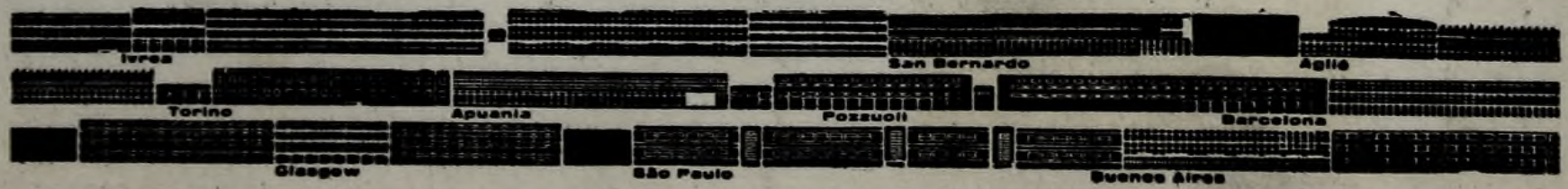


DIEZ FABRICAS OLIVETTI: IDENTICOS METODOS, IDENTICAS MAQUINAS

En estos establecimientos se fabrica según un plan común de trabajo unificado. Los métodos productivos están a la vanguardia de la actual mecánica de precisión. Las fábricas Olivetti de ambos continentes promueven e intercambian valiosas experiencias. Los materiales empleados, las pruebas, los controles, los criterios para seleccionar al personal, son idénticos en todas las fábricas. El servicio de asistencia a los clientes tiene, asimismo, en cada uno de los países del mundo, los mismos caracteres de continuidad y de eficiencia. En cualquier lugar en que se escribe y se calcula, son visibles los principios de organización industrial y estilo comercial que se asocian al nombre de la Olivetti.

olivetti

Olivetti Argentina S.A.
Buenos Aires - San Martín 969



PRECIO: $ 32.--